

JACQUES ELLUL



ANARQUÍA
Y CRISTIANISMO

Jacques Ellul nació y vivió en Burdeos, Francia, (1912 - 1994) fue un filósofo, sociólogo, teólogo, y anarquista cristiano francés.

Es considerado, junto a Iván Illich y Bernard Charbonneau, uno de los padres de las ideas sobre el postdesarrollo, el decrecimiento y la simplicidad voluntaria; es decir de la ecología política.

En *Anarquía y Cristianismo* (1991) argumenta que el anarquismo y el cristianismo comparten los mismos fines sociales.

Jacques Ellul

ANARQUÍA Y CRISTIANISMO

Primera edición en francés, 1988
Primera edición en español, 2005

Traducción: Javier Sicilia

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

I. La anarquía desde el punto de vista de un cristiano

II. La biblia, fuente de anarquía

ANEXOS

TESTIMONIOS

CONCLUSIÓN

Un pensador anarco-cristiano por Carlos Díaz

INTRODUCCIÓN

LA PREGUNTA aquí planteada es tanto más difícil cuanto que las certezas sobre este tema se han establecido desde hace mucho tiempo de los dos lados y nunca se han sometido al menor cuestionamiento. Es evidente que los anarquistas son hostiles a todas las religiones (y el cristianismo está con toda evidencia clasificado en esa categoría); no es menos evidente que los cristianos tienen horror de la anarquía, fuente de desorden y de negación de las autoridades establecidas. Estas son las certezas simples e indiscutibles que pretendo cuestionar aquí. Pero tal vez, como lo reclamaban los estudiantes en 1968, no sobra señalar “desde dónde hablo”. Soy cristiano, no de origen ni de familia, sino por conversión. Cuando era joven, sentía horror por los movimientos fascistas. El 10 de febrero de 1934, me había manifestado contra la Cruz de Fuego; en el plano intelectual estaba fuertemente influido por Marx, y no niego que esta influencia se sostenía menos por el valor intelectual de su obra que por circunstancias personales, familiares (mi padre perdió su empleo después de la crisis de 1929, ¡y hay que recordar lo que podía ser un desempleado en 1930!) e individuales: como estudiante había participado en muchos enfrentamientos con la policía (por ejemplo, durante la huelga Jéze) y poco a poco me horrorizó menos el “sistema capitalista” que el Estado; la palabra de Nietzsche que califica al Estado, “el más frío de todos los monstruos fríos”, me parecía fundamental. Por otra parte, si estaba cerca de los análisis de Marx (y de su previsión de una sociedad donde el Estado habría desaparecido), mis contactos con los comunistas habían sido muy malos (me consideraban como un pequeño intelectual burgués porque no tenía un respeto total por las palabras de orden de

Moscú, y yo los consideraba como poca cosa porque parecían no conocer bien el pensamiento de Marx. Habían leído el *Manifiesto* del 48 y era todo). Rompí completamente con ellos durante los procesos de Moscú: no en favor de Trotski (los marinos de Cronstadt y el gobierno de Makhno se me habían presentado como *verdaderamente* revolucionarios y no podía perdonar su aplastamiento), sino porque no podía creer que los grandes compañeros de Lenin hubieran sido traidores, antirrevolucionarios, etcétera. Su condenación me pareció como una manifestación más del Monstruo frío. Por otra parte, percibía, sin gran dificultad, que se había pasado de una dictadura del proletariado a una dictadura sobre el proletariado (puedo garantizar que en 1935-1936 quien quería abrir bien los ojos podía ver lo que veinte años más tarde se denunció...); además, ya no quedaba nada de una de las tesis fundamentales: el internacionalismo y el pacifismo. Para mí eso habría debido volverse un antinacionalismo. Mi admiración por Marx estaba, por otra parte, atemperada por el siguiente hecho: al mismo tiempo que a él, yo había leído a Proudhon, que me había impresionado menos, pero a quien amaba mucho, y en su disputa me había escandalizado la actitud de Marx contra Proudhon. Por último, lo que terminó por llevarme a detestar a los comunistas fue su posición durante la guerra de España y sus horribles asesinatos de los anarquistas de Barcelona. Muchas cosas (incluyendo algunos contactos que tuve con algunos anarquistas españoles en ese momento) me aproximaban a ellos... pero había un obstáculo insuperable: yo era cristiano. Ese obstáculo lo encontré durante toda mi vida. Por ejemplo, en 1964 me atrajo un movimiento muy próximo al anarquismo: los situacionistas. Tuve contactos muy amistosos con Guy Debord; un día le planteé claramente la cuestión: “¿Podría adherirme a su movimiento y trabajar con ustedes?” Me respondió que hablaría sobre el asunto con sus camaradas. La respuesta fue muy franca: “Como era cristiano no podía adherirme a su movimiento”. Y yo no podía rechazar mi fe. Por otra parte, “conciliar” los dos no era evidente para mí. Ser cristiano y “socialista” podía concebirse; había, alrededor de 1900 un

movimiento del “cristianismo social” que hasta 1940 conciliaba un socialismo moderado (A. Philip era de la SFIO —Partido Socialista) con la enseñanza moral de la Biblia. Pero ciertamente no se podía ir más allá y parecía como si de los dos lados hubiera una incompatibilidad absoluta. Empecé entonces una larga marcha espiritual e intelectual, no para conciliar los dos, sino para saber si finalmente no era yo un esquizofrénico. Lo que extrañamente se produjo es que entre más estudiaba, más comprendía seriamente el mensaje bíblico (y bíblico en su sentido completo, no sólo el “dulce” Evangelio de Jesús), más encontraba la imposibilidad de una obediencia sierva al Estado y más percibía en esa Biblia las orientaciones hacia cierto anarquismo. Por supuesto que esta actitud era personal, apartándome de la teología que me formó, la de Karl Barth (que continuaba sosteniendo la validez de las autoridades políticas...), pero, en estos últimos años vi surgir otros estudios que iban en el mismo sentido, y sobre todo, lo que es más curioso, en los Estados Unidos: Bookchin, que reconocía gustoso el origen cristiano de su pensamiento anarquista; en particular, Vernard Eller, *Christianity and Anarchism...* Por otra parte, creo que no hay que olvidar un ancestro: H. Barbusse, que no era verdaderamente anarquista, pero cuyo admirable libro sobre *Jesús* nos muestra claramente un Jesús no solamente socialista, sino también anarquista (además, quisiera señalar aquí que considero al anarquismo como la forma más completa y la más seria del socialismo...). Así llegué lentamente y solo, no por una corazonada o por un capricho, a la posición que tengo actualmente.

Pero hay otro punto que esclarecer antes de entrar en el tema. ¿Cuál puede ser mi objetivo al escribir estas páginas? Creo que es muy importante situar el proyecto para evitar cualquier mala interpretación. Primero, hay que aclarar muy bien que no tengo ninguna intención proselitista. No busco de ninguna manera “convertir” anarquistas a la fe cristiana. No es una simple actitud de honestidad, pero igualmente se encuentra fundada bíblicamente. Durante siglos se ha predicado en las iglesias: “hay que escoger entre

la Condenación y la Conversión”. Muy frecuentemente con buena fe, sacerdotes y misioneros celosos querían a cualquier precio convertir “para salvar un alma”. Me parece que hay ahí un malentendido. Es verdad que hay palabras como: “Si crees, serás salvado”, pero, y aquí accedemos a un punto fundamental que constantemente se olvida, nunca hay que sacar una frase bíblica de su contexto, de la narración, del desarrollo, del razonamiento en el que se encuentra incorporada. En realidad, pienso que la Biblia anuncia una salvación universal dada por gracia de Dios a todos los hombres. ¿Pero, la conversión y la fe? ¡Eso es otra cosa! Eso tiene que ver muy poco con la salvación (a pesar de la costumbre); tiene que ver con una responsabilidad, es decir, que a partir de la conversión estamos comprometidos con cierto estilo de vida y, por otra parte, con cierto servicio que Dios pide. Así, la adhesión a la fe cristiana no es de ninguna forma un privilegio en relación con las otras, sino una carga suplementaria, una responsabilidad, un trabajo nuevo. Por lo tanto no hay que hacer proselitismo.

De la misma forma, no busco decir a los cristianos que *deben* volverse anarquistas, sino solamente que, entre las opiniones “políticas”, si consideran comprometerse en una vía política, no deben apartar por anticipado el anarquismo, y que a mis ojos parece la convicción más cercana, en su ámbito, al pensamiento bíblico. Sé, por supuesto, que es poco probable que se me escuche en la medida en que no estén superados los prejuicios seculares e inveterados. Por otra parte, diré también que mi objetivo no puede ser que los cristianos consideren esta toma de posición como un “deber” porque (aquí también en contra de tantos siglos) la fe cristiana no hace entrar en un universo de *deber* y de *obligaciones*, sino, por el contrario, en una vía libre. No soy yo quien lo dice, sino Pablo (*Corintios*, etcétera ¹) y repetidas veces. Por último, tercer señalamiento, no busco de ninguna manera conciliar a cualquier precio dos formas de pensamiento y de acción, dos actitudes frente a la vida a las cuales me adhiero. Efectivamente es una desagradable manía, en los cristianos, desde que el cristianismo dejó de ser

dominante en la sociedad, engancharse con tal ideología abandonando lo que en el cristianismo les perturba. Así, cuando después de 1945, muchos cristianos se volvieron hacia el comunismo estaliniano, ponían el acento sobre lo que puede haber en el cristianismo que concierne a los pobres, a la justicia (social) y al esfuerzo por cambiar la sociedad, y dejaban de lado lo que podía ser incómodo, la proclamación de la soberanía de Dios o la Salvación en Jesucristo. En los años setenta encontramos la misma tendencia en lo que se llama la teología de la liberación: pero aquí, en el extremo, encontramos una astucia que permite asociarse con los movimientos revolucionarios (sudamericanos): “El pobre (sea quien sea) es el mismo Jesucristo”. Por lo tanto, no hay ningún problema; en cuanto al acontecimiento de hace dos mil años se le considera con descuido. Estas orientaciones, por otra parte, habían sido, hacia 1900, ampliamente precedidas por las del protestantismo racionalista en el que el presupuesto era simple: ya que la Ciencia tiene razón en todo, que *ella es la verdad*, que la Razón es soberana, hay que cuidar la Biblia y el Evangelio, pero abandonar todo lo que va contra la Ciencia y la Razón, por ejemplo, la posibilidad de que Dios se haya encarnado en un hombre e, incluso, los milagros, la resurrección, etcétera. Por último, en nuestros días encontramos la misma actitud de conciliación por abandono de una parte del cristianismo, pero esta vez en provecho del Islam. Los cristianos quieren apasionadamente entenderse con los musulmanes, por lo que en los coloquios (a los que he asistido) se insiste enérgicamente en las semejanzas: un solo Dios (las religiones monoteístas²), religiones del Libro³, etcétera; y no hablemos ya de lo que es el principal objeto de conflicto: nada menos que Jesucristo. Me pregunto entonces por qué eso se llama todavía cristianismo. Así, el lector está avisado; no procederé aquí de esta manera para mostrar a cualquier precio cierta convergencia entre anarquismo y fe bíblica. Mantendré lo que creo haber comprendido de la Biblia, que para mí puede volverse verdadera Palabra de Dios. Pienso que en un diálogo con alguien diferente, si queremos ser honestos, es necesario permanecer plenamente uno mismo y no ocultarse, disimularse ni abandonar lo

que uno piensa. Así, un lector anarquista podrá encontrar en estas páginas muchas afirmaciones que le parecerán escandalosas o ridículas, me tiene sin cuidado.

Pero entonces, ¿qué es lo que busco? Simplemente borrar un inmenso malentendido, cuya falta corresponde al cristianismo. Se ha constituido en efecto una especie de “corpus” que prácticamente todas las tendencias cristianas han aceptado, y que nada tiene en común con el mensaje bíblico, ya se trate de la Biblia hebrea, que nosotros llamamos “Antiguo Testamento”, o de los Evangelios y las Epístolas. Todas las Iglesias han respetado escrupulosamente y con frecuencia sostenido a las autoridades del Estado, han hecho del conformismo una virtud mayor, han tolerado las injusticias sociales y la explotación del hombre por el hombre (explicando para unos que la voluntad de Dios era que hubiera amos y servidores, y, para otros, que el éxito socioeconómico era el signo exterior de la bendición de Dios), ellas también transformaron una palabra libre y liberadora en una *moral* (cuando lo más sorprendente es que justamente no puede haber “moral” cristiana si se quiere seguir en verdad el pensamiento evangélico). Efectivamente era de tal manera más fácil *juzgar* las faltas hacia una moral establecida que considerar al hombre como un todo viviente y comprender por qué actuaba así... En fin, todas las Iglesias han constituido un “clero” que detenta el saber y el poder, lo que es contrario al pensamiento evangélico (al principio se sabía, cuando se llamaba a los miembros del clero “ministros”: el *ministerium* es el servicio, ser un ministro es ser un *servidor* de los otros). Así, hay que borrar dos mil años de errores cristianos acumulados, de tradiciones erróneas⁴ (y aquí no me coloco como “protestante” que acusa a los católicos: nosotros hemos cometido las mismas desviaciones). Sin embargo, no quiero decir que soy el primero en dar este paso y que aquí descubrí algo. No pretendo develar “cosas ocultas desde el comienzo del mundo”. La posición que sostendré no es nueva en el cristianismo. Estudiaré sobre todo los “fundamentos” bíblicos de la conjunción entre cristianismo y anarquismo y, luego, la actitud de los cristianos de los tres primeros

siglos. Pero lo que escribiré no es un brusco resurgimiento después de diecisiete siglos de oscuridad. Hay *siempre* un “anarquismo” cristiano. *En todas las épocas* ha habido cristianos que han redescubierto la simple verdad bíblica, ya en el plano intelectual, ya en el místico, ya en el social. Ha habido grandes nombres célebres, Tertuliano (al principio), Fray Dolcino, Francisco de Asís, Wycliff, Lutero (excepto, claro está, en su doble error de entregar todo el poder a los señores y hacer masacrar a los campesinos rebeldes), Laménais, John Bost, Charles de Foucault.

Para el estudio detallado remito al excelente libro de Vernard Eller.⁵ En él veremos las verdaderas características del Anabaptismo, que rechaza el poder de las autoridades, y que no es, como frecuentemente se dice, un “apolitismo”, sino un anarquismo, con un matiz que citaré por ironía: “Las ‘autoridades’ son enviadas por Dios como una plaga para castigar al hombre malo. Pero los cristianos, desde el momento en que se conducen bien y no son malos (!) no tienen porque obedecer en nada a las autoridades políticas, y deben organizarse en comunidades autónomas, al margen de la sociedad y de los poderes”. Más riguroso y asombroso, ese hombre extraordinario que fue Blumhardt, que hacia fines del siglo XIX formuló un cristianismo anarquista. El pastor y teólogo se juntó con la extrema izquierda, pero rechazó entrar en el debate de una conquista del poder. Y en un congreso “rojo” declaró: “Estoy orgulloso de estar delante de ustedes como un hombre, y si la política no puede tolerar a un hombre tal y como es, entonces que la política sea condenada”. “Tal es la verdadera esencia del anarquismo: volverse un hombre. Nunca un político”. Blumhardt tuvo que abandonar el partido. A mediados del siglo XIX lo había precedido en el camino Kierkegaard, el padre del existencialismo, quien no se permitió caer en la trampa de ningún poder; hoy en día se le desprecia y se le rechaza como un individualista. Es verdad que condena sin descanso a la gran masa y al poder, incluyendo a los que se fundan en la democracia. Una sola frase: “Nada, nada, ningún error, ningún crimen es tan horrible frente a Dios como aquellos que

el poder comete. ¿Por qué?, porque lo que es ‘oficial’ es impersonal y por ello es el más profundo insulto que pueda hacerse a una persona”. Muchos textos de Kierkegaard lo revelan como un anarquista, sin que, es evidente, la palabra misma aparezca, porque no existía.⁶ Por último, hay que retener la demostración, a mis ojos convincente, de V. Eller, para quien Karl Barth, el más grande teólogo del siglo XX, fue anarquista antes de ser socialista... pero favorable al comunismo, de lo que se arrepintió. Así, estos simples trazos muestran que mi investigación no es excepcional en el cristianismo.

Pero al lado de los nombres ilustres, de los intelectuales, de los teólogos, no hay que olvidar los movimientos populares, la existencia constante de esos humildes que viven otra fe, otra verdad que la proclamada por las Iglesias oficiales, y que bebían directamente del Evangelio, sin desencadenar movimientos colectivos. Humildes testigos que mantenían la verdadera fe viviente y que podían practicar sin ser perseguidos por heréticos, con tal de que no hicieran escándalo. En consecuencia no es un verdadero descubrimiento lo que voy a exponer; siempre se ha mantenido, aunque por un pequeño número, que por lo general permanecen anónimos (y cuyas huellas se conocen por todas partes⁷). Pero que fueron borrados por el cristianismo autoritario y oficial de los dignatarios de las Iglesias. A veces, cuando habían logrado hacer triunfar su renuevo, el movimiento que habían lanzado a partir del Evangelio y de la Biblia entera, se deformaba muy rápido y entraba de nuevo en las vías del conformismo oficial. Así, los franciscanos después de Francisco de Asís y los luteranos, después de Lutero, etcétera. Aunque a los ojos de la gente del exterior, aquéllos no existen y sólo ven y conocen el fasto de la gran Iglesia, las encíclicas pontificias o las posiciones políticas de tal autoridad protestante... Yo he vivido eso muy concretamente; el padre de mi esposa, que era resueltamente no cristiano, me respondía cuando trataba de explicarle el verdadero mensaje del Evangelio: “Pero eso lo dices *tú*; sólo te lo he escuchado decir a ti; todo lo que he escuchado en las

Iglesias es exactamente lo contrario". Pretendo, en primer lugar, no ser el único, porque hay una "corriente subterránea" fiel (pero tanto más invisible cuanto fiel) y que corresponde a la palabra bíblica. Lo demás, el fasto, el espectáculo, las declaraciones oficiales, el simple hecho de organizar una jerarquía (aun cuando Jesús nunca creó evidentemente jerarquía), un poder instituido (aun cuando los profetas nunca tuvieron ningún poder instituido), un sistema jurídico (aun cuando los verdaderos representantes de Dios nunca se valieron de un derecho). Todo eso, que vemos, es el carácter sociológico e institucional de la Iglesia. *Pero* para los del exterior es evidente que es la Iglesia y, en consecuencia, no podemos "juzgarlos" cuando ellos mismos juzgan esa Iglesia. Dicho en otras palabras, los anarquistas tenían razón de rechazar el cristianismo que un cristiano indiscutible como Kierkegaard atacaba todavía más violentamente que ellos. Quisiera simplemente presentar aquí otro "sonido de campana" y disipar ciertos malos entendidos sin pretender justificar lo que dice y hace la Iglesia oficial y la mayoría de los que llaman "cristianos sociológicos", es decir, quienes se dicen cristianos (felizmente cada vez menos numerosos; son los que abandonan a la Iglesia en tiempos de crisis) y se conducen exactamente de manera anticristiana, o bien, como los patrones del siglo XIX que *utilizaban* algunos aspectos del cristianismo para fundamentar su poder sobre los otros.

CAPÍTULO I

La anarquía desde el punto de vista de un cristiano

¿CUAL ANARQUÍA?

Ciertamente sé que hay muchas formas y corrientes en la anarquía; para empezar yo quisiera simplemente precisar de qué anarquía hablo. La primera precisión, es que rechazo absolutamente la violencia. En consecuencia, no puedo aceptar ni a los nihilistas ni a los anarquistas que la han elegido como medio de acción. Comprendo con toda seguridad muy bien ese recurso al atentado, a la violencia. Hacia los veinte años recuerdo haber pasado un día frente a la Bolsa en París y haberme dicho: “Eso es, habría que poner una bomba en ese edificio, claro que eso no destruiría en nada el capitalismo, pero tendría valor de símbolo y de advertencia”. Como yo no conocía a nadie que fuera capaz de fabricar una bomba no lo hice. Creo que el recurso a la violencia puede explicarse en tres situaciones: primero, está la doctrina de los nihilistas rusos: si nos ponemos a matar sistemáticamente a quienes detentan el poder, a los ministros, a los generales, a los jefes de la policía, a la larga habrá tal miedo de ocupar esos puestos que el Estado se encontrará decapitado y fácil de abatir. Pero se calcula mal la capacidad de resistencia y de reacción de esos poderosos organismos... y de la sociedad. El segundo aspecto es el de la desesperación. Cuando se han agotado todos los medios de acción o, bien, cuando se ha comprendido en profundidad cuál es la solidez del “sistema”, cuando se siente la impotencia frente a una sociedad cada vez más conformista, frente a una administración cada vez más poderosa, frente a un sistema económico inquebrantable (¿quién podría hacer fracasar a una multinacional?), entonces la violencia se vuelve una

especie de grito de desesperación, el último acto por el cual se busca manifestar públicamente el desacuerdo y el odio a esta opresión. “Es la desesperación presente la que muge” (J. Rictus). Pero es también la confesión de que no hay otro medio de acción ni ninguna razón para esperar. Por último, el tercer aspecto es al que hacía alusión: símbolo y signo. Advertencia de que su sociedad es más frágil de lo que se imaginan y que hay fuerzas secretas que trabajan para minarla. Cualquiera que sea la motivación, estoy contra esta violencia y contra los atentados. Eso tiene dos niveles: el primero es simplemente táctico. Comenzamos a experimentar que los movimientos no-violentos, cuando se llevan bien (eso supone una gran disciplina y una fina estrategia), son mucho más eficaces que los movimientos violentos (excepto cuando se trata del desencadenamiento de una *verdadera* revolución). No hablemos de los éxitos de Gandhi, aunque sea más cercano a nosotros, es claro que Martin Luther King hizo avanzar notablemente la causa de los negros norteamericanos, mientras que los movimientos, como el Black Muslims y el Black Panthers, que consideraron que aquello no iba demasiado rápido y que irían más aprisa mediante la violencia bajo todas sus formas, no sólo no obtuvieron nada, sino que también perdieron algunas conquistas hechas por Martin Luther King. De igual forma, cuando todos los movimientos violentos de Berlín en 1956, luego en Hungría y Checoslovaquia, fracasaron, Lech Walesa, que obtuvo de su sindicato una notable disciplina no-violenta, logró, después de años, conquistar el gobierno de Polonia. Una de las palabras de orden de los grandes sindicalistas de los años 1900-1910 era: huelgas sí, violencia no. Por último (pero esto ciertamente será impugnado por algunos), en Sudáfrica, el gran jefe zulu, Buthelezi, se opuso por completo a Mandela (de la tribu Xhosa) mediante una estrategia absolutamente no-violenta y, después de toda la información que poseo, creo que podrá hacer infinitamente más por la supresión del *apartheid* que la violencia incoherente (*frecuentemente entre negros*) practicada por la CNA. A la violencia, un gobierno autoritario sólo puede responder con la violencia.

Mi segunda razón es evidentemente de orden cristiano: en la orientación bíblica, el sentido general es la aplicación del amor, nunca la relación violenta⁸ (a pesar de las guerras narradas en el Antiguo Testamento, que son, lo reconozco sin pena, muy embarazosas). Sin embargo, no emplear la violencia contra los hombres de poder no quiere decir “no hacer nada”. Mostraré que el cristianismo considera perfectamente el rechazo al poder y eventualmente la lucha contra él, pero que durante los siglos de alianza entre el “Trono y el Altar” esos textos se obliteraron. Tanto más cuanto que el papa era un *jefe de Estado* y muy frecuentemente se comportaba más como jefe de Estado que como jefe de Iglesia⁹. Si aparte el anarquismo violento, queda el anarquismo pacifista, antinacionalista, anticapitalista, moral, antidemocrático (es decir, hostil a la democracia falsificada de los estados burgueses), que actúa por los medios de la persuasión, por la creación de pequeños grupos y redes, que denuncia las mentiras y las opresiones, que tiene como objetivo derribar realmente a las autoridades, fueran quienes fueran, que el hombre de la base tome la palabra y se genere la auto-organización. Todo esto está muy cerca de Bakunin. Sin embargo, hay un punto que sigue siendo delicado: por ejemplo, el de la participación electoral: ¿los anarquistas deben votar? Si la respuesta es sí, ¿deben presentarse como un partido? En cuanto a mí, de acuerdo con numerosos representantes de la anarquía, respondo no a las dos preguntas. Pues no hay duda que votar es participar ya en la organización de la falsa democracia erigida por el poder de la burguesía. Votar por la izquierda o por la derecha es lo mismo. Organizarse en partido es adoptar una estructura necesariamente jerárquica, es querer participar en el poder. No hay que olvidar nunca a qué grado obtener un poder político puede corromper: a partir del caso Millerand, cuando los antiguos socialistas y antiguos responsables sindicales llegaron al poder, en esos años de 1900-1901, pudimos constatar que se volvieron instantáneamente los peores enemigos del sindicalismo: basta con recordar a Clemenceau y a Briand. Por ello, en un movimiento que puede estar muy cerca de la anarquía, los ecologistas, me opuse

siempre a la participación política. Soy completamente hostil al movimiento de los *Grünen*; por otra parte, en Francia hemos visto claramente cuáles fueron los resultados de la participación política de los verdes en las elecciones: división del movimiento en muchas asociaciones concurrentes, hostilidad públicamente declarada, entre ellos, de “tres dirigentes” verdes, pérdida de vista de los verdaderos objetivos para debatir falsas cuestiones (tácticas, por ejemplo), dispendio de dinero para las campañas electorales, etcétera, para llegar a nada; para mí, la participación de los verdes en las elecciones les hizo perder gran parte de su influencia. Hay que rechazar radicalmente la participación en el juego político que no puede cambiar nada importante en nuestra sociedad. Esta es demasiado compleja, los intereses y aparatos están demasiado integrados unos con otros para que podamos esperar modificar algo por la vía política. El solo ejemplo de las multinacionales basta: la izquierda en el poder es incapaz de cambiar la economía de un país a causa de la solidaridad económica mundial. Aquellos que decían que la revolución debía ser mundial para que no se llegara sólo a un cambio de poder, tenían razón.

Entonces, ¿hay que renunciar a “actuar”? Es lo que hemos escuchado sin cesar cuando *sostuvimos una tesis radical. Como si el único modo de acción fuera la política. Creo que la anarquía implica, primero, “la objeción de conciencia” a todo aquello que constituye nuestra sociedad capitalista (o socialista degenerada) e imperialista (por igual, sea burguesa o comunista, blanca, amarilla o negra). Objeción de conciencia que no se puede limitar al servicio militar, sino a todas las coacciones y obligaciones impuestas por nuestra sociedad. Objeción al impuesto, tanto como a la vacunación o a la escuela obligatoria, etcétera. Por supuesto, soy favorable a la enseñanza, pero a condición de que esté verdaderamente adaptada a los niños y que no sea “obligatoria” si de manera manifiesta el niño no está “hecho para” aprender datos intelectuales: hay que modelar la forma de la enseñanza sobre los dones de la niñez. En cuanto a la vacunación, pienso en un ejemplo notable. Un amigo (doctor en*

derecho, licenciado en matemáticas, anarquista o muy cercano a ello...) decidió llevar a cabo un regreso a la tierra. Un regreso verdadero. En una región muy difícil, la Alta Loira, y desde hace diez años, cría ganado en las altas planicies. Ahora bien (y por eso cuento su historia), este amigo objetó contra la obligación de vacunar a todo su ganado contra la fiebre aftosa, estimando que un ganado criado con cuidado y lejos de cualquier otro rebaño no tiene ninguna razón de adquirir la fiebre aftosa. Aquí las cosas se vuelven interesantes: lo persiguieron los servicios veterinarios oficiales y le aplicaron una multa. Recurrió entonces a la justicia. Reunió documentación importante, en particular sobre los daños y accidentes de las vacunaciones en general. Primero lo condenaron, pero apeló y obtuvo información de biólogos y veterinarios eminentes; en la apelación se le exoneró triunfalmente. Este es un muy buen ejemplo de lo que podemos retomar como espacios de libertad en el ahogadero de la actual reglamentación. Pero hay que quererlo y no dispersar la acción: atacar un punto y ganarlo haciendo retroceder a la administración y la reglamentación. Tuvimos una experiencia comparable en nuestra lucha contra la Misión Interministerial de Acondicionamiento de la Costa Aquitana. Con enormes esfuerzos pudimos impedir cierto número de proyectos que hubieran sido catastróficos para la población local. Pero fueron necesarios innumerables procesos incluso en el Consejo de Estado.¹⁰ Evidentemente sólo son pequeñas acciones, pero si se llevan a cabo muchas, si estamos vigilantes, podemos llegar a hacer que el Estado recule, siempre y cuando tengamos en cuenta que la “descentralización” llevada a cabo con gran estrépito por Deferre volvió la defensa de la libertad mucho más difícil. Pues el enemigo no es hoy en día¹¹ el Estado central, sino la omnipotencia y la omnipresencia de la administración. Es necesario, en consecuencia, intentar una objeción contra *todo* y, por supuesto, contra la policía o contra el funcionamiento del proceso judicial. Es necesario develar las mentiras ideológicas de los múltiples poderes y, particularmente, mostrar que la famosa teoría del “Estado de derecho” en el que se mecen las democracias es falso de cabo a rabo. El Estado no respeta

las reglas que se da a sí mismo. Hay que desconfiar de todos sus regalos. Es necesario recordar siempre que “quien paga manda”. Pienso en la notable empresa que narramos, en 1956, de los clubes de prevención contra la inadaptación de la juventud (cuya base era que no son los jóvenes quienes son inadaptados, sino la misma sociedad...¹²). En tanto esos clubes tuvieron un multifinanciamiento, con algunas subvenciones *también*, caminaron notablemente y tuvieron un efecto excelente, no de adaptación de los jóvenes a la sociedad, sino de ayuda para que ellos mismos formaran su personalidad y transformaran las actividades destructoras (blusas negras, drogas, etcétera) en actividades constructoras y positivas. Todo cambió cuando el financiamiento lo aseguró por completo el Estado y éste, bajo el ministerio de Mauroy, creyó inventar la prevención y creó un Consejo Nacional para la Prevención, lo que resultó catastrófico.

Pero un punto esencial que debo subrayar es que en esa empresa es necesario ser muchos. Pienso en una acción que sería muy importante: la objeción al impuesto. Es evidente que si *un* contribuyente decide ya no pagar sus impuestos o, en otro caso, rehúsa pagar el porcentaje correspondiente a los gastos militares, no creará ningún problema: se le sorprenderá y se le condenará. En una empresa de este orden, hay que ser muchos; si diez mil, veinte mil contribuyentes se ponen de acuerdo para realizarla, colocan al Estado en una situación difícil, sobre todo si pueden atraer los medios de comunicación. Esto implica una larga preparación, campañas de conferencias, propaganda, etcétera. Algo que puede realizarse de manera más inmediata, pero que exige siempre muchos participantes, es una escuela organizada por los padres, al margen de la enseñanza pública, pero también de la enseñanza privada “oficial”. Simplemente una escuela que deciden organizar entre ellos decenas de padres de familia; algunos aseguran la enseñanza en las ramas que conocen bajo el abrigo de los que tienen títulos universitarios que permiten enseñar. A menos de elegir otra fórmula, como la del liceo de Saint-Nazair, creado por el hermano de

Cohn-Bendit, en el que el establecimiento efectivamente es administrado por *verdaderos* representantes de tres cuerpos participantes: alumnos, padres de familia, profesores... Cada vez que lo anterior es posible, hay que organizarse al margen de los poderes (políticos, del dinero, de la administración, de la justicia, etcétera) en el plano puramente individual. Un ejemplo divertido y personal: durante la guerra, nos refugiamos en la campiña. Después de dos años nos habíamos ganado la confianza y la amistad de la población del pueblo. Entonces se inició una curiosa historia: como todos los habitantes sabían que yo había cursado Derecho comenzaron no sólo a consultarme, sino para que resolviera conflictos y procesos. Así realicé el papel de abogado, de juez de paz e, incluso, de notario: evidentemente estos actos (gratuitos) no valían nada a los ojos de la ley, pero valían plenamente para los interesados, y cuando lograba obtener la firma de todos al calce de un texto que arreglaba un problema, un conflicto, etcétera, todos consideraban ese texto tan sólido y tan pleno de autoridad como si hubiese sido oficial... Por supuesto que estos modestos ejemplos de acciones marginales que rechazan el poder, no deben hacer olvidar la necesidad de la difusión ideológica del pensamiento anarquista. Considero que nuestra época es favorable a éste en el vacío absoluto del pensamiento político actual. Entre los liberales que todavía se creen en el siglo XIX, los socialistas, que carecen de cualquier forma de socialismo, y los comunistas, simplemente ridículos y que no alcanzan a salir del post-estalinismo; frente a los sindicatos que sólo tienen un interés: la defensa corporativa;¹³ en ese gran vacío, el pensamiento anarquista tiene sus oportunidades si se moderniza y se apoya en los embriones aceptables que existen (una fracción de los ecologistas, quizá una de las corrientes autogestivas...).

Así, estoy muy cerca de una de las formas del anarquismo y creo que el combate anarquista es el bueno. ¿En qué punto me separaría de un verdadero anarquismo? Fuera del problema “religioso”, que retomaremos ampliamente, creo que el punto de ruptura es el siguiente: un verdadero anarquista piensa que una sociedad

anarquista, sin Estado, sin poderes, sin organización, sin jerarquía, es posible, viable, realizable, mientras que yo, no lo creo. Dicho de otra manera, considero que el combate anarquista, la lucha *en dirección de una* sociedad anarquista, es esencial, pero su realización imposible.

Es necesario explicarme sobre esos dos puntos. Comenzaré por el segundo. En realidad, la imagen o la esperanza de una sociedad sin autoridad ni institución reposa sobre la doble convicción de que el hombre es por naturaleza bueno y que la sociedad lo corrompe. En el extremo de esta convicción está la proclama: “La policía es la que crea a los ladrones, si se suprime la policía, el robo desaparecerá”. Que la sociedad desempeñe un gran papel en la perversión del individuo, me parece cierto: antaño, por un exceso de rigor, de constreñimiento, de represión, era necesario que, de una forma o de otra, el hombre se “descomprimiera” frecuentemente a través de violencias y atentados. Hoy en día, la perversión del hombre toma en Occidente otro camino: el de la publicidad que lo empuja al consumo (en consecuencia hacia el robo cuando ese consumo es imposible), de la pornografía desencadenada, del espectáculo de la violencia en los medios. Su papel en el crecimiento de la delincuencia y del odio al prójimo es considerable. No obstante, no todo viene de la sociedad. Un ejemplo importante nos lo dio la política sobre la droga en Holanda. Frente al tráfico de drogas y su creciente uso, el gobierno holandés quiso, hacia 1970, adoptar otra política distinta a la de todos los demás países: se toleró el uso de la droga (para evitar la tentación del fruto prohibido); incluso, con el fin de cortar rápido su comercio, el gobierno abrió centros donde los drogadictos podían, bajo supervisión médica, recibir su indispensable dosis gratuitamente. Estaban seguros que eso detendría su comercio (con todas sus consecuencias, el avasallamiento de los traficantes, de los precios exorbitantes que conducen a las agresiones para obtener dinero, etcétera) y que la pasión de la droga se agotaría por sí misma. No sucedió así, Ámsterdam se convirtió en la capital de la droga y su centro se volvió una horrible concentración de drogadictos. No basta, pues, con detener la represión para detener

la pasión del hombre. Este, no obstante todas las creencias contrarias, no es bueno. Esta afirmación de mi parte, no tiene nada que ver con la idea cristiana del "pecado". Este existe en la relación con Dios, y no de otra forma. El error de siglos de cristianismo ha sido concebir el pecado como una falta moral. Lo que no es el caso, bíblicamente. El pecado es la ruptura con Dios y las consecuencias que entraña. Cuando digo que el hombre no es bueno, no hablo desde un punto de vista cristiano ni moral: quiero decir que las dos grandes características del hombre, cualquiera que sea su sociedad o su educación, son la codicia y el espíritu de poder. Se les encuentra en todas partes y siempre. Por ello, si dejamos al hombre completamente libre de elegir su acción, buscará inevitablemente dominar a alguien o a algo; codiciará lo que le pertenece a otro o a nadie. La codicia tiene esta característica: nunca puede ser saciada, nunca se satisface; inmediatamente que adquiere algo, se lanza sobre otra cosa. Rene Girard mostró perfectamente las consecuencias de esta codicia. Ninguna sociedad es posible con gente que entra en competencia de poder o, bien, que compite y codicia lo mismo. En consecuencia, no creo que la sociedad anarquista ideal pueda realizarse algún día. De todas formas, si se me dice que todo eso proviene de siglos de desviación del hombre que, originalmente, era bueno, respondo que es necesario, entonces, reflexionar en el periodo "transitorio", pues es evidente que tendencias tan profundamente arraigadas no se borran en una generación. ¿Durante cuánto tiempo hay que mantener cuadros... y autoridades necesarias que lleven una política lo bastante justa, liberadora y firme para mantenernos orientados en el buen camino? ¿Hay que esperar un "decaimiento" del Estado? Ahora tenemos la experiencia de la aplicación de esta teoría... Es preciso recordar que "cualquier poder corrompe y que un poder absoluto corrompe absolutamente". Esa fue también la experiencia de los milenaristas, y la de todas las "Ciudades de Dios", etcétera. Contrariamente, lo que me parece justo y posible es la creación de instituciones nuevas a partir de la base; éstas, al engendrar sus propias instituciones (lo evoqué más arriba) están en realidad destinadas a *reemplazar*

poderes y autoridades que habría que destruir. En otras palabras, me aproximo mucho a los anarcosindicalistas de 1880-1900. Para ellos, los organismos obreros, sindicatos y bolsas de trabajo, debían reemplazar a las instituciones del Estado burgués. Nunca debería funcionar de manera autoritaria y jerárquica, sino de manera estrictamente democrática, generando federaciones, el vínculo federal que es el único vínculo “nacional”. Sabemos qué sucedió con ellos: por un lado, al inicio de la guerra de 1914, se dio la política deliberada de hacer desaparecer a los mejores anarcosindicalistas; por otra, es necesario insistir en el hecho de que desde que fueron nombrados *permanentes* sucedió *también* la mutilación del sindicalismo. Ese fue el enorme error. Al mismo tiempo, las bolsas de trabajo perdieron totalmente el carácter que tenían al principio: ser el semillero de una élite proletaria. En síntesis, no creo en la sociedad anarquista “pura”, sino en la posibilidad de crear un nuevo modelo social. Hoy es necesario inventar todo de nuevo: los sindicatos, las bolsas de trabajo, la descentralización, los sistemas federativos; todo eso está desgastado, caduco a causa del uso perverso que se ha hecho de ellos. Hay que inventar las nuevas instituciones que necesitamos. Esto es tanto más urgente cuanto que *todas* las formas políticas están manoseadas y son prácticamente nulas: parlamentarismo, sistema electoral, partidos políticos son tan *inexistentes* como intolerables las dictaduras. No queda nada. Pero esa Nada es cada vez más acaparadora, totalitaria y omnipresente. Tenemos la excelente experiencia de instituciones políticas vacías, en las que ya nadie cree; de un sistema gubernamental que funciona *exclusivamente* en provecho de la clase política y, al mismo tiempo, de un crecimiento de la fuerza, del poder, de la autoridad, del control social, que hace de cada una de nuestras democracias mecanismos más totalitarios que el Estado napoleónico. Esto es así gracias a las técnicas. No hay que hablar de una tecnocracia, pues no son los técnicos quienes detentan formalmente un poder de autoridad, sino de un régimen en el que toda la fuerza viene de las técnicas y en el que los técnicos son, en segundo plano, los inspiradores y potenciadores. No es inútil

retomar aquí lo que cada uno de nosotros sabemos: el crecimiento del Estado, de la burocracia, de la propaganda (disfrazado bajo el nombre, a veces de publicidad, a veces de información), del conformismo de los individuos, de la voluntad explícita de transformarlos en productores/consumidores, etcétera. Frente a este ascenso de fuerza nada, estrictamente nada, se levanta ni nadie cuestiona.¹⁴ Las Iglesias han traicionado una vez más su misión. Los partidos se libran a representaciones teatrales de una obra que data de un siglo atrás. En estas condiciones considero a la anarquía como la única que seriamente pone en tela de juicio y permite una toma de conciencia, primer paso para la acción. Cuando hablo de una *seria* puesta en tela de juicio es en la medida en que en la anarquía no hay posibilidad de desviación hacia un reforzamiento del poder. Esa desviación estaba en el marxismo: ya el hecho de hablar de una “dictadura del proletariado” suponía la existencia de un poder sobre el resto de la sociedad; no se trata del poder de una mayoría sobre una minoría, sino a la inversa, lo que cambia realmente la cuestión: de la existencia de un poder del hombre sobre el hombre. Pienso que por desgracia, como lo dije más arriba, no podemos impedirlo de manera real. Pero podemos luchar, podemos cuestionar, podemos organizarnos al margen, podemos denunciar (no el *abuso* del poder, sino al poder mismo). Eso solamente la anarquía lo declara y lo quiere. Por lo tanto, a mis ojos es preciso promover el movimiento anarquista y hacer que se escuche ampliamente. Contrariamente a lo que imaginamos, puede tener más auditorio que antes. La mayor parte de la gente que se deja ir, que quiere endurecerse, que hace terrorismo y se estupidiza frente a la TV, se burlan por completo de los discursos políticos y de la vida política. Han comprendido que no tienen nada que esperar de ellos. De manera recíproca, están exasperados por el ambiente burocrático y por los fastidios administrativos. Denuncien todo eso y tendrán un vasto público. En otras palabras: entre más aumente el poder del Estado y de la burocracia, más necesaria será la afirmación de la anarquía, única y última defensa del individuo, *es decir*, del hombre. Más aún, es imperioso que la anarquía vuelva a encontrar su

mordacidad y su valor; ella tiene un hermoso porvenir. Eso es lo que me ata a ella.

LAS QUEJAS DE LA ANARQUÍA CONTRA EL CRISTIANISMO

Voy a tratar de recordar aquí los ataques de la anarquía en el siglo XIX contra el cristianismo y a intentar explicarme sin buscar ocultar lo que no debe ocultarse. No se trata de “justificar” al cristianismo. Sin embargo, comenzaré por recordar la oposición, que en otra parte expliqué ampliamente, entre el “cristianismo” (que es un “ismo” como los otros) o la cristiandad y, luego, la fe cristiana y la referencia bíblica.¹⁵ Creo que los ataques al cristianismo pueden dividirse en dos tipos: los que son esencialmente históricos y los que son de orden metafísico.

La primera constatación fundamental es que todas las religiones, cualesquiera que sean, están en el origen de guerras y conflictos que finalmente son mucho más graves que las guerras puramente políticas o arbitrarias de los soberanos, ya que en las guerras que provoca la “religión” la cuestión de la Verdad se vuelve central: el adversario deviene la encarnación del Mal y de la Mentira, por lo que absolutamente se le debe eliminar. Esto es perfectamente exacto. Exacto no sólo en relación con las religiones tradicionales, sino también en relación con las nuevas religiones que las han reemplazado: la religión de la Patria, la religión del Comunismo, la religión del Dinero, por ejemplo. Todas las guerras que se hacen en nombre de creencias religiosas son “guerras sin expiación”. Como una vez sucedió en Roma. Pero ahí, se trataba de una guerra que había sido tan atroz que el mal que se hizo no podía repararse con sacrificios (*piaculum*). En cambio, las nuestras no tienen expiación porque al adversario se le debe aplastar completamente, sin

excepción ni piedad. Los modelos de esas guerras se encuentran en la Biblia, en donde a veces se pronuncia el *Herem* contra un enemigo del pueblo judío; es decir, que todo lo de ese pueblo debe aniquilarse: hay que matar a las mujeres, a los niños e incluso el ganado. Evidentemente esos textos sobre el *Herem* son una dura prueba para el creyente que toma la Biblia en serio. Después están las guerras llevadas a cabo por el Islam, cuyo principio es el siguiente: todo niño que nace en el mundo es musulmán por el hecho de su nacimiento. Si deja de serlo es culpa de sus padres y de la sociedad: el deber de cualquier musulmán es conducir a los otros a la verdadera fe. El dominio del Islam (la *oumma*, comunidad) es el mundo entero. Nada debe escapar a esta fe. Por lo tanto hay que *conquistar* este mundo; de ahí el principio de la guerra santa (la *dijhad*). No insisto, es demasiado evidente y no es mi problema. No obstante, el Islam manifiesta, de manera más clara que cualquier otra religión, que los creyentes son fanáticos y, en consecuencia, están listos para hacerse matar y para matar sin límites. Pero hay guerras “cristianas” que comienzan no en los inicios sino con el Imperio carolingio. Las guerras llevadas a cabo por los emperadores cristianos de Roma (después de Constantino) no tienen ningún carácter religioso: se trata de guerras idénticas a las que se llevaron a cabo antes del siglo IV para proteger las fronteras del Imperio. La idea de una guerra religiosa aparece después de las grandes descomposiciones del Imperio y del periodo merovingio (siglo VIII). He emitido la hipótesis de que esas guerras santas cristianas sucedían como imitación de las que desde un siglo antes hacía el Islam. La guerra se volvió un medio de conquistar dominios nuevos para la cristiandad y de constreñir a los pueblos paganos para que se volvieran cristianos. La cima la alcanzará Carlomagno, consagrado “Obispo del Exterior”, y la aventura muy conocida de los sajones que es característica; Carlomagno, después de conquistar una parte de la Sajonia, puso a los sajones frente a la elección: o se volvían cristianos o morían; se dice que seis mil fueron masacrados. Luego vino la larga secuencia de las Cruzadas, de las guerras religiosas internas de la cristiandad (contra los albigenses, los cátaros, etcétera), las “guerras

de religión” propiamente dichas de los siglos XVI-XVII entre protestantes y católicos, con todas las atrocidades que conocemos. Las guerras de Cromwell y, finalmente, las guerras “coloniales” donde, a decir verdad, la religión sólo fue un pretexto, una cobertura ideológica y una justificación. No son, propiamente hablando, guerras religiosas, pero en ellas la religión se mezcló por completo. Por lo tanto, la religión trae indiscutiblemente guerra. Pero mi objeción es la siguiente: hay una diferencia muy grande entre una religión que hace de la guerra un deber sagrado o, también, una prueba ritual (en ciertas tribus indias o africanas) y una “religión” que reprueba, rechaza, condena y elimina cualquier violencia. En el primer caso, hay una adecuación entre el mensaje central, la palabra dicha de Verdad, y el comportamiento belicoso. En el segundo, hay contradicción entre la Revelación “religiosa” y el comportamiento. Desde ese momento, incluso si las autoridades, los intelectuales o también la opinión calentada al rojo vivo por una prédica belicosa que afirma la legitimidad de esa guerra, el deber del creyente es recordar cuál es el centro del mensaje espiritual y mostrar la contradicción radical, la mentira del llamado a la guerra. Claro que es muy difícil. El creyente debe ser a la vez capaz de salir de la corriente sociológica y tener el valor para oponerse a los intelectuales y a la muchedumbre. Ahora bien, y es el problema del cristianismo, nunca he podido entender cómo la “religión” cuyo centro es “Dios es amor” y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” pudo provocar esas guerras absolutamente injustificables e inaceptables en relación con la Revelación de Jesús. Ciertamente conozco algunas justificaciones, las encontraremos más adelante. La realidad inmediata es que la Revelación de Jesús no debe dar nacimiento a una religión. Cualquier religión es portadora de guerra, pero la Palabra de Dios no es una “religión”; la mayor traición es justamente haber hecho de ella una religión.¹⁶ En lo que concierne al cristianismo quedan, sin embargo, dos cuestiones (que se relacionan con el problema que expondré después), la de la Verdad y la de la Salvación. Hemos visto que uno de los reproches que se le hace a la religión es el de pretender una Verdad exclusiva.

Es exacto y el cristianismo no escapa a ello. Pero, ¿a qué se refiere cuando se trata de “Verdad cristiana”. El texto central es la palabra de Jesús: “Yo soy la Verdad...” En consecuencia, y contrariamente a lo que se ha hecho y dicho después, la Verdad no es un conjunto de dogmas, ni la decisión de concilios y de papas, ni una doctrina, ni incluso la Biblia concebida como un libro. La Verdad es una Persona. No es cuestión de adherirse a una “doctrina cristiana”: es cuestión de tener confianza en una persona que te habla. La verdad cristiana sólo puede asirse, entenderse, recibirse en y por la fe, y la fe no puede ser forzada. No solamente la Biblia lo repite, sino también el simple sentido común: nadie puede coaccionarte a tener confianza en una persona de la que, por ejemplo, desconfías. Así, la “verdad” cristiana no puede en nada, ni de ninguna forma imponerse por la violencia, la guerra, etcétera. Sin embargo, Pablo desconfía ya de lo que en efecto iba a suceder cuando da el consejo: “Practiquen la verdad *en el amor*”. Se trata de practicar la verdad (y no de adoptar un sistema de pensamiento): lo que quiere decir: “sigue a Jesús” o, mejor, “imita a Jesús”... Pero esta verdad podría también ser exclusiva. Por lo tanto, es necesario sostener esa verdad *en el amor*. Lo que es muy difícil, tanto que constatamos una oscilación permanente en el curso de la historia de las Iglesias: tan pronto se afirmaba la verdad sin amor al prójimo (constricciones, etcétera), como se le colocaba por encima de todo (y se despreciaban completamente hasta los simples Evangelios). El segundo problema que queda es el de la Salvación: es una idea bien adquirida en el cristianismo que todos los hombres están “perdidos” (se dirá más tarde “condenados”, lo que no dice la Biblia), salvo si “creen” en Jesucristo. En consecuencia, para “salvarlos” es necesario (y aquí también la cuestión se vuelve grave) anunciarles primero la salvación en Jesucristo. Sí, ¿pero si no quieren creer en ella? Entonces se llegó progresivamente a la idea de “obligarlos” (a eso corresponden también empresas como la de Carlomagno, luego, las conquistas como la de Perú, etcétera). La coacción puede ser extrema, al grado de llegar a la amenaza y a la práctica de la ejecución capital. La gran justificación era (como en el Gran Inquisidor) la “salvación de su

alma". Frente a esa "Bienaventuranza eterna" ¿qué es la muerte corporal? Se llamará incluso *autodafé* (acto de fe) a esa ejecución. Es evidente que uno se encuentra ahí en presencia de lo inverso de la prédica de Jesucristo, de las cartas de Pablo, pero también de los Profetas. La fe debe nacer como un acto libre, no obligatorio, si no ésta no tiene ningún sentido. Cómo admitir que el Dios que Jesús llama Padre pueda querer una fe por obligación. En consecuencia, en todas esas críticas a la cristiandad y al cristianismo, es muy claro que para un cristiano que trata de ser fiel a la Biblia, los anarquistas han tenido absoluta razón al denunciar esas acciones, esas prácticas, esa política de violencia, de coacción y de guerra.

La segunda crítica en el plano histórico es cercana a la anterior, se trata de la colusión con el Estado. A partir de Constantino (y de su conversión, de la que, después de una veintena de años, los historiadores serios dudan que haya sido sincera, viendo en ella un puro acto político), el Estado será "cristiano".¹⁷ La Iglesia recibirá grandes beneficios (el Estado le ayudará a exigir a la gente que se vuelva "cristiana", derramará subvenciones importantes, dará un estatus privilegiado a los clérigos, etcétera), pero, a cambio, deberá soportar, primero, que el Emperador se mezcle en la teología y a veces decida la "verdadera doctrina", que debe ser la de la Iglesia; que convoque Concilios, que supervise el nombramiento de obispos, etcétera. Deberá, después, sostener al Estado. La alianza del Trono y del Altar no data de la Restauración, sino del siglo V. Se ha intentado separar los dos dominios: uno temporal y otro espiritual, pero la confusión vuelve a hacerse siempre; por otra parte, como lo dije anteriormente, el papa era el obispo del interior y el emperador del exterior. En todas las ceremonias, coronamientos, *Te Deum*, etcétera, el centro era que la Iglesia debía servir al Estado, al poder político, y garantizarle la adhesión interior del pueblo. A su manera cínica, Napoleón dijo: "Los curas tienen al pueblo, los obispos a los curas y yo a los obispos". No se podría declarar mejor que la Iglesia, siempre y definitivamente, fue el agente de propaganda del Estado. Por otra parte, la obediencia al poder formaba parte de los deberes

cristianos: el rey había sido nombrado por Dios (no obstante *que hubiera habido muchas disensiones en esta formulación*), por lo tanto, *desobedecer al rey era desobedecer a Dios*. No hay, sin embargo, que generalizar: lo que acabo de recordar es la doctrina oficial, la de la alta clerecía y la de la dirección de las Iglesias (y de hecho también de la Iglesia ortodoxa y de la Iglesia luterana), pero “en la base”, en la pequeña clerecía, en el bajo clero, es mucho menos segura. En el periodo que conozco bien,¹⁸ los siglos XIV y XV, en la mayor parte de los numerosos motines campesinos, los curas marchaban como elementos revolucionarios junto con sus parroquianos y frecuentemente encabezaban la revuelta. Esto, por lo general, terminaba en masacre. ¿Las cosas han cambiado desde que pasamos a los sistemas democráticos? Mucho menos de lo que se imagina. La idea central sigue siendo que “el Poder viene de Dios”, por lo tanto también el Estado democrático. Lo curioso es que es una fórmula muy antigua: desde el siglo IX algunos teólogos decían: “*Ominh potestas a Deu per populum*”: todo poder viene de Dios a través del pueblo. Pero evidentemente eso no conducía directamente a la democracia. En las democracias “cristianas”, es evidente que la alianza es semejante, aunque con menos ventajas para la Iglesia. En las democracias laicas, teóricamente, hay separación completa, pero es inexacto: ahí la Iglesia manifiesta su incertidumbre en el plano teológico. La Iglesia ha sido monárquica bajo los reyes; se volvió imperialista bajo Napoleón, para convertirse en *republicana* (con un poco de retrasos y con algunos conflictos en la Iglesia católica, pero sin ninguna duda en la Iglesia protestante) bajo la República. Lo mejor es que se volvió marxista en los países comunistas. No se asombren, en Hungría y en Checoslovaquia, las Iglesias reformadas, con Hromadka y Berezki, se volvieron abiertamente comunistas. Nunca hay que olvidar que en la URSS, en el momento de la guerra, en 1941, Stalin pidió a la Iglesia ortodoxa darle su apoyo (por ejemplo, para colocar los bonos del Préstamo de guerra) y la Iglesia se sintió muy contenta de darle ese servicio. Desde entonces la Iglesia ortodoxa fue un buen apoyo del régimen. Hay más dificultad del lado de la Iglesia católica, pero ahí, no hay que

olvidar que bajo Hitler, esta Iglesia, si no ayudó directamente al régimen, lo sostuvo en la misma Alemania, y que el papa hizo un concordato con Hitler. Todo esto es para decir que cualquiera que sea la forma que tome el poder político, las Iglesias en sus autoridades y direcciones se encontrarán siempre del lado del Estado.

Del lado comunista no hay que olvidar tampoco los regímenes de América Latina como Nicaragua, en donde el comunismo pudo instalarse gracias a la Iglesia católica y a los teólogos de la "Liberación".

El único ejemplo actual de oposición es el muy conocido de Polonia

Al mismo tiempo que las Iglesias se adaptan a las formas del Estado, adoptan también las ideologías correspondientes: es interesante subrayar que la Iglesia católica predicó una cristiandad universal, cubriendo toda Europa y *trascendiendo las diferencias nacionales... en un momento en que, en efecto, el Imperio era (se pretendía) universal. Pero* con la fragmentación del mundo occidental en naciones, la Iglesia se volvió nacional. Uno de los primeros ejemplos fue el de Juana de Arco; luego, en el siglo XVI, cuando las guerras se volvieron nacionales, la Iglesia sostuvo, de cada lado, su "Estado". Lo que provocó el hecho, irrisorio para los no creyentes, escandaloso para los cristianos, del "*Got mit uns*". Cada uno de los pueblos en guerra estaba convencido que Dios combatía de su lado, increíble desviación del pensamiento bíblico, pues, eso quiere decir, o bien, que cada pueblo se identificaba con el "Pueblo elegido" del Antiguo Testamento, o bien, que cada pueblo identificaba su combate con los combates alegóricos del Apocalipsis (el enemigo político que se vuelve Satanás). Por último, en esas manifestaciones de violencia producidas por los cristianos o por las Iglesias, hay que agregar la destrucción de las herejías (encontramos ahí la idea de una verdad exclusiva que la Iglesia representa

absolutamente y sin error) y la Inquisición. No obstante, hay que introducir un matiz: el aparato de la Inquisición propiamente dicho, a comienzos del siglo XIII (1229), se destinó a luchar contra las herejías (cátaras, albigenses); luego, en el siglo XIV, contra la brujería.¹⁹ Pero, contrariamente a lo que por lo general se dice, había pocas condenas a muerte y pocas hogueras. Dije más arriba que el único caso importante fue el de los cátaros. Hice estudiar a mis alumnos de doctorado registros sobre la Inquisición que se conservan en el suroeste de Francia (Bayonne, Toulouse, Bordeaux): en realidad pudimos establecer una media de seis a siete condenaciones por año. *Pero*, la Inquisición era, por un lado, un aparato de control de la opinión, y, por otro, de miedo colectivo (a causa del anonimato, del secreto del procedimiento, etcétera), que bastaba por su presencia misma. Cambió por completo cuando se volvió un instrumento en las manos del poder político. El tribunal de la Inquisición fue “fagocitado” por algunos reinos: ¿de ahí que a partir del siglo XVI la Inquisición se volviera un instrumento terrible? En Portugal, en España, en Venecia, donde estuvo por completo en manos del poder político, dejó de ser un instrumento de producción de miedo para convertirse efectivamente en un instrumento de muerte por razones “político-religiosas”. El caso de los cátaros fue tanto político como religioso: los cátaros enseñaban que no había que tener hijos; algunos reyes tuvieron miedo de que sus reinos se despoblaran...

Cualquiera que sea el fin de estas explicaciones, repetiré que los anarquistas tuvieron razón en cuestionar ese cristianismo, esas prácticas de la Iglesia, y que efectivamente tuvieron razón de verla como una forma intolerable de poder en nombre de la religión. Desde el momento en que el poder y la religión estaban confundidos, los anarquistas tenían razón en rechazar la religión. Por otra parte, hay que agregar a todo lo que acabamos de decir, *sin que por ello sea necesario insistir, la riqueza de la Iglesia y de los prelados sobre la base de la explotación del pueblo y, en el siglo XIX, la asociación de la Iglesia y del régimen capitalista; todo el mundo conoce el horrible uso que se hizo de la palabra de Jesús:*

"*Bienaventurados los pobres...*". Marx tenía razón *al* denunciar *el opio del pueblo*. Pues, efectivamente, ese cristianismo predicado por la Iglesia de esa época fue el opio del pueblo. Para terminar, diré dos cosas más: primero, que la situación se ha aclarado y mejorado mucho desde que las Iglesias ya no tienen poder, desde que ya no hay vínculos entre el poder político y ellas, y desde que el número de sus miembros ha disminuido considerablemente. Todos aquellos que estaban ahí por interés o por miedo se han ido. En segundo lugar, las condenas de los anarquistas (y de todos los otros, marxistas, libres pensadores, etcétera) al cristianismo y a las Iglesias deben ser, de hecho, para un cristiano una exigencia para comprender mejor el mensaje bíblico y evangélico, y para modificar su conducta y la de su Iglesia en función de esas críticas y de la mejor comprensión de la Biblia.

Pero dejando el terreno de la historia y de la moral, hay que abordar los ataques de fondo de los anarquistas, de tipo metafísico, contra las religiones en general y contra el cristianismo en particular. Encontraremos, de hecho, cuatro objeciones decisivas. Primero, como debe ser, el lema: "Ni Dios ni Amo". Al no querer Amo político, económico, intelectual, los anarquistas tampoco quieren un amo religioso, no quieren un Dios del que, lo hemos visto, los amos del mundo se han servido abundantemente. Todo el problema reside entonces ahí, en... la idea que nos hemos hecho de Dios... Nada menos. Es verdad que durante siglos los teólogos han insistido en el hecho de que Dios es el Amo absoluto, que es el Señor de los Señores, el Todopoderoso frente al cual el hombre es nada, etcétera. En consecuencia, era legítimo, si se quería rechazar a los amos, rechazar al mismo tiempo a Dios. En esa crítica se podía también insistir en el carácter anticuado de las denominaciones que los cristianos del siglo XX continúan empleando: se dice todavía que Dios es Rey de la Creación o que Jesús es el Señor. Pero ya no hay reyes ni señores. Discutiré esta visión de Dios. Sé que corresponde a la mentalidad corriente, sé que se trata de una imagen *religiosa* de Dios, sé, en fin, que muchos son los textos bíblicos que dicen que

Dios es Rey o Señor. Admitido eso, pretendo que la Biblia nos da en realidad una imagen completamente distinta de Dios. Vamos aquí a examinar solamente un aspecto de esa imagen distinta; volveremos a encontrárnosla de nuevo en las cuestiones siguientes. Si el Dios bíblico es el Todopoderoso, es al mismo tiempo aquel que *prácticamente nunca utiliza su poder en su relación con el hombre* (excepto en casos muy excepcionales que se mencionan precisamente porque son “anormales”): la Torre de Babel, el Diluvio, Sodoma y Gomorra). Es un poder que se autolimita, no por arbitrario y caprichoso, sino porque actuar de otra forma contradiría su Ser mismo. Pues más allá del Poder, lo dominante, lo condicionante, está el ser de Dios que es Amor. No es sólo Jesús quien nos lo enseña, es toda la Biblia hebrea, si al menos se quiere leer con atención. Cuando ese Dios crea, no es para divertirse, sino porque, al ser amor, es necesario que tenga “a quien amar”, alguien distinto a él. No crea mediante una explosión terrible de poder, sino por la simple palabra: “Dios dice...” Así de simple. Dios no se desencadena en Poder, se expresa únicamente por la palabra, lo que implica desde el comienzo que es un “Dios para la comunicación”, contrariamente a todas las cosmogonías religiosas de la época, donde los dioses (incluyendo los del Olimpo) no dejan de combatirse, de crear en la violencia, etcétera. Cuando el Dios bíblico crea al hombre, la segunda narración muestra que lo que caracteriza a ese hombre es también la palabra. El papel primero del hombre es el de ser el que responde al amor de Dios. Lo que quiere decir que el hombre está hecho para amar (esa es la imagen de Dios). Otra imagen completamente sorprendente de ese Dios, es la historia de Elías en el desierto: después de cuarenta días en los que Elías se desconsuela de soledad, se produce una serie de fenómenos muy violentos: un incendio terrible, un ciclón, un terremoto, y cada vez el texto dice: pero Dios no estaba en el incendio, no estaba en el ciclón, no estaba, etcétera. Al final se levanta un ligero susurro (Chouraqi traduce: el ruido de un silencio que se desvanece), entonces Elías se prosterna y se cubre el rostro con su manto, pues Dios estaba en ese susurro. Muchos textos proféticos confirman también que Dios habla a su pueblo sin

amenazas (Pueblo mío, ¿qué te he hecho para que te apartes de mí?). Incluso, cuando ese Dios se manifiesta en su poder, nunca está ausente el aspecto de lo que un gran teólogo ha llamado “La humanidad de Dios”. Por ejemplo, en la historia del Sinaí: la montaña está rodeada de truenos, de relámpagos, etcétera, y el pueblo tiene miedo. Pero Moisés sube de todas formas y entonces, dice la narración del Exodo, “hablaba a Dios cara a cara como un amigo habla a su amigo”. De esa forma, cualquiera que sea el poder de Dios, no es nunca el aspecto de Dios Amo absoluto, Todopoderoso, etcétera, el que primero surge: es el aspecto de Dios que se pone al nivel del hombre y se “autolimita”. Que los teólogos influidos por la monarquía (la de Roma y la de los siglos XVI y XVII) hayan por imitación insistido en el Todopoder, es exacto y es un error. Sin embargo, a veces, puede ser útil *ante* (y contra) un Estado todopoderoso recordar a ese dictador que Dios es más poderoso que él y que es el Rey de los Reyes (como Moisés lo hizo ante al faraón). “Ante al asesino que vendrá a matarte, veremos si eres Dios”. Pero fuera de eso, el verdadero rostro del Dios bíblico es el Amor. Y no creo que los anarquistas estarían de acuerdo con una fórmula que dijera “Ni amor ni Amo”.

Una segunda crítica del anarquismo contra el cristianismo, que se dirige también a la concepción de Dios, es uno de los dos célebres dilemas: al ser Dios omniprevisor y “Providencia” suprime cualquier libertad del hombre. También aquí nos encontramos frente a una imagen de Dios que en realidad proviene de la filosofía griega y que los teólogos clásicos *difundieron mucho*. *Se sabe que a partir del pensamiento griego se “dotó” al Dios cristiano de todo un conjunto de “atributos”: omnisciente, omiprevisor, impassible, inmutable, eterno, etcétera. No discuto lo que viene directamente de la Biblia (por ejemplo, Dios eterno, aunque nosotros no podamos concebir lo que quiere decir la Eternidad), pero constato que nos hemos hecho una imagen, una representación de Dios, que dependía mucho más de una reflexión humana y lógica, que de una comprensión de la Biblia. Pues ésta enuncia a lo largo de todas sus páginas una*

afirmación decisiva: no podemos conocer a Dios, no podemos hacernos una imagen de él ni analizar lo que es. Los únicos teólogos serios son los que han practicado lo que se llama la teología negativa, es decir, que: “no podemos conocer a Dios, sólo podemos decir lo que *no es*: así, el dinero no es Dios, ni un árbol, ni una fuente, ni el sol”, etcétera. No podemos afirmar nada positivo (dije anteriormente. “Dios es amor”, ésa es, en efecto, la única declaración positiva bíblica, pero el amor no es un “ser” dado). Está contenido en la gran afirmación de Dios a Moisés (Ex 3, 14): “Soy el que es”. Pero con la pluralidad de sentidos de las palabras hebreas, eso puede traducirse como “Soy aquel que es” (esta traducción la confirman muchos otros textos en donde Dios dice: “Soy aquel que puede decir: Soy”) o también: “Seré el que es”; “Seré el que será”. Por lo tanto, y en todo caso, no hay nada fijo ni claro. Como lo dice Karl Barth: “Cuando Dios se *revela* al hombre, se revela como el Incognoscible”. En consecuencia, todos esos calificativos que le hemos atribuido a Dios, son del orden de la imaginación o del razonamiento humano. Debo *decir* que ése fue el gran mérito de los teólogos de la muerte de Dios: no “matar a Dios”, pero destruir la Imagen que nos fabricamos de él. Sin lugar a dudas, los ataques de los grandes anarquistas del siglo XIX, tanto como los de Nietzsche, se dirigen contra esa imagen común en su época. Un teólogo protestante actual podía decir: “La ciencia nos ha enseñado que ya no teníamos necesidad de la hipótesis de Dios para comprender los fenómenos”, y Ricoeur, filósofo cristiano, cuántas veces ha hecho el proceso del “Dios tapagujeros” (es decir, que cada vez que no comprendíamos algo se lo atribuíamos a Dios). El error, efectivamente, había sido hacer de Dios un tapagujeros explicativo, la hipótesis útil para comprender, por ejemplo, el origen del mundo. Volvemos a esta verdad simple, esencialmente bíblica, que “Dios” no sirve para nada.²⁰ Pero, entonces, ¿para qué conservar a ese “Dios”? A lo que habría que replicar, ¿para qué debería conservarse lo que es útil, lo que “sirve”? Esto es dar pruebas del espíritu utilitarista, modernista del peor gusto. Es por lo tanto un grave error haber utilizado a Dios así. Pero si Dios no es nada de todo eso, hay que

volver a cuestionar una noción habitual: la de la “Providencia”, curiosa creación que sólo tiene de cristiano que es un Poder que prevé todo, ordena y hace funcionar cualquier cosa. En la Biblia no hay Providencia, no hay Dios que distribuya a cada uno tal bien, tal riqueza, tal dicha. ¿Como una especie de gigantesca computadora que funciona según el programa? Nada de eso es bíblico: hay *un* Dios que está con el hombre, que acompaña al hombre en los pasos que emprende; un Dios que *a veces puede* intervenir, pero no según leyes hechas ni tampoco según un arbitrio dictatorial. No hay Dios Providencia, y veremos más adelante por qué. *Pero* si creo, puedo considerar tal alegría que me sobreviene como un don suyo, y tal desgracia como una advertencia o también como un castigo de Dios. Lo esencial es comprender bien que al igual que no hay conocimiento *objetivo* de Dios, tampoco puedo objetivamente proclamar (y sobre todo no para los otros) que esto es un don o un castigo de Dios. Es un asunto de fe y, en consecuencia, subjetivo. Exactamente igual que en una palabra que alguien me dice puedo, en la fe, entender más que el sentido de las palabras y encontrar ahí, quizás, una Palabra de Dios. ¿Ilusión? ¿Por qué lo subjetivo sería ilusión? Una experiencia milenaria prueba lo contrario. Pero continuemos persiguiendo las falsas imágenes de Dios que los cristianos han fabricado. La Providencia era una construcción para uso popular; para uso de los intelectuales se inventó un Dios que sería la “causa de las causas” (a partir del pensamiento científico causalista). Evidentemente desde la óptica metafísica eso puede sostenerse, pero nunca en el pensamiento bíblico. Por una razón esencial, Dios, causa de las causas, pertenece a un sistema esencialmente mecánico, mientras que el Dios de la Biblia es cambiante, fluido, que toma decisiones que pueden parecer arbitrarias; es un Dios libre y, como lo dice Kierkegaard: “es ante todo el Incondicionado”. No puede ser la cima de una pirámide de causas. Pero he aquí que llegamos a una explicación fundamental. El *Génesis* describe la creación en seis días (evidentemente no se trataban de jornadas de 24 horas). Dios la concluye en el sexto “y vio que todo era bueno”. Luego, el séptimo día, descansó. Pero,

entonces, ¿dónde se sitúa toda la historia humana? Hay una sola respuesta posible: durante ese séptimo “día”.²¹ En otras palabras, Dios entra en su reposo y el hombre comienza su historia. Hay cierto sitio en la Creación. Este tiene sus propias leyes de organización y de funcionamiento, y el hombre tiene un papel que representar en él. Tiene cierta responsabilidad y el hecho de que “desobedecerá” a Dios (es decir, que *romperá* con El) no cambia en nada esa situación. Dios no recomienza todo. No sale de su reposo para tomar la dirección de las operaciones... La organización del mundo permanece tal cual. Dios permanece en su reposo. El hombre toma sus decisiones y sus riesgos: Dios continúa amando a esa criatura y espera que ella lo ame. Es Palabra y quiere continuar el diálogo con ella. A partir de entonces, Dios, a veces sale de su reposo. Muchos textos bíblicos dicen expresamente: “Dios salió de su reposo”... Y al final de la Biblia, en la *Epístola a los hebreos* y en el *Apocalipsis*, la gran promesa y la alegría es precisamente encontrar ese reposo. Dios encontrará su reposo, y el hombre entrará en el reposo de Dios (que nada tiene que ver con el reposo de la muerte).

A veces Dios sale de su reposo... Cuando la situación se vuelve desesperada para el hombre, y Dios *intenta* un plan de salvamento que no siempre se *logra*, pues es necesario que el hombre participe en él y eso puede fracasar. Tenemos de ello numerosos ejemplos. Dios sale de su reposo porque la maldad de los hombres, de unos hacia otros, es tal que no puede soportarla, entonces interviene (pero, ya lo he dicho, esto no es un prodigio estupefaciente) y restablece un orden provisorio donde los “malos” serán castigados (por otros hombres... a quienes Dios, secretamente, da su fuerza)... Lo que es más difícil de comprender cuando se está habituado a las imágenes tradicionales de Dios, es la mezcla de la historia humana con una “historia” de Dios. Aquí llegamos a la idea central: lejos de ser el comandante universal, Dios bíblico es ante todo el libertador.²² Lo que por lo general ignoramos es que el *Génesis* no es el primer libro de la Biblia. Mucho más antiguo, y considerado por los judíos como el primero, el libro fundador, es el *Éxodo*, es decir, que los

judíos reconocían que su Dios no es, en primer lugar, el Creador universal, sino, antes que nada, su *libertador*. El texto es impresionante: “Yo los he liberado de Egipto, el país de la esclavitud”. Ahora bien, Egipto se dice Mistrain, que significa exactamente: “la doble angustia”. Los rabinos dicen que “es la angustia de vivir y la angustia de morir”, de tal modo que el Dios de la Biblia es *ante todo* el que libera al hombre de todas las esclavitudes, de la angustia de vivir y de la angustia de morir. Y cada vez que “interviene” es para restablecer un aire de libertad para el hombre -a veces se paga caro. Eso se hará siempre a través de un hombre encargado por Dios para esa misión (las más de las veces ese hombre se espanta, rechaza, etcétera; hay numerosas narraciones sobre la pedagogía de Dios. Alphonse Maillot muestra bien hasta qué punto ese Dios bíblico está lleno de humor). Pero, ¿por qué la libertad? Si hemos aceptado que Dios es Amor y que el hombre es el que responde a él, la explicación es simple. Al amor no se le puede obligar, constreñir, ordenar... El amor es forzosamente libre. Y si Dios libera espera que el hombre lo reconozca y *entonces* lo ame. Evidentemente, Dios no puede llevar al hombre a amarlo aterrorizándolo. Sé bien que surgirán inmediatamente dos objeciones: ese Dios es, sin embargo, quien ordenó al pueblo judío cientos de mandamientos, en primer lugar el Decálogo. ¿Cómo entonces decir que no constriñe al hombre? Ahí, yo también me quedo estupefacto de que se haya podido hacer de esos “mandamientos” el equivalente de artículos de un código humano y que se haya obtenido de ellos constreñimientos y deberes. Hay que tomarlos de otra manera: en primer lugar, esos mandamientos son el límite que Dios traza entre la vida y la muerte. “Si no matas, tienes la enorme oportunidad de que nadie te mate. Pero si cometes un asesinato, es casi seguro que morirás igual” (no hay diferencia entre el crimen privado y la guerra). Quien a hierro mata a hierro muere. Todos esos mandamientos son verdaderos: si permaneces en el interior tu vida está protegida. Si los infringes, entras en un mundo de riesgos y peligros. “He aquí que pongo frente a ti el Bien y la Vida; el Mal y la muerte: elige el Bien (soy Yo, Dios, quien te aconseja e

incluso te suplica elegir el Bien) a fin de que vivas”. El segundo aspecto que se debe retener de esos mandamientos, es que son tanto una promesa como una orden: “No matarás”, quiere decir al mismo tiempo: no hay que matar y “te prometo que te será posible no matar”.

Esta acción liberadora que Dios quiere llevar a cabo para el hombre, encuentra, en la fe cristiana, su cumplimiento en Jesucristo. Quien más insistirá en esta libertad es Pablo, las *Cartas a los Corintios* tienen por tema esa libertad: “Por la libertad ustedes fueron liberados...”. “Ustedes fueron liberados, no se dejen esclavizar por nadie”. “*Todo* está permitido, pero no todo es útil”, etcétera. Santiago llama a la “Ley de Dios” Ley de libertad. Cuando leemos estos numerosos textos, así como aquel, asombroso, donde Pablo rechaza que se den “preceptos” que conciernen al alimento, a la manera de vivir, etcétera (son, dice, preceptos que tienen apariencia de sabiduría, pero que en nada son mandamientos de Dios; son simples mandamientos humanos); cuando leemos todo eso, no comprendemos cómo las Iglesias obtuvieron de aquello exactamente lo contrario, agravando los preceptos de moral, subordinándonos frecuentemente a ellos e infantilizando al hombre.

El hombre ha sido, en consecuencia, liberado; tiene que aprender sus responsabilidades y, sin embargo, Dios actúa interviniendo u ordenando... ¿Cómo entenderlo?: el primer señalamiento es que se trata siempre de mandamientos dirigidos a *un* hombre. Éste es llamado por Dios para hacer algo particular. No se trata de una ley general y no tenemos derecho de generalizar; a lo más, de sacar una lección de ello: por ejemplo, cuando Jesús dice al “joven rico”: “Ve, vende todo y repártelo entre los pobres. Luego, ven y sígueme”, no hay que generalizar y decir que todos los “cristianos” tienen que vender sus bienes, etcétera. Es, en primer lugar, una palabra destinada a nosotros para que nos pongamos en guardia contra la riqueza. Después, *un* cristiano puede, en su conciencia, escuchar de nuevo esa palabra como si se le dirigiera a él. Lo más importante

para nuestra cuestión es entender que nos encontramos en presencia de un juego dialéctico entre el hombre y Dios. El hombre es libre de actuar a su manera y es responsable de ello. Dios también actúa en la situación y las dos acciones se combinan o se oponen. En todo caso el hombre no es para nada pasivo y Dios no hace todo. Puede dar un consejo o una orden, pero no impedirá que el hombre haga otra cosa. Eventualmente (encontramos esta situación asombrosa), Dios puede aprobar al hombre mismo aunque haya hecho otra cosa distinta a la que Dios quería (recordemos la extraordinaria frase de Job: “Quisiera que Dios se culpara a sí mismo y me diera la razón”). En otras palabras, el Dios bíblico no es en ningún sentido una máquina, una gran computadora con la que no podemos discutir y que funciona según un programa; el hombre tampoco es para Dios un robot cuya única posibilidad es ejecutar las decisiones de su constructor.

Esto nos conduce a la última (hasta donde conozco) gran objeción anarquista contra Dios. El célebre dilema: o bien, Dios es todo poderoso, pero entonces, si se toma en cuenta todo el mal que se hace sobre la tierra, no es bueno (si en verdad Dios hace todo lo que sucede); o bien, Dios es Bueno, pero no Todo Poderoso, ya que no puede impedir el mal que se hace. Creo que lo que hemos dicho hasta el momento facilita la respuesta. Primero, precisemos bien que el Mal no es el producto de una fuerza superior, Satán, el Diablo, etcétera; todo eso son representaciones míticas y no reales; por otra parte, en hebreo y en griego son nombres *comunes* y no de personajes. El famoso diablo, Mefisto, etcétera, pertenece a la leyenda no bíblica. El *diabolo* es el “que divide”. Por lo tanto, todo lo que provoca la división entre los hombres (lo contrario del amor) es el “diablo”. Satán es el acusador, por lo que todo lo que provoca que los hombres se acusen recíprocamente unos a otros, es Satán. El Mal sólo viene del hombre en el doble sentido de que hace mal a los otros y a sí mismo; a su prójimo y a la naturaleza. No hay un Dios bueno y un Dios malo. No hay personajes, sino fuerzas en acción (el maligno representa las falsas cuestiones intelectuales; la gran

serpiente, las potencias que tienden a llevar al mundo a la nada, etcétera). A partir de ese momento, es, bíblicamente hablando, del hombre de quien se trata, únicamente del hombre. Pero, si como lo vimos, éste está llamado a volver hacia Dios su amor, y si a causa de ello, Dios interviene constantemente para liberarlo, ese hombre libre puede hacer lo que decida. Puede hacer mal y del mal puede hacer lo contrario de lo que Dios quiere. Dios quiere el bien, pero deja al hombre libre de no hacerlo, porque en caso contrario, si Dios, en tanto Todo Poderoso, decidiera automáticamente “hacer el bien” al hombre, la vida humana carecería de sentido. El hombre sería un robot entre las manos de Dios, un juguete que se habría fabricado (pero ¿para qué?). Entonces, pongamos bien atención, no sería responsable de nada y carecería de importancia que hiciera el bien o el mal. Las cosas, sin ninguna duda, funcionarían impecablemente; no habría ya guerras, ni asesinatos, ni dictaduras, etcétera; como tampoco las hay entre las computadoras. Pero, ¿los accidentes naturales? ¿Los cataclismos? Evidentemente es el punto más difícil de admitir para un agnóstico. Esta es la explicación bíblica: en la medida en que toda la creación está hecha como un conjunto, en el que todas las partes están estrechamente vinculadas (lo que, por otro lado, los físicos más avanzados admiten ahora); en la medida en que en esta creación el hombre era el “coronamiento” de la obra; pero también el responsable de ella (tenía, lo hemos dicho, que “llevar a Dios el amor de la creación”), en el momento en que rompe con Dios arrastra a toda la creación consigo. Nada queda intacto porque la parte principal decidió autonomizarse y hacer su voluntad. Lo que dio un giro muy malo. A partir de entonces subsisten leyes de organización del cosmos y de la materia, como las que el hombre tiene que asumir para conservar su cuerpo; no es un retorno a la nada, sino un funcionar con dificultades, accidentes, como le sucede a la vida del hombre. No puede ser de otra manera porque el hombre rompió con el que es el Ser mismo. Por otra parte, último señalamiento, lo que llamamos cataclismos, sólo lo son *para el hombre y en relación con él*. Una avalancha, un terremoto, una inundación, no son en ningún sentido maléficos por sí mismos y no

causan daños particulares a la naturaleza. Con frecuencia, son expresiones del juego de esas “leyes” físicas o químicas que pusimos al día. Sólo se vuelven terribles en la medida en que el hombre está ahí y sufre las consecuencias de esos cambios naturales, que llamará cataclismos en relación con él.

Pero efectivamente dijimos que Dios no interviene: no va a impedir el juego de las leyes naturales sólo porque el hombre está ahí, ese hombre que rompió con él. Lo hará sólo de manera excepcional, en lo que los cristianos llamarán “milagros”, cuyo hecho material —hay que repetirlo constantemente— no es importante desde el punto de vista bíblico, sino en *el sentido* que el hombre quiere encontrar en él. En particular es el signo de que la relación con Dios se restableció y que Dios lo manifiesta protegiendo, sanando, etcétera.

De todas formas, lo maravilloso no es el milagro, un acontecimiento rarísimo y excepcional. Por ello rechazo absolutamente, por ejemplo, los milagros llamados de la infancia de Jesús (Jesús que fabricaba aves de arcilla y soplabla sobre ellas para hacerlas volar), milagros que algunos textos tardíos atribuyen a Jesús y que no tienen otro sentido que “asustar” a los espectadores (Jesús jamás aceptó hacer milagros para espantar a la gente *o para hacerse reconocer* como Hijo de Dios: los rechazó incluso expresamente); por último, rechazo totalmente las famosas apariciones (de la Virgen, de los Angeles, etcétera) que nada tienen que hacer en relación con lo que la Biblia nos enseña sobre la acción de Dios.

Dicho lo anterior, no pretendo convencer al lector, sólo trato de plantear mejor las cuestiones, de manera que quien se pretende ateo o agnóstico, lo haga por buenas razones y no por razones falsas y fabulosas. Cuando daba un curso anual (de 1947 a 1979) sobre “Marx y el marxismo” en el I.E.P., tenía la costumbre de decir a mis alumnos: “Trato de ser lo más honesto posible, no pretendo convencer ni en un sentido ni en otro; lo que quisiera es que ustedes

decidieran ser marxistas o antimarxistas no a partir de una emoción, de una idea vaga, de una pertenencia a un medio, sino a partir de una conciencia exacta y por razones precisas". Hoy digo lo mismo aquí.

CAPÍTULO 2

La biblia, fuente de anarquía

SE TRATA para mí, a través de una lectura “simple” de la Biblia, de mostrar que, lejos de asegurar un fundamento para el Estado y las autoridades, la lectura, mejor entendida, apunta hacia la anarquía, pero en el sentido de *an-arkhe*: no-autoridad o no-dominación, y no, claro está, en el sentido banal de “desorden”. Cuando hay desorden, inmediatamente se dice: “es una verdadera anarquía”. Eso viene de que el hombre occidental está de tal forma persuadido de que el orden en la sociedad sólo puede establecerse mediante un poder central fuerte, con sus medios (policía, ejército, propaganda), que, en el momento en que esos poderes se ponen en discusión, sólo se prevé el desorden. Lutero estuvo tan asustado por el desorden de la revuelta campesina (*continuación* de su propia predica sobre la libertad cristiana; ¡los grupos de campesinos creyeron en ella y quisieron manifestarla enseguida!) que inmediatamente pidió a los príncipes reprimirla. Calvino dijo que *todo* es mejor que el desorden social, ¡incluso un tirano! Cito a estos dos autores porque me son cercanos, ya que soy protestante, y para mostrar que incluso fieles lectores de la Biblia, y verdaderos cristianos, estaban obnubilados por la *evidencia* de la utilidad de los reyes, príncipes, etcétera. No *podían* leer la Biblia sin esta pantalla. Hoy en día, en presencia del aplastamiento del hombre por el Estado, bajo todos los regímenes, podemos poner en duda a este Behemot, y, en consecuencia, leer la Biblia de otra manera, teniendo en cuenta que es perfectamente exacto que hay *también* en la Biblia textos que parecen legitimar la “autoridad”. Creo que hay una corriente general que apunta hacia la anarquía y textos excepcionales que refuerzan la autoridad.

LA BIBLIA HEBRAICA ²³

Después de su liberación de Egipto, al pueblo hebreo lo condujo primero un líder carismático y durante ese periodo de travesía por el desierto que duró cuarenta años no tuvo organización precisa (a pesar de las indicaciones que se nos dan en el *Éxodo*). Para implantarse en Palestina y realizar la conquista, el pueblo tuvo un jefe militar, Josué; aquello duró poco tiempo. (No es cierto, por otra parte, que el “pueblo hebreo” haya sido formado por un solo grupo, de idéntico origen.) Después vino una repartición (que tal vez haya sido iniciada bajo Moisés) en clanes y tribus. Doce tribus, con una autoridad a la cabeza de cada una de ellas, pero que parece haber tenido muy poco poder concreto, pues cuando había que tomar una decisión importante, con los sacrificios rituales y las plegarias para que Dios inspirara al pueblo, era la asamblea del pueblo la que se reunía en su totalidad y la que finalmente tenía la última palabra. Después de Josué, cada tribu afirmó su posición en el territorio y continuaron la conquista (pues muchos de los territorios que se le asignaban a tal tribu no estaban aún conquistados). Cuando las tribus se instalaron se organizó un sistema muy interesante: no había “príncipe” en las tribus, las familias que podrían considerarse como nobles se habían extinguido o habían sido vencidas, entonces el Dios de Israel declaró que a partir de ese momento, él, y solo él, sería el jefe de Israel. Pero no era una “teocracia”, pues no había “representante de ese Dios” sobre la tierra. Parece que las decisiones las tomaba la asamblea del pueblo de cada tribu. Excepto cuando la situación se volvía desastrosa, ya sea por las repetidas derrotas, por el hambre, por el desorden social o por la idolatría y el retorno a las religiones paganas, entonces, nos cuenta el libro de los *Jueces*, Dios elegía a un hombre o una mujer, sin ninguna autoridad particular, pero que Dios inspiraba para ganar una guerra, para

volver a conducir a su pueblo al respeto a su Dios, en suma, para resolver la crisis. Parece que, después de haber cumplido su papel, el “Juez”²⁴ se borraba y volvía a entrar en el pueblo. En consecuencia, un sistema muy flexible, ya que Dios llamaba a alguien que de ninguna forma era designado por su familia, su riqueza, etcétera. Débora, Gedeón, Tais, Jaír, Sansón son más profetas que reyes; no tienen ningún poder permanente. Sólo Dios debe considerarse como la autoridad suprema. Hay una frase muy significativa al final del libro de los *Jueces*: “En aquellos tiempos no había rey en Israel. Cada uno hacía lo que le parecía bueno”. La contraprueba nos la da la historia de Abimelec (*Jueces* 9), uno de los hijos de Gedeón: sin ningún mandato de Dios decidió que por ser de la familia de aquel que había salvado a Israel debía retomar el poder de su padre. Comenzó por asesinar a todos sus hermanos, reunió a todos los habitantes de Siquén y de Bet Miló y se hizo proclamar rey. Inmediatamente se levantó contra él un profeta, Jotán, quien se dirigió al pueblo y contó una parábola interesante: “Los árboles se reunieron para elegir rey y colocarlo a su cabeza; eligieron al olivo. Pero el olivo rehusó declarando que su función era producir buen aceite; eligieron entonces a la higuera, que respondió lo mismo: ‘¿renunciaría a mi dulzura y al excelente fruto que llevo para ir a mecarme sobre los árboles?’ Pero los árboles querían un rey. Eligieron a la viña que respondió como los dos primeros. Entonces los árboles se dirigieron a la zarza quien, por supuesto, aceptó, proclamando que, a partir de ese momento, quienes desobedecieran serían ‘quemados’ por ella”. Después de haber denunciado a Abimelec, al profeta Jotán se le obligó a huir. Abimelec reinó tres años. Luego, los israelitas, acostumbrados a la libertad, se hartaron y comenzó la rebelión y la represión. Abimelec hizo masacres. Después de su victoria sobre los rebeldes, llegó a una torre, una mujer tomó un pedazo de piedra de molino y desde lo alto se lo lanzó rompiéndole el cráneo. Luego, continuó el sistema de los *Jueces*. Pero la verdadera historia del poder real (es decir, *central y unitario*) comenzó con el célebre relato que encontramos en el libro de *Samuel*, quien en ese momento era “Juez”. El pueblo de Israel en su

conjunto declaró que tenía ya bastante de ese sistema político, que quería un rey *para ser como las otras naciones* ²⁵ Porque también estimaba que un rey sería más eficaz para conducir las guerras. Samuel protestó y fue a orar a Dios. Entonces el Dios de Israel le respondió: “No te inquietes, no es a ti, Samuel, a quien el pueblo rechaza: es a Mí, a Dios. Desde que los liberé no han dejado de aprovechar cualquier ocasión para rechazarme. Acepta la petición del pueblo, pero adviérteles lo que les sucederá”.²⁶ Entonces Samuel regresó a la Asamblea del pueblo de Israel y declaró: “Ya que quieren un rey, ¡lo tendrán! Pero es necesario que sepan lo que el rey hará: tomará a sus hijos para hacerlos soldados, tomará a sus hijas para meterlas en su harem o para hacerlas sus sirvientas, elevará los impuestos y confiscará sus tierras (...)”. Pero el pueblo respondió: “No nos importa, ¡definitivamente queremos un rey!” Samuel les advirtió diciéndoles: “¡Pronto gritarán contra su rey!” No hubo más que hacer. Entonces apareció el que fue elegido rey: Saúl, que, como lo saben, se volvió loco, cometió todos los abusos del poder y terminó derrotado por los filisteos. El segundo rey, David, dejó un gran renombre; fue el gran rey de Israel, a quien siempre se evoca como modelo: antaño escribí que David fue, entre todos los reyes de Israel, la “Excepción”. Pero Vernard Eller es más severo que yo. Piensa que David es un claro ejemplo en favor de la anarquía. Primero, porque un texto (2 *Samuel*, 12, 7-9) nos muestra que David no hizo nada por sí mismo, fue únicamente Dios quien actuó a través de él, y que su gloria no debe nada a su *Arkhé*, sino únicamente a la benevolencia de Dios. Después, Eller muestra que, durante su reinado, David acumuló exactamente todo lo que en el curso de los siglos provocaría los desastres sucesivos de los reyes de Israel... Esto, con toda evidencia, es importante (en Francia, Luis XIV acumuló todo lo que fabricó los errores políticos del siglo XVIII y las causas de la Revolución...). Por otra parte, y de manera muy curiosa, el texto bíblico insiste en todas las faltas de David: los asesinatos de sus rivales o del marido de una mujer que David deseaba, las incesantes guerras civiles de su reino, etcétera, así David no aparece completamente blanco ni glorioso. Después de él, su hijo Salomón

comenzó bien su reinado. Era justo y recto. Luego, como a los otros, el poder lo embriagó. Hizo más aplastantes los impuestos, construyó palacios ruinosos, tomó setecientas mujeres y trescientas concubinas. Se puso a adorar a dioses distintos del Dios de Israel, a construir, un poco por todas partes, ciudadelas, y terminó por morir bajo el odio general. Cuando uno de sus hijos, a quien había designado, apareció, los ancianos del pueblo judío le dijeron: “Ahora hay que llevar una política liberal hacia el pueblo, aligerar la servidumbre y las cargas. Pero Roboam no los escuchó, y cuando se reunió la Asamblea, declaró: ‘Mi padre volvió su yugo pesado, yo se los haré aún más pesado. Mi padre los castigó con fuetes, yo los castigaré con escorpiones Como es evidente, el pueblo se rebeló, lapidó al “ministro de finanzas”. El pueblo rechazó la realeza de David y las tribus se dividieron: aun cuando una de ellas (Judá) siguió a Roboam, todas las demás se aliaron con un antiguo ministro de Salomón, Jeroboam. Esta historia, en mi opinión, merecería contarse porque muestra a qué grado, incluso para los “grandes” reyes, las narraciones bíblicas son severas y precisamente severas en la medida en que los reyes representan para la época el equivalente de un Estado: ejército, finanzas, administración, centralización, etcétera.

Por otra parte, no hemos concluido lo que vamos a decir sobre la realeza en Israel; hay todavía dos puntos importantes: el primero puede resumirse rápidamente, se puede decir que en el conjunto de las narraciones histórico bíblicas, a los “buenos reyes” siempre los vencen los enemigos de Israel, mientras que a los “grandes reyes”, aquellos que obtienen grandes victorias y amplían el territorio, etcétera, siempre los presenta como “malos”. “Buenos”, es decir, por una parte justos con el pueblo, sin abusar del poder y, por otra, adorando al verdadero Dios de Israel. “Malos”, es decir, que hacen penetrar la idolatría, rechazan a Dios y, al mismo tiempo, son injustos y malvados. La presentación de ese “dúo” es de tal manera sistemática que los historiadores modernos han concluido que todos esos escritos son de autores antimonárquicos y partidistas (es

verdad que en el libro de las *Crónicas* la presentación es mucho menos tajante). Lo que, sin embargo, me parece asombroso es que esos textos hayan sido redactados, publicados y admitidos por los rabinos y por los “representantes” (si así puede decirse) del pueblo durante el tiempo en que reinaban esos reyes. La censura y el control debieron haber existido: sin embargo, eso no impidió la transmisión de esos escritos. Además, dichos escritos no sólo se conservaron, sino que se consideraron como inspirados por Dios, como una revelación del Dios de Israel que se presenta como el adversario del poder real del Estado. Que a esos textos se les haya declarado textos sagrados, inscritos en el libro (no había todavía “canon”), textos inspirados, leídos en las sinagogas (lo que, por ejemplo, habría podido parecerle a Acab propaganda antimonárquica), comentados frente a todo el pueblo como palabra de Dios, es lo que a la vez me parece asombroso y demostrativo del “pensamiento dominante” del pueblo judío entre los siglos VIII y IV a. C.

Esos mismos textos, y luego todos los libros de los profetas, hicieron aparecer un fenómeno políticamente extraño: ante cada rey se levantó un profeta. El profeta es, las más de las veces (incluso frente a David), un severo crítico de la acción real. Declara venir de parte de Dios y traer una Palabra de Dios: esa palabra es siempre una oposición a la política real. Claro que a esos profetas se les expulsó con frecuencia, se les obligó a huir, se les puso en prisión, se les amenazó de muerte, etcétera, lo que no sirvió de nada. Su juicio se consideró como la Verdad; sus escritos, muy frecuentemente del orden del antipoder, se conservaron, se consideraron como una revelación de Dios y el pueblo los escuchó.

Nunca, ningún profeta llegó en ayuda del rey; nunca fueron sus consejeros ni se “integraron”. El profeta constituye, en suma, lo que en términos modernos llamaríamos un “contra poder”. Ese “contra poder” no representa al pueblo en sí mismo, sino a Dios. Incluso los reyes idólatras temían mucha dificultad para deshacerse de

semejante representante de un Dios en el que el pueblo creía todavía. Los profetas anunciaban sin cesar: “El rey se equivoca, lleva a cabo tal política y he aquí las consecuencias que se podían esperar. Esas consecuencias hay que considerarlas como un juicio de Dios”. A veces los reyes llamaban a otros hombres que declaraban también hablar en nombre de Dios y ser profetas, pero las narraciones conservadas bajo Isaías y Jeremías muestran cada vez más el triunfo del “verdadero” profeta sobre el falso; aquí encontramos todavía el mismo hecho extraño descrito arriba: ninguna de las profecías favorables al rey, que vienen del “falso” profeta, se conservó entre los “libros sagrados”, mientras que los combates llevados a cabo por los profetas se guardaron, testificando que, aquí también, en esas declaraciones, se puede reconocer una Palabra de Dios, cuando la lógica dice que debieron desaparecer por obra de la autoridad real. Me parece que este conjunto de hechos manifiesta asombrosamente la constancia del sentimiento antirrealidad cuando no antiestado.

No hemos terminado. Hay que agregar aquí dos elementos. Hacia el siglo IV encontramos un libro asombroso, llamado por lo general el *Eclesiastés*, en el que el poder político es duramente cuestionado. El primer aspecto es que ese *Eclesiastés* se ubica bajo el nombre de Salomón, el gran rey, el más poderoso y el más rico. Desde el principio se le hace decir a Salomón que el poder político es “vanidad y persigue viento”. Obtuvo todo lo que el poder real puede dar, hizo construir un palacio, desarrolló las artes, y todo eso es Nada. Pero ésa no es la única crítica al poder político que hay en ese libro: Vi “en la sede del derecho, el delito; en el tribunal de la justicia, la inequidad” (Qo 3, 16). Dicho libro discierne ya el mal en lo que más tarde nosotros llamaremos la burocracia (hija de la jerarquía). “Si en una provincia ves al pobre oprimido y la violencia del derecho y la justicia, no te asombres, pues el hombre que manda está ubicado bajo la supervisión de otro más alto, y por encima de él hay otros todavía más altos (...)”; y concluye con una nota irónica: “Una ventaja para el pueblo es un rey honrado por el país”. En otra parte,

retoma con virulencia el proceso contra cualquier dominio: “El hombre domina al hombre *para volverlo desdichado*” (8, 9). Para, regresando a la ironía, concluir: “No maldigas al rey, no maldigas al rico en la alcoba en donde te acuestas, porque el pájaro del cielo llevará tu voz, el animal alado *publicará* tus palabras” (10, 20). Así, el poder político tiene espías por todas partes, incluso en tu alcoba, no digas nada contra él si aprecias tu vida.

Para terminar, el último señalamiento se dirige al fin de esta monarquía judía: Palestina fue conquistada por los griegos; después, forme parte del reino seléucida (finales del tercer siglo). Comenzó, entonces, la revuelta de los macabeos para liberar Judea y Jerusalén. La guerra, llevada a cabo por esos macabeos, fue larga y sangrienta. Lograron la liberación en 163. Pero entonces muchos partidos políticos comenzaron a disputarse el poder. Al salir de una “dictadura colonial”, los judíos cayeron en una dictadura judía, la realeza asmonea, extremadamente corrompida y caracterizada por conspiraciones palaciegas (uno de los reyes hizo morir a su madre de hambre y otro asesinó a sus hermanos, etcétera); lo que hizo que todos los judíos piadosos fueran hostiles a esa dinastía y el pueblo estuviera asqueado y prefiriera llamar a un rey extranjero para deshacerse de su rey israelita. Esta decadencia no terminó, pero explica bien la hostilidad que reinaba en el siglo I a.C. contra el poder político en general. Sin embargo, la historia de este hundimiento de la monarquía de Israel no terminó. Los romanos comenzaron a aparecer en Palestina antes del 65 a. C. Pompeyo sitió Jerusalén y terminó por tomarla, con una espantosa masacre como secuela. Cuando Pompeyo celebró en Roma su triunfo, el último rey asmoneo apareció en el cortejo de los prisioneros. Entonces comenzó una abominable lucha de sucesión entre las grandes familias judías. Era evidente que la ley de Dios, la solidez de la fe, etcétera, no tenían nada que hacer en ese mundo de dirigentes. Por último, a un Herodes, hijo de un protegido del César, los romanos lo nombraron administrador de Galilea. Llevó una política muy dura, restableció el orden en un mundo que sólo era sombrío bandidaje. Mandó ejecutar

a los principales jefes de los bandidos (pues la guerrilla contra el poder se había convertido en puro y simple saqueo). Sus adversarios lo acusaron ante la instancia “política” suprema, el Sanedrín (que en realidad no hacía nada y no tenía ningún poder real) por haber usurpado el poder de éste (que era el único que tenía el derecho de vida y muerte). Pero Herodes, que se sabía apoyado por los romanos, mostró tanta seguridad y altivez delante del Sanedrín que éste, siempre timorato, no le hizo nada. Herodes volvió a Jerusalén con una armada, pero su padre intervino para que no hiciera estallar una nueva guerra. Progresivamente, sin embargo, su poder aumentaba. Finalmente, en 37, se volvió verdadero rey de toda Palestina, como “rey aliado” de los romanos. Junto a él sesionaba un poder romano: Pero no estaba bajo su autoridad: Herodes dependía directamente del *princeps* (el futuro emperador) de Roma. Entonces, investido de esos poderes, comenzó una considerable obra política. Primero, encerró al país en una administración estrecha con controles policíacos. Después, se metió en su política de construcción: hizo construir ciudades enteras en honor a Augusto y también un suntuoso templo en su honor (formó parte de los que expandirían en Oriente el culto al emperador de Roma), creó un nuevo puerto, pero también trabajó en Jerusalén donde levantó considerables fortificaciones y, por último, en el 20 (a. C.) hizo construir un nuevo Templo (vemos que era ecléctico) para el Dios de Israel, agrandó su explanada (mediante enormes muros de contención, que aún pueden apreciarse; uno de ellos es el célebre Muro de las Lamentaciones) y creó un suntuoso edificio con ornamentos de oro, etcétera. Desde entonces se le llamó Herodes el Grande. Pero esos imponentes monumentos sólo pudo construirlos mediante impuestos formidables, presionando al pueblo y sometiéndolo a un trabajo de esclavos.

No hay que olvidar que ese país venía de liberarse de ciento cincuenta años de guerra civil, de devastaciones sin número, que estaba arruinado y que las hambrunas reinaban; imaginemos entonces los medios que empleaba el gobierno: la violencia y el

terror. La única realidad que contaba para Herodes era la amistad y el sostén de Roma y del emperador. Murió el año 4 d. C. Su sucesión, muy enredada, dio lugar a nuevas guerras civiles y al dominio directo de Roma sobre una parte del antiguo reino de Herodes. Finalmente uno de sus hijos, Herodes Antipas, la recuperó y reinó, primero en Galilea y luego sobre una parte del antiguo reino. Llevó una vida absolutamente insensata de excesos y crímenes. Estos recuerdos históricos son útiles para comprender lo que siguió. Ante la dominación romana (que era más amable que la de la realeza judía) y las violencias de los herodianos, ¿cuáles fueron, en este siglo, las reacciones del pueblo de Israel? Lo curioso es que prácticamente (con excepción del libro del profeta Daniel) ya no hubo textos, reconocidos por el pueblo, ni rabinos como inspirados por Dios. Hasta Juan el Bautista ya no hay profetas. Nos encontramos entonces en presencia de dos reacciones: una, violenta: era necesario destruir esa realeza indigna y echar al invasor romano. Desde entonces, el país no sólo fue presa de los conflictos entre los dirigentes, sino que también estaba fermentado y atravesado por bandas de guerrilleros (llamados bandidos) que combatían a la realeza y a Roma por los medios de siempre: atentados, asesinatos de grandes personajes, etcétera. La otra, pacífica, la de los “piadosos” que se retiraron de toda esa horrible aventura y constituyeron fervientes comunidades religiosas que no se ocupaban de los asuntos del mundo y únicamente se orientaban hacia la adoración y la plegaria. En ese medio, se desarrolló una corriente “apocalíptica” que, por una parte, anunciaba el fin del mundo (ya anunciado desde tiempo atrás: “Cuando vean la abominación de la desolación instalada ahí donde no debía estar (...): ¡de qué mejor forma calificar esas dinastías asmoneas y herodianas!) y, por otra, la llegada del Mesías de Dios que pondría orden y, por último, restablecería la Realeza de Dios. De todas formas, las dos corrientes negaban cualquier valor al Estado, a la autoridad política y a su organización.

JESÚS

En ese clima general nacerá Jesús. El primer acontecimiento que nos refiere el Evangelio de Mateo es muy interesante: Herodes el Grande está todavía en el poder y sabe que un niño acaba de nacer en Belén; los rumores que corren anuncian que será el Mesías de Israel. Inmediatamente comprende las molestias que eso le traerá. Da entonces la orden de matar a todos los niños de menos de dos años nacidos en Belén y en todo su territorio. No importa aquí si esa historia es exacta o no. Lo significativo es que se contó, que recorrió el pueblo y que los primeros cristianos (que eran judíos, no lo olvidemos) la recogieron y la insertaron en un texto que consideraron inspirado por Dios. Esto muestra bien la estima que tenían por Herodes y, detrás de él, por el poder. Este es el primer contacto que Jesús, muy pequeño, tuvo con el poder político. No digo que eso influyó en su actitud ulterior hacia ese mismo poder, pero, sin lugar a dudas, es una imagen que se impuso en su infancia.

Lo que quisiera mostrar en una serie de historias que se nos relatan no es que Jesús fuera enemigo del poder, sino que lo despreció y le negó cualquier autoridad. Cualquiera que fuera ese poder, lo cuestionó radicalmente sin emplear medios violentos para destruirlo: se ha hablado mucho de un Jesús “guerrillero” y de uno del que el pueblo esperaba que echara a los romanos. Creo que las dos cosas son inexactas. Absolutamente nada confirma las historias, por ejemplo, del padre Cardonnel, sobre Jesús guerrillero (Jesús que echa a los mercaderes del Templo, que dice “basta” a sus discípulos, cuando le presentan dos espadas... de ahí Cardonnel concluye que los discípulos debían haber tenido un depósito de armas). Un punto, por el contrario, muestra que eso era imposible: entre sus discípulos había a la vez zelotas (Simón, Judas), precisamente partidarios de la violencia, y colaboradores de los romanos (Mateo), a los que logró hacer vivir reconciliados. Nunca preconizó la violencia. Si hubiese

sido un verdadero jefe de banda, lo menos que se podría decir de él es que era un imbécil, porque todos sus viajes, en particular el último a Jerusalén, no tenían ningún sentido táctico y debían, finalmente, conducirlo a la prisión. Hay un error comúnmente difundido: el que consiste en creer que la preocupación esencial de todos los judíos era la expulsión de los invasores romanos. Sin lugar a dudas existía el odio contra los goyim, la voluntad de expulsar a los invasores, los persistentes recuerdos de las masacres cometidas por los romanos, pero no era todo; lejos de ello, los patriotas judíos no podían olvidar que a los reyes judíos los habían colocado los romanos y sólo se mantenían en el poder gracias a ellos. En otras palabras, los dos sentimientos, el odio contra los romanos y la voluntad de eliminar a los herodianos, se unían. Para algunos, incluso en sectas piadosas como la de los esenios, se esperaba la aparición de un personaje misterioso, que no tendría poder político, como el Maestro de Justicia, pero que daría una verdadera libertad al pueblo judío, al mismo tiempo que establecería un poder temporal y milenarista. De igual forma sucedía con muchos Apocalipsis de la época. No osaría decir que había una esperanza anarquista, pero muchos textos hacen pensar en ello.

Cuando Jesús apareció por vez primera al inicio de su ministerio, los Evangelios nos lo muestran sometido a la "Tentación". El "Diablo" lo tentará tres veces. La que aquí nos importa es la segunda de esas tentaciones: el enemigo lo llevó a una montaña altísima y le mostró todos los reinos del mundo en su esplendor, y le dijo: "Te daré todas estas cosas, si te prosternas ante mí y me adoras" (Mt 4, 8-9) o también: "Te daré todo ese poder y su gloria, porque a mí me lo han dado y lo doy a quien quiero. Por tanto, si te prosternas ante mí, todo será tuyo" (Lc 4, 6-7). Una vez más, no se trata, para mí, de decir que estos relatos refieren hechos ni se trata tampoco de plantear un problema teológico: el problema es el de la opinión que podían tener los redactores de esos textos, de las convicciones personales que ahí expresan. Por otra parte, es interesante subrayar que esos dos Evangelios fueron probablemente escritos para

comunidades cristianas de origen griego. En consecuencia, no es forzosamente de judíos poseídos por el odio de los que hablamos, sino del poder político *en general*, de “todos los reinos de la tierra”, no sólo de la monarquía de Herodes. Lo que esos textos dicen es propiamente extraordinario: todos los poderes, potencias, gloria de esos reinos; todo lo que concierne a la política y a las autoridades políticas pertenece al “Diablo”; todo eso le ha sido dado y él lo da a quien quiere. En esa forma, los que detentan un poder político lo recibieron del diablo y dependen de él (es muy relevante que en el transcurso de innumerables discusiones teológicas sobre la legitimidad del poder político, *nunca* se hayan invocado estos textos). Estos poderes son por lo tanto más importantes ya que Jesús no los rechaza, no dice: “No es verdad, tú no tienes el poder sobre los reinos y los Estados...”. No responde eso. Jesús rechaza recibir ese poder porque el Diablo le pide prosternarse y adorarlo. Es únicamente sobre este asunto que Jesús responde: “Al Señor tu Dios adorarás, a él sólo darás culto”. Así, podemos decir que, en el entorno de Jesús, por una parte, y, en la primera generación cristiana, por otra, los poderes políticos, lo que llamaríamos el Estado, son propiedad del Diablo y que los titulares del poder lo recibieron de él. Hay que retener esto para el examen del proceso de Jesús. Queda sólo una palabra por decir: ¿por qué ese Diablo? Etimológicamente, el *diabolos*, no es un personaje; significa el “divisor”. El gran factor de división entre los hombres es el Estado y la política. Eso es lo que significa esa relación con el diablo; no es, por lo tanto, una simplista imagería primitiva ni una designación arbitraria. Se trata de un juicio, que no tiene nada de religioso y que expresa a la vez una experiencia, pero también, y sin ninguna duda, una reflexión. Esto, evidentemente, había sido facilitado por los horribles desgarramientos en el pueblo durante las dinastías asmoneas y herodianas, que acarrearón motines y una especie de guerra civil. Sea lo que sea, esta generación de primeros cristianos es *globalmente* hostil al poder político y lo considera como malo, cualquiera que sean su tendencia o sus estructuras “constitucionales”.

Llegamos ahora a textos que refieren palabras del mismo Jesús que los exégetas consideran como verosímilmente auténticas. Dicho de otra manera, no se trata de una interpretación que viene del medio de J 's primeros cristianos, sino efectivamente de la expresión de las posiciones de Jesús (de las que, con toda evidencia, la actitud de estos primeros cristianos iba a derivar). Hay cinco principales.

La primera es el célebre Dad al César. Repaso brevemente la historia (a partir de *Mc 12, 13 ss*). Los adversarios de Jesús tratan de “sorprenderlo”, son partidarios de Herodes quienes plantean la cuestión: después de elogiar su sabiduría, le hacen la pregunta: “¿Hay que pagar impuesto al Emperador?” “¿Está permitido o no pagar tributo al César? ¿Debemos pagar o no?” La pregunta es ya en sí misma iluminadora: ellos buscan, dice el texto, encontrarlo en falta “por sus propias palabras”. Si le hacen *esa pregunta* es porque el debate ya sucedió. Es decir, la reputación de Jesús es que es hostil al César. Debieron correr historias sobre él, según las cuales recomendaba no pagar impuestos, por lo que vienen a pedirle justamente eso, con el fin de poderlo acusar frente a los romanos. Jesús sale, como es frecuente en él, con una respuesta irónica: “Denme una moneda de plata para que la vea”. Después de que se la dan plantea a su vez una pregunta: “¿De quién son esta efigie y esta inscripción?” Se trata evidentemente de una moneda romana. Eso formaba parte de los hábiles medios de integración de los romanos: repartían su moneda en todo el Imperio y ella se convertía en la moneda de base en relación con la cual todas las demás se medían. Le respondieron con esta evidencia: “De César”. Es necesario saber que de la misma forma en que en el *Lejano Oeste*, del siglo XIX, la marca sobre el ganado era el signo de la propiedad de tal persona, en el mundo romano la marca individual sobre un objeto era el signo de la propiedad. Era el único medio para reconocerla. Sucedió lo mismo con todos los bienes en el mundo compuesto que era el Imperio romano se ponía un sello, una cédula, una marca de pintura, y cada uno tenía la suya. Poner la efigie del César en una moneda era mucho más que una decoración o un honor; era la “señal” que

testimoniaba que toda la moneda en circulación en el Imperio *perteneía* al César. Eso era muy importante: quien poseía esa moneda se convertía en un poseedor precario, nunca en un verdadero propietario de las piezas de bronce o de plata (se sustituía la efigie cada vez que el emperador cambiaba): el único propietario era el César. Desde ese momento, la respuesta de Jesús es simple: “Dad al César lo que es del César”. Ustedes acaban de reconocer que el signo del César está en esa moneda, por lo tanto, ya que esa pieza le pertenece, dásela cuando la pida. Jesús no legitima el impuesto; no aconseja obedecer a los romanos: se limita a ponerlos en presencia de una evidencia. ¿Pero qué es lo que al César pertenece? Precisamente el excelente ejemplo que toma Jesús lo hace *evidente*: lo que lleva la marca del César; ahí se funda su poder y su límite. ¿En dónde, fuera de las piezas de plata, está la “marca” del César?; en los monumentos, en algunos altares...; es todo. Dad al César: por lo tanto pueden pagar el impuesto, de todas formas el acto carece de sentido y de importancia, pues, desde el momento en que todo el dinero le pertenece, puede confiscarlo pura y simplemente; podría hacerlo. Así, pagar el impuesto o no pagarlo no es una cuestión de fondo. Ni siquiera es una verdadera cuestión política. Todo lo demás, en donde no está la marca del César, no le pertenece, es de Dios.²⁷ Aquí se sitúa la verdadera objeción de conciencia. Pues eso quiere decir que César no tiene ningún derecho sobre ese “resto”. En primer lugar, sobre la vida. El César no tiene el derecho de vida y muerte. No tiene el derecho de lanzar a los hombres a la guerra; no tiene el derecho de devastar y arruinar a un país... El dominio del César es muy limitado, y podemos, en nombre del derecho de Dios, oponernos a la mayoría de sus pretensiones. Jesús rechazaba así a los herodianos, pues no podían objetarle nada. Eran, a pesar de todo, judíos, y ya que nuestro texto dice que los que hacen la pregunta son “fariseos y herodianos” podemos estar seguros de que eran judíos *piadosos*. En consecuencia no pueden refutar esta afirmación de Jesús: “Todo lo demás es de Dios”. Al mismo tiempo, Jesús responde indirectamente a los zelotas que querían transformar la lucha de liberación de Israel en un puro combate político,

recordándoles cuáles debían ser los límites, pero también los fundamentos de esa lucha.

La segunda palabra de Jesús sobre las autoridades políticas se sitúa en una discusión asombrosa: los discípulos, mientras se dirigían a Jerusalén, en donde algunos parecían estar convencidos de que Jesús tomaría el poder, disputan por saber quién estará más cerca de Jesús cuando tome posesión de su realeza (*Mt 29, 20-25*). La mujer de Zebedeo presenta a sus dos hijos, Santiago y Juan, y pide expresamente: “Manda que, cuando reines, estos dos hijos míos [Jesús los conocía perfectamente bien] se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda”. Lo que manifiesta una vez más el clima general de incompreensión en el que Jesús vivía, pues justamente acababa de decirles que sabía que en Jerusalén lo condenarían a muerte. Entonces Jesús, después de responderles que no han comprendido nada, agrega esta frase que aquí nos interesa: “Ustedes saben que los jefes de las naciones las tiranizan y los poderosos imponen su autoridad. No será así entre ustedes: antes bien, quien quiera ser grande entre ustedes que se haga su servidor...” He ahí, pues, la opinión general hecha sin ninguna restricción ni diferenciación: *todos* los jefes de las naciones, cualquiera que sea la nación, cualquiera que sea el régimen político, las tiranizan. No puede haber poder político sin tiranía. A los ojos de Jesús es una evidencia y una certeza. En otras palabras, no hay poder político bueno cuando hay jefes y poderosos. El poder es cuestionado una vez más (el poder corrompe..., etcétera). Encontramos en esto un eco de las palabras del *Eclesiastés* que citamos más arriba. Notemos que, del otro lado, Jesús no preconiza la revuelta y los combates materiales contra esos reyes y esos poderosos.

Devuelve la cuestión planteada y, como eso sucede muy frecuentemente, acusa a sus interlocutores: “Pero *ustedes...*”, que no sea así entre ustedes. En otras palabras: no se ocupen en combatir a esos reyes, déjenlos de lado, y ustedes constituyan una sociedad al margen, que deje de interesarse en todo eso, una

sociedad en la que precisamente no habrá “poder, autoridad, jerarquía”.²⁸ Hagan otra cosa distinta a la que normalmente se hace en la sociedad que no pueden modificar: les corresponde crear sobre otras bases otra sociedad. Podríamos, evidentemente, condenar esta actitud al hablar de “despolitización”. Pero volveremos a encontrarla, es la actitud global de Jesús; hay, *sin embargo*, que cuidarse de ver en ello una “desocialización”. Jesús no aconseja salir de la sociedad e ir al desierto, sino permanecer dentro constituyendo comunidades que obedecen a otras reglas, a otras leyes. Lo que se basa en la convicción de que no podemos cambiar el fenómeno del poder. Esto es de alguna manera profético si pensamos en lo que se convirtió la Iglesia tan pronto entró en el terreno político y comenzó a “hacer política”. Se corrompió por la relación con el poder como por la creación en ella misma de esas “autoridades”. Por último, podríamos objetar, a justo título, que constituir comunidades independientes, fuera del poder político, era relativamente fácil en la época de Jesús, pero hoy en día es imposible. Es una verdadera objeción, pero no podría convencernos de comprometernos en política, que no es otra cosa que los medios para conquistar y ejercer el poder sobre otros.

La tercera palabra que retendría concierne también al impuesto, y la cuestión planteada reproduce casi enteramente la que nos habíamos encontrado. "Cuando llegaron a Cafarnaúm, los que recaudaban el impuesto del didracma se dirigieron a Pedro: ¿Tu maestro no paga los dos dracmas? Sí, respondió Pedro. Pero cuando entró en la casa, Jesús le dijo: ¿Qué piensas, Simón? ¿De quién perciben tributos o impuestos los reyes de la tierra, de sus propios hijos o de los extranjeros en su casa? Pedro respondió: evidentemente de los extranjeros. Jesús dijo entonces: por lo tanto, los hijos están exentos. Sin embargo, para no escandalizarlos, ve al lago, lanza tu anzuelo y saca el primer pez que pique. Abre su boca y encontrarás ahí un estater [pieza de plata que vale cuatro dracmas]. Tómallo y dalo por mí y por ti". Por mucho tiempo sólo se quiso considerar el “milagro”. Jesús hacía dinero como cualquier mago.

Pero precisamente el milagro carece de importancia. Por el contrario, hay que recordar siempre que los milagros hechos por Jesús tienen un sentido distinto a lo maravilloso. Jesús curó milagrosamente por amor, por compasión. A veces hizo milagros “extraordinarios” (la tempestad calmada, por ejemplo) para ir en ayuda de alguien... Nunca, absolutamente nunca, hizo milagros para asombrar a la gente, para probar su poder, para hacer creer en su filiación divina. *Siempre* rechazó hacer esos milagros cuando se lo pedían: “Haz tal milagro y creeremos en ti” (por ello la fe no se vincula con el milagro). Por ello, también, un milagro como el que acabamos de citar es impensable. ¿Qué quiere decir? Jesús comienza por afirmar que no debe ese impuesto, pues ese impuesto de los “didracmas” es “el impuesto del Templo” que no servía sólo para el servicio de los sacerdotes; era un impuesto recogido por el rey Herodes. Por lo tanto, se debía por razones religiosas, pero era entregado en parte al rey. Jesús se declara entonces “Hijo”, no solamente judío, sino Hijo... de Dios, por lo que evidentemente no debe ese impuesto religioso. Sin embargo, no vale la pena hacer escándalo por una cuestión tan pequeña (quizá Jesús no quiere escandalizar a los pequeños servidores que recaudan ese impuesto; a Jesús no le gusta escandalizar a la gente humilde...). Entonces... llevará la cosa hasta el *ridículo*. He aquí exactamente el sentido del milagro: el poder que ordena recaudar el impuesto es ridículo; para ello hace un milagro absurdo que muestra a qué grado el poder carece de importancia. El milagro está destinado a manifestar la total indiferencia de Jesús hacia el rey, las autoridades del Templo, etcétera. Pesca cualquier pez, encontrarás dinero en su boca. Vemos esta actitud de Jesús como un rebajamiento del poder político y religioso que pone bien claro que no vale la pena someterse al poder y obedecerlo si no es de manera ridícula. Podemos objetar una vez más que esto era sin duda posible en la época de Jesús, pero no ahora; sin embargo, la acumulación de pequeños actos de ese género levantó a las autoridades contra él y lo condujeron a la crucifixión.

La cuarta palabra de Jesús que debemos retener concierne menos al poder político que a la violencia. Es el famoso: “Quien empuña la espada a espada morirá” (Mt 26, 52). Ese texto presenta una dificultad previa. En el Evangelio de Lucas hay esta asombrosa palabra según la cual, Jesús recomienda a sus discípulos comprar espadas. Había dos y Jesús dice: “Eso basta”. La sorprendente palabra de Jesús se explica en parte por el final del texto: “Es necesario que se cumpla la profecía según la cual seré puesto en el rango de los bandidos”. Por ello, dos espadas, que deben servir para combatir, son ridículas. Dos espadas, que deben servir para acusar a Jesús de estar al frente de una banda de salteadores, bastan. Hay que pensar también que Jesús quería cumplir las profecías. Si no es así, hay que reconocer que esa palabra carece de sentido. Volvamos a la otra, que Jesús pronuncia en el momento de su arresto: Pedro trata de defender a su maestro y hiere a un guardia. Jesús le pide detenerse y pronuncia esa frase célebre que es un juicio absoluto sobre todo lo que se funda en la violencia: aquello sólo puede engendrar otras violencias, la espada hace sacar otras espadas de la funda. Lo importante es que esa misma frase se repite en el *Apocalipsis* (14, 10). Se trata de la aparición de la “Bestia que sube de la Tierra”. Traté de mostrar²⁹ que esa Bestia representa el poder político en general y su poder multiforme, y que la “Bestia que sube del mar” es el equivalente de lo que podemos llamar la propaganda. La primera es, pues, el Estado que actúa mediante la violencia, que domina todo, sin respeto por ningún “derecho del hombre”. Frente a ese Estado violento el autor declara: “Quien empuña la espada a espada morirá”. Lo que, bien entendido, tiene un sentido ambivalente: pues, por un lado, puede ser una palabra de esperanza: ya que este Estado emplea la espada, será también destruido por la espada (algunos siglos de historia nos han mostrado que esto era exacto). Pero también es una orden para los cristianos: no combatan a este Estado mediante la espada, pues si lo hacen a ustedes los matarán con la espada. De esa manera somos orientados una vez más en el sentido de la no-violencia.

Finalmente, y en lo que nos concierne, el último elemento que hay que tener en cuenta en la vida de Jesús es el Proceso. El doble proceso, frente al Sanedrín y frente a Pilato. Antes de entrar en el detalle de la actitud de Jesús hay aquí también una cuestión previa. La mayoría de los teólogos, incluso Karl Barth, dicen que ya que Jesús aceptó comparecer frente a la jurisdicción de Pilato, ya que se comportó como un hombre respetuoso de la autoridad y que se sometió sin rebelarse a esa decisión, es prueba de que reconocía esa jurisdicción como legítima y que, en consecuencia, hay en ello un fundamento del poder del Estado. Debo decir que esta interpretación me asombra, pues leo esta historia exactamente al revés. Pilato representa a la autoridad romana y aplica el derecho romano. Yo afirmo que ninguna civilización creó nunca un derecho tan perfeccionado que permitiera tantas oportunidades de dar, en lo concreto, soluciones *justas* a los procesos, a los debates, a los conflictos. Digo esto sin ninguna ironía. Enseñé derecho romano durante veinte años y mostré todas las finezas y la habilidad de los juristas cuyo objetivo era verdaderamente “decir lo que era justo”. Dieron al derecho esta definición: “*Jus es ars boni et aequi*”, el derecho es el arte del bien y de la equidad. Puedo garantizar que, en casos concretos, hay centenares de decisiones, de responsables, etcétera, que muestran que, en efecto, se aplica “la justicia”. Los romanos, no son esos feroces guerreros y conquistadores que nos describen, sino los creadores de esa obra maestra que es el derecho romano. Plantearé un problemita sobre el que nunca pensamos: la armada romana, propiamente hablando, nunca fue numerosa. Parece que tendría a lo máximo ciento veinte legiones que prácticamente estaban acantonadas en las fronteras del Imperio. Sólo se hacía volver una tropa al interior cuando había una rebelión: el orden del Imperio no era militar. Fue gracias a la suficiencia administrativa y al equilibrio obtenido por medidas hábiles y satisfactorias para el pueblo que el Imperio pudo sostenerse quinientos años. Hay que tener esto presente para medir lo que quiere decir el relato del proceso.

El derecho del que se estaba orgulloso, que obtenía las soluciones más justas, ¿en qué terminó, finalmente? En dejar que un procurador romano cediera frente a la muchedumbre y dejara condenar a muerte a un inocente, sin ningún motivo válido (Pilato lo reconoció). He ahí lo que se puede obtener de un sistema jurídico excelente. Por lo tanto, el hecho de que Jesús se someta al proceso, no es de ninguna forma reconocer la legitimidad de la autoridad del gobierno; por el contrario, es el develamiento de la injusticia fundamental de quien pretendía alcanzar la justicia. Es lo que se experimentó en el momento en que se declaró: “En ese proceso de Jesús, todos los crucificados y los condenados a muerte por Roma fueron rehabilitados”. Nuevamente reconocemos esa convicción de los autores bíblicos de que toda autoridad es injusta. Volvemos a encontrar en ello el eco del *Eclesiastés*: “Ahí, en donde radica la justicia, ahí reina la maldad”.³⁰

Ahora, examinemos las palabras y la actitud de Jesús durante el proceso. Hay, evidentemente, diferencias entre los cuatro Evangelios; las palabras no son exactamente las mismas, ni se pronuncian siempre frente a las mismas personas (por ejemplo, unas veces ante el Sanedrín, otras, ante Herodes, otras más, ante Caifás...). Pero, de todas formas, lo que se expone por todas partes, es una actitud muy clara: a veces el silencio, a veces la acusación a las autoridades, a veces una provocación deliberada. Jesús nunca acepta ni discutir, ni disculparse, ni reconocer ningún poder *verdadero* a esas autoridades. Lo que es impresionante. Retomaré estos tres aspectos de la actitud de Jesús.

El silencio: frente a los sumos sacerdotes y todo el Sanedrín: todos los relatos concuerdan en el hecho de que se buscaron testigos contra él, que no encontraban y que, por último dos hombres afirmaron que declaró que destruiría el Templo (*Mateo*). Ante eso, Jesús no responde nada. Las autoridades, asombradas, le piden defenderse, pero Jesús continúa guardando silencio. Lo mismo sucede frente al rey Herodes (acontecimiento que reporta

únicamente Lucas). Herodes lo hace comparecer porque quería hablarle. Pero Jesús no responde a ninguna pregunta. Por último, frente al procurador romano, Pilato, Mateo y Marco insisten en esta actitud, cosa todavía más sorprendente porque allí podía ser condenado y porque Pilato no le era a priori desfavorable. Hay un puñado de gente que acusa a Jesús frente a Pilato: los sumos sacerdotes, los ancianos: “Los sumos sacerdotes lo acusan de muchas cosas”, y Pilato insiste: “¿No respondes nada?” Pero, Jesús, en efecto, no responde nada. “Lo que asombró mucho a Pilatos”. Una actitud global de rechazo y de desprecio hacia *todo* lo que tenía una autoridad religiosa o política. Parece que Jesús estima que de todas formas esas autoridades no serán justas, que es absolutamente inútil tratar de defenderse. Pero, desde otro punto de vista, Jesús toma a veces la ofensiva y manifiesta un desdén o una ironía. Repetidas veces en el Sanedrín frente a Pilato, se le pregunta: “¿Eres rey de los judíos?”, y dos relatos, sobre tres registran una respuesta irónica: “Tú eres quien lo dice” (yo no digo nada al respecto, tú puedes afirmar lo que quieras).

Su actitud puede ser también una acusación a las autoridades, por ejemplo, a los sumos sacerdotes: “Diariamente he estado con ustedes en el Templo y no me echaron la mano. Pero ahora han salido con espadas y palos como si se tratara de un bandido. Pero ésta es su hora, el *poder de las tinieblas*” (Le 22, 52-53). En otras palabras, Jesús acusa expresamente a los sumos sacerdotes de un poder malo. Casi la misma situación se relata en *Juan* (18, 20-21) con otra respuesta, que es a mitad una ironía y a mitad una acusación. Cuando el Sumo Sacerdote (Hanne) le hace la pregunta sobre su “enseñanza”, Jesús responde: “He hablado en público a todo el mundo. ¿Por qué me preguntas? ¿Pregunta a quienes me han escuchado, ellos saben lo que he dicho?”, y como uno de los guardias lo abofetea ante esta insolente respuesta, Jesús le dice: “Si hablé mal, pruébalo; pero si hablé bien, ¿por qué me pegas?” Por último, en esta especie de rechazo a las autoridades, está el ambiguo texto de *Juan*: Pilato dice a Jesús. “¿A mí no me hablas? ¿No sabes

que tengo el poder para soltarte y poder para crucificarte? Le contestó Jesús: No tendrías poder sobre mí si no te hubiese sido dado de lo alto. Por eso el que me entrega es más culpable que tú". Este famoso "dado de lo alto" se ha interpretado de manera diferente. Quienes estiman que todo poder político viene de Dios, encuentran una confirmación: Jesús reconocía que Pilato recibió su poder de Dios. Pero yo desafío para que se me explique el sentido de la segunda parte de la respuesta. En qué el que ha entregado a Jesús es culpable si lo ha entregado a la autoridad que viene de Dios. La segunda interpretación es puramente histórica: Jesús dice a Pilato: "Tu poder te fue dado por el Emperador..." Debo decir que no encuentro el menor sentido en esa interpretación: ¿qué es lo que puede hacer que Jesús declare a Pilato que depende del Emperador? ¿En que se relaciona eso con su discusión? La interpretación que propongo (rara vez sostenida) es que Jesús dijo a Pilato: "Tu poder viene del Espíritu del Mal". Lo que, en primer lugar, se corresponde con lo que vimos en relación con las "tentaciones" (todos los poderes del mundo dependen del *Diabolo*), y, en segundo lugar, con la frase que reprodujimos más arriba, cuando Jesús responde a los sumos sacerdotes que es el poder de las tinieblas quien tiene en sus manos ese proceso. Con ello, la segunda parte de la respuesta se explica: Jesús dice a Pilato: "Tú tienes poder por el espíritu del mal, pero el que me ha entregado a ti (es decir, a él) es más culpable que tú". Evidente. Si admitimos que esos textos (que ciertamente expresan la tradición oral en relación con la actitud de Jesús durante su proceso, y probablemente contienen palabras exactas) formulan la opinión general de la primera generación cristiana, ¿por qué no haber dicho más claramente que Pilato tenía su poder gracias al espíritu del Mal? ¿Por qué haber redactado un texto ambiguo? Creo que es muy simple. No hay que olvidar que este Evangelio se escribió en una época en que los cristianos empezaban a ser sospechosos y que algunos textos fueron "crípticos" para que el sentido no se hiciera evidente.

Por último, Jesús verdaderamente provoca: por ejemplo, cuando

el Sumo Sacerdote le pregunta: “¿Eres el Mesías, el Hijo de Dios?”, vemos que Jesús le responde: “Tú lo dices”. Pero agrega: “Desde ahora verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder (divino) y llegando en las nubes del cielo”.³¹ Es una burla en relación con toda la enseñanza teológica de la época. Jesús no dice que es el Cristo, no dice que será él quien estará a la derecha del Poder. No dice “Yo”. Dice: el Hijo del Hombre, Pero hay que señalar, para quienes no están muy familiarizados con la Biblia, que Jesús *nunca* dijo de sí mismo que era el Cristo (Mesías) ni que era el Hijo de Dios: Jesús siempre se designó a sí mismo como “el Hijo del Hombre” (es decir, el verdadero Hombre), Por lo que manifiestamente se burla del Sumo Sacerdote cuando le dice “Desde ahora...”, a partir de este momento en que *ustedes* me condenan (encontramos literalmente la misma respuesta en Marcos. Hay, en consecuencia, muchas posibilidades de que, en efecto, esas palabras hayan sido pronunciadas por Jesús y transmitidas en la primera generación de cristianos). Un mismo género de provocación se encuentra en el Evangelio de Juan, esta vez hacia Pilato (28, 34-38). Como frecuentemente sucede, Jesús busca desconcertar a Pilato. “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús responde: “¿Dices eso por ti mismo u otros te lo han dicho?” Pilato responde que no es judío, que no entiende nada de eso, pero que las autoridades judías lo han entregado, y repite su pregunta. Entonces Jesús da esta ambigua respuesta: “Mi reino no es de este mundo” (no pretendo competir con el Emperador). “Si mi reino fuera de este mundo, mis compañeros habrían combatido para que no fuera entregado a los judíos”. Pilato no entra en esas sutilezas e insiste: “Por lo tanto eres rey” (para él era el motivo legítimo para condenar a Jesús). Y Jesús responde, lo hemos visto ya: “Tú lo dices” (yo no digo nada sobre ese asunto) y agrega: “Yo nací y vine a este mundo para dar testimonio de la verdad. Quien es de la verdad comprende mis palabras”. En otras palabras, Pilato no puede comprender nada. Pilato, entonces, hace la última pregunta: “¿Qué es la verdad?”, a la que Jesús no responde, no tiene nada que enseñarle a Pilato. Encontramos aquí también una especie de burla subyacente, un desafío, una

provocación a la autoridad: Jesús habla a Pilato de manera que *no pueda comprendersele*.

Después de este largo camino en los textos que se refieren a Jesús frente a las autoridades políticas y religiosas, encontramos ironía, desprecio y no-cooperación, indiferencia y, a veces, acusación. No es un guerrillero, es un contestatario “esencial”.

EL APOCALIPSIS

Tratemos de determinar cuál podía ser la actitud de los cristianos de las dos primeras generaciones hacia el poder. Tomemos el *Apocalipsis* porque es uno de los textos (escrito entre 100 y 130 después de Cristo) más violentos, que se inscribe en la línea de las palabras de Jesús, pero más duro.³² Es un texto que se dirige evidentemente a Roma (pero no sólo a la presencia de los romanos en Judea: se trata del poder central, imperial, de Roma misma). En todo el conjunto del libro hay una oposición radical entre la Majestad de Dios y todas las potencias y poderes de la tierra (de ahí el considerable error de quienes dicen que hay continuidad entre el poder divino y los poderes terrestres o, también, como sucedió bajo la monarquía, que a un Dios único, todo poderoso, que reina en el cielo, debe corresponder en la tierra un Rey único, igualmente todo poderoso; el *Apocalipsis* dice exactamente lo contrario). En todo el conjunto de ese libro hay un cuestionamiento del poder político. Sólo retendré de él dos grandes imágenes: la primera es la de las “dos bestias” —que retoma una imagen de los últimos profetas— que, en efecto, representa los poderes políticos de su tiempo como bestias. La primera es “la bestia que sube del mar” (probablemente Roma, cuyas tropas llegaban por mar). Ella tiene un “trono” que le es dado por el Dragón (caps. 12 y 13) (el Dragón representa al anti

Dios), quien le atribuyó “toda autoridad a la Bestia”. Los hombres la adoran y declaran: “¿Quién puede combatir contra ella?” Le fue dada “toda autoridad y poder sobre toda tribu, todo pueblo, toda lengua y toda nación”. Creo que no se puede ser más explícito para designar al poder político que tiene autoridad, fuerza militar y que exige la adoración (en consecuencia, la obediencia absoluta). A esta Bestia la crea el Dragón (misma relación que ya encontramos entre el poder político y el *diabulos*). Lo que confirma la idea de que la Bestia es el Estado, que al final del *Apocalipsis* aparece como la Gran Babilonia (Roma) que es destruida (cap. 28). Luego viene el combate en donde la Bestia reúne a todos los reyes de la tierra para hacer la guerra contra Dios, y a la Bestia se le aplasta y se le condena después del aplastamiento y condenación de su principal representante. En cuanto a la segunda Bestia, que sube de la tierra, mi interpretación pareció completamente absurda a los especialistas, pero la sostengo: cómo se caracteriza a esta Bestia, “hace que todos los habitantes de la tierra *adoren* a la primera bestia”; “*seduca* a los habitantes de la tierra”, “les pide hacer una estatua a la primera bestia”. “Anima la imagen de la bestia y habla en su nombre”. “Hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, reciban una señal sobre la mano derecha o sobre la frente, y que nadie pueda comprar ni vender sin que tenga la señal de la bestia”. En lo que a mí respecta veo la descripción muy exacta de la *Propaganda* asociada con la *Policía*. Ella, efectivamente, tiene discursos que llevan a la gente a obedecer al Estado, a adorarlo; da “señales” que permiten vivir en esta sociedad. Por último, a quienes no obedecen a la primera Bestia se les matará. Creo que la designación es clara, sobre todo si se toma en cuenta que uno de los principales medios de la propaganda era el establecimiento de un culto de Roma y del Emperador con altares, templos, etcétera, y que los reyes judíos de la época obedecían a ello perfectamente. Por ello, el texto habla de una Bestia que sube de la tierra, pues las autoridades locales de las provincias de Oriente eran las más entusiastas para que se desarrollara el culto de Roma. Es, por lo tanto, un poder que actúa sobre la inteligencia o la credulidad y que obtenía la obediencia

voluntaria de la primera Bestia. Pero, recordemos que para los judíos que escribían ese texto, el Estado y su propaganda son dos poderes que vienen del Mal.

Finalmente, el último texto a considerar es el famoso capítulo 18 sobre la caída de la Gran Babilonia. Todo el mundo está de acuerdo en considerar que bajo ese nombre se visualiza a Roma. Pero es muy claro que en ese texto Roma se identifica con el poder político supremo. Todas las naciones han bebido el vino del furor de sus vicios (primer carácter interesante, el del furor, el de la violencia en el mal). Todos los reyes de la tierra se han abandonado con ella al adulterio (se trata del poder político en su cumbre, pues todos los reyes se han acostado con ella). Los mercaderes de la tierra se han enriquecido por el poder de su lujo (esto no tiene comentario: el Estado es un medio de concentración de la riqueza, enriquece a sus clientes. Hoy en día sucede lo mismo con las empresas “de grandes trabajos” y la fabricación de armamento. Conjugación del poder político y del poder del dinero). Cuando se hunda, “*todos los reyes de la tierra se lamentarán, se desesperarán. Los capitalistas lloran...*” Sigue una larga enumeración de *todo lo* que se vendió y se compró en Roma, pero lo más interesante es que al final de esta enumeración encontramos lo siguiente: la Gran Babilonia compra y vende “cuerpos y almas de hombres”. Si hubiera solamente cuerpos se podría pensar que se trata de esclavos. Pero está también la palabra alma. No es el comercio de esclavos lo que se cuestiona. Es el hecho de que el poder político detenta todo el poder sobre el hombre. Y lo que se promete es la pura y simple destrucción de ese régimen político. Sin duda alguna, Roma, pero no solamente ella, sino también todo lo que es el poder y cualquier supremacía que se muestran específicamente como enemigos de Dios. Dios juzga este poder político que es llamado la gran Prostituta. No hay ninguna justicia, ninguna verdad, ningún bien que podamos esperar de él; el único resultado es la destrucción. Estamos muy lejos de la eventual rebelión de Jesús contra la colonización romana. Dicho de otra manera, conforme los cristianos se volvían más numerosos y su

pensamiento evolucionaba, se endurecía contra el poder político. Sólo un pensamiento reduccionista puede pretender limitar exclusivamente ese texto a Roma. Quizás ese endurecimiento se debe a que las persecuciones comenzaban, cosa que el texto deja ver, ya que dice que la Gran Prostituta estaba “ebria de sangre de los santos y de la sangre de los testigos de Jesús”. “Encontramos en la gran ciudad la sangre de los profetas, *y de todos los que han sido degollados sobre la tierra*” (se trata no sólo de la masacre de los primeros cristianos, sino de todos los hombres justos).

Se nos enseña en ese texto que a quienes asesinaron a causa de su pertenencia cristiana eran decapitados (cap. 20, 4). No se trata todavía del espectáculo del circo, de los leones, etcétera. De esa manera el Poder no sólo mata a los cristianos, sino a todos los “justos”. Es verdad que esta experiencia aumentó la certeza de la condena al poder político. Creo que no hay en las primeras generaciones cristianas *ninguna otra* posición global. El cristianismo es en ese momento completamente hostil al Estado.

UNA REPERCUSIÓN: LA EPÍSTOLA DE PEDRO

Antes de abordar los textos de Pablo, es necesario echar una mirada a una frase muy singular en una epístola tardía, la primera de Pedro (2, 14 y 17): “Sométanse al rey como soberano... honren al rey...” Es de notar que este texto jamás ha provocado la más mínima dificultad en el pensamiento de los comentaristas. Para ellos era muy simple, el rey era el emperador de Roma. Esa frase forma parte de los escasos textos en los que se predica la obediencia y la sumisión de los cristianos a las autoridades políticas. Es interesante constatar, por ejemplo, que en la Biblia en paralelo, dicho texto envía a la palabra de Jesús: “Dad al César lo que es del César”. En

realidad eso reposa sobre una considerable ignorancia de las instituciones políticas de esa época. En primer lugar, *nunca* el princeps (pues, durante todo el periodo en que los textos cristianos se escribieron el emperador se llamaba así; ese periodo se conoce históricamente como el principado) portó el título de rey, de *basileus*. Era un título que estaba *formalmente prohibido* en Roma. Se debería saber que en función de esa acusación el César fue asesinado: corrió el rumor de que quería restablecer la monarquía. Fue una razón suficiente. Augusto fue muy hábil para nunca hacer alusión a aquello: actuaba de manera muy sutil: solamente se hizo atribuir sucesivamente una serie de títulos republicanos: fue cónsul, tribuno de la plebe, general en jefe (*imperator*, lo que no hay que traducir por emperador). Luego se le nombrará soberano pontífice (que ejerce poderes religiosos): pero todo eso son títulos *tradicionales* de la democracia romana. Incluso *anulará* los cargos “anormales” que aparecieron con la guerra civil: el del *triumviro*, por ejemplo, y suprime la idea del “consulado permanente” y la creación del director. Se contenta, después de haber acumulado legalmente los poderes, con el título de princeps, el primero de los ciudadanos. Sólo el pueblo es soberano, y el pueblo delega en el princeps su *Potestas*. Esta delegación se hacía según un procedimiento completamente regular. Y, para evitar “los golpes de Estado militares”, Augusto atribuye, para su democracia, la plenitud de los poderes al Senado. Más tarde, Augusto se reservará títulos indistintos, sin contenido jurídico: Padre de la Patria, Garante de los ciudadanos (*servator civium*). Pero también el de “*princeps senatus*”: El Primero del Senado, y restablece en su funcionamiento normal a las instituciones republicanas. Sus sucesores fueron menos escrupulosos que él, poco a poco establecieron el Imperio, pero nunca en un sentido totalitario y absoluto. Y nunca llevaron el título de rey. Estaba expresamente prohibido aludir a ese título y atribuírselo. Por lo tanto, el autor de la *Epístola de Pedro* no puede aludir, en su fórmula, al emperador de Roma.

Entraré en una vía muy azarosa. Lo que a continuación sigue es

una pura hipótesis. Había en Roma partidos políticos; pero en el curso del siglo I se desarrolla un partido muy singular sobre la base de una filosofía global. Dicha filosofía era la siguiente: los imperios del mundo tienen una vida cíclica. Es decir, que un poder político nace, crece, llega a su apogeo; en ese punto ya no puede crecer más y forzosamente declina. Introducirá un proceso de descomposición. Si es así en todos los imperios del mundo, como lo hemos visto, debe ser igual para Roma. Los escritores romanos del siglo I estimaban que Roma había llegado a la cima de su poder, que al reinar desde España hasta Persia; desde Escocia hasta el Sahara, y en el sur de Egipto, no podía crecer más y, en consecuencia, comenzaría su declive. Hubo así, entre los filósofos y los escritores, después del periodo de glorificación y de entusiasmo del que dan testimonio Virgilio o Tito Livio, un periodo de pesimismo negro (con autores mucho menos conocidos). Pero se agregaba esto: cada vez que un gran imperio (Egipto, Babilonia, Persia) se hunde, aparece un imperio que toma el probable relevo de Roma. En esta época, sólo subsistía un enemigo de Roma, invencible, que extendía su poder sobre nuevos territorios: los partos. Un partido, de intelectuales, primero; luego, de miembros de la "clase dirigente", consideraron más seriamente que el imperio parto tomaría el relevo del romano. Hubo, incluso, quienes, *de paso*, y para ir en el sentido de la Historia, comenzaron a expandir esas ideas y fundaron, se dice, un partido para sostener eventualmente a los partos. Ahora bien, los partos estaban, en efecto, dirigidos por *un rey*. Algunos piensan que unas plegarias eran para "el rey", lo que significaba, el rey de los partos, y estas fueron prohibidas. Admitido esto (que ha sido impugnado por otros historiadores) nuestro texto de "Pedro" tiene otra connotación: no se trata de honrar al emperador bajo el nombre de Rey, ni de rogar por el rey de Roma. ¿Por qué, al citar en dos momentos al rey, Pedro no habría aludido también al rey de los partos? En ese caso, sería un texto perfectamente subversivo. Pero es un texto que en ese momento aludía únicamente al poder político de Roma, y no al Estado en sí mismo, ya que sostendría a otro poder. Sin embargo, ese texto forma también parte de la actitud política

general de los cristianos que, lejos de ser pasiva o desobediente, puede calificarse de tres maneras:

—o bien, de una actitud de desprecio y de rechazo a reconocer la validez del poder político, sin que sea un apolitismo:

—o bien, de una actitud de rechazo al poder político en general;

—o bien, una actitud de condenación al poder romano. Evidentemente, después de que la armada romana tomó Jerusalén, destruyó el Templo, suprimió la autonomía del gobierno judío, masacró a miles de judíos y, finalmente, suprimió a la Iglesia cristiana de Jerusalén en el año 70 después de Cristo, el odio de los cristianos hacia el poder político se polarizó sobre Roma.

PABLO

Por último, llegamos a los textos de Pablo, pero es necesario, primero, establecer el clima general cristiano para situarlos mejor. Citaré estos textos, aunque sean muy (demasiado) conocidos: en *Rm* 13, 1-7: “Que cada uno se someta a las autoridades establecidas, pues toda autoridad procede de Dios; él ha establecido las que existen. Por eso quien resiste a la autoridad resiste a la disposición de Dios. Y quienes resisten cargarán con su pena. Los gobernantes no infunden miedo a los que obran bien, sino a los malhechores. ¿Quién no teme a la autoridad? Obra bien y tendrás su aprobación, puesto que es ministro de Dios para tu bien. Pero si obras mal, teme, que no en vano empuña la espada. Den a cada uno lo debido: impuestos, contribución, respeto, honor, lo que toque a cada uno. Es ministro de Dios para aplicar el castigo al malhechor. Por tanto, hay que someterse, y no sólo por miedo al castigo, sino en conciencia.

Por la misma razón pagan impuestos, las autoridades son funcionarios de Dios dedicados a su oficio". En la *Epístola a Tito* (3, 1), se lee: "Encárgales que se sometan y obedezcan a gobernantes y autoridades, estando dispuestos a cualquier tarea honrada". He aquí los únicos textos en toda la Biblia que acentúan la obediencia y el deber de obedecer a las autoridades. Es verdad que otros dos textos muestran que había entre los cristianos de la época cierta "contracorriente" en relación con la corriente dominante que hemos valorado: en la segunda carta atribuida a Pedro (2, 10), se condena "a quienes desprecian la autoridad". Y en la pequeña epístola llamada de Judas, hay también una condenación a quienes "perdidos por sus sueños... desprecian la autoridad, mancillan a los gloriosos". Sin embargo, hay que subrayar el carácter dudoso de esos textos: ¿a qué autoridad se refieren? No hay que olvidar que hay un constante recordatorio de que *toda* autoridad pertenece a Dios.

En la primera carta de Pablo a Timoteo (2 1, 2): "Lo primero que todo recomiendo que se ofrezcan súplicas, peticiones, intercesiones y acciones de gracia por todas las personas, especialmente por reyes y autoridades, para que podamos vivir tranquilos y serenos con toda piedad y dignidad".

He aquí un puñado de textos de Pablo o inspirados por él, que también parecen ir a contracorriente de todo lo que acabamos de ver. Queda por plantear un problema perfectamente incomprensible (o, por desgracia, demasiado comprensible). A partir del siglo ni, la mayor parte de los teólogos, olvidando pura y simplemente lo que sacamos a luz, y que sin duda alguna era muy conocido, sólo retuvo el texto de Pablo de *Romanos* 13 para predicar la completa sumisión a la autoridad. Lo hizo sin siquiera mirar (lo que haremos nosotros) en qué contexto se sitúan esas frases. Incluso sólo se retuvo una frase: "Todo poder viene de Dios", que se convertirá en el leitmotiv durante muchos siglos de cooperación de la Iglesia y del Estado. *Ornini potestas a Deo*. A veces, teólogos audaces agregaban *per populum* (por conducto del pueblo), pero era un detalle al lado de

esa orden imperativa: ya que todo poder viene de Dios, tienen que obedecer al poder como a Dios. Y es completamente extraño mirar a decenas de teólogos, a veces muy inquietos, cuando tenían que vérselas con tiranos... Se libraban a una casuística extraordinaria para explicar que el poder sólo viene de Dios si quien lo ejerce llegó a él de manera legal, legítima y pacífica, e incluso si lo ejerce de manera moral y regular. Pero todo eso no cuestiona en nada la orden general y simple. Aun, en el momento de la Reforma, Lutero, en la guerra de los campesinos, se basará en ese texto para recomendar a los señores alemanes aplastar la revuelta. En cuanto a Calvino, insiste sobre todo en el hecho de que el Rey es siempre legítimo excepto cuando ataca a la Iglesia. Si la autoridad deja a los cristianos celebrar libremente su culto, no hay nada que decir sobre ese punto. Digo, por lo tanto, que nos encontramos delante de una increíble traición al pensamiento cristiano original, y que esa traición proviene, con toda seguridad, de la tendencia al conformismo y de la facilidad del conformismo. Sea lo que sea, la sola y única regla que se retuvo de ese enorme conjunto de textos son estas cuatro palabras: *Omnis potestas a Deo*. Vamos a tratar de examinar más de cerca estos textos de Pablo.

El primer trabajo que debería hacerse, *al igual que con todos los textos bíblicos* (y, por otra parte, con todos los textos) es rehusarse a sacar tres palabras de todo el conjunto de un desarrollo y rehusarse a considerar en qué contexto se sitúan esas tres palabras. Tomemos, pues, ese conjunto. Un gran capítulo de esa carta de Pablo a los Romanos termina al final del capítulo 11 con un largo estudio de las relaciones entre el pueblo judío y los cristianos. Comienza un nuevo desarrollo que cubre los capítulos 12, 13 y 14 (en medio de los cuales se encuentra nuestro pasaje). Ese largo texto comienza con estas palabras: “No se ajusten a este mundo, antes transfórmense mediante la renovación de su mente...” *La palabra de orden general, esencial, de Pablo, es no ser conformistas*, no obedecer a las tendencias, a las modas, a las corrientes de pensamiento de la sociedad donde se encuentran los cristianos, no seguir la “forma”, sino

“transformarse”, recibir una “nueva” forma por la renovación de su mente (consideren todo a partir de un nuevo punto de vista que es el de la voluntad de Dios y del amor). Con toda evidencia es un singular inicio para inmediatamente decir: “Obedezcan a las autoridades políticas”. Luego empieza una larga enseñanza sobre el amor. El amor entre los cristianos en la Iglesia (12, 9-13). El amor por los enemigos (la orden de nunca vengarse uno mismo. Bendigan a quienes los persiguen) (12, 14-21), donde, por otra parte, encontramos el amor por todos (estén en paz con todos los hombres). Después, viene nuestro texto sobre la autoridad y la enseñanza sobre el amor que vuelve a retomarse: todos los mandamientos están reunidos en el mandamiento del amor (13, 8-10); no dañen a nadie. Para terminar, en el capítulo 14, una recapitulación, mediante indicaciones precisas de conducta, de esa “práctica” del amor (hospitalidad, ausencia de juicio, sostenimiento de los débiles, etcétera). Tal es el cuadro general, el movimiento en el que se inserta nuestro texto sobre la autoridad. Parece extraño a este gran estudio, bien construido, que algunos exégetas hayan pensado que era en realidad una “interpolación” que no pertenecía a Pablo. En cuanto a mí, creo que tiene su sitio y que podría ser de Pablo. Hemos visto la progresión del “hay que amar...” a los amigos, a los extranjeros, a los enemigos... ahí se sitúa el pasaje sobre las autoridades. En otras palabras: debes (en la fe) amar a tus enemigos. También e incluso respetar a las autoridades (no dice que hay que amarlas, sino aceptar sus órdenes). Hay que recordarles que esos poderes llegaron al poder por Dios. Pero recordemos la historia del Rey Saúl. El también, mal rey y loco, llegó al poder por Dios. Pero eso no quería decir absolutamente que fue bueno, justo y amable. Por otra parte, en esas líneas, uno de los mejores comentaristas de ese texto, A. Maillot, remite directamente al final del capítulo 12: “No te dejes vencer por el mal, antes vence con el bien el mal. Que cada uno se someta a las autoridades establecidas...” En otras palabras, Pablo se sitúa en esta Iglesia cristiana del inicio que *unánimemente* es hostil al Estado, al poder imperial, a las autoridades; pero en ese texto *modera* su hostilidad; les dice: “Recuerden que las autoridades

son también hombres [el concepto abstracto de Estado no existía] y que esos hombres, en tanto tales, hay que aceptarlos y respetarlos también”. Sin embargo, hay una enorme restricción en ese consejo de Pablo cuando dice: “Den a cada uno lo debido: impuestos, contribución, respeto, honor, lo que toque a cada uno”. No cometemos un error al aproximar esto a la respuesta de Jesús: y aquí la división es flagrante. Ustedes no deben ni respeto ni honor a las autoridades ni a los magistrados. Al único que hay que respetar es a Dios; el único al que debemos honor es a Dios. Al final de este capítulo agregaré como anexo dos comentarios, de entre los mejores, sobre ese texto.

Antes, hay que analizar tres puntos; uno no presenta ninguna dificultad; lo hemos encontrado ya, es el pago de impuestos. Los cristianos no tienen que rechazar ese pago. Es todo. El segundo es más relevante: es la oración por las autoridades. Hemos visto ese texto de Pablo donde recomienda orar “por los reyes” (el plural indica que no podemos hacer el mismo análisis que para el texto de Pedro), es decir, por todos aquellos que tienen una autoridad, un gobierno. Ahora bien, los textos vienen a confirmar lo que explicaba más arriba. Pablo dice, en efecto. “Oren por todos los hombres, por los reyes y por quienes son exaltados en dignidad”. Es, por lo tanto, un caso particular del “oren por todos los hombres”, sí, *incluso* por los reyes y los magistrados. Ustedes los detestan, pero de todas formas oren por ellos, pues nadie debe estar excluido de su intercesión, de su llamado al amor de Dios para ellos. Eso puede parecer absolutamente loco, pero he conocido cristianos alemanes,³³ muy comprometidos en el movimiento de resistencia contra Hitler, que llegaron hasta el complot, y que oraban por él. No podemos querer la muerte absoluta del adversario político. Pero seguramente esa plegaria no es del orden de un *Te Deum*. No se trata de orar para que el poder se mantenga en su sitio, ni que comporte victorias, ni que persevere. Se trata de rezar para que se “convierta” (lo que quiere decir: cambiar de comportamiento, de acción), para que renuncie a su violencia, a su dictadura, para que se vuelva

verídico, etcétera; pero está bien que se rece *por él y no contra él, ya que en la fe cristiana se reza por su salvación* (lo que nada tiene que ver con: “Veamos por la salud del Imperio”). Dicha plegaria debe hacerse incluso, si humanamente hablando, no hay esperanzas de que cambie. No hay que olvidar que esos textos sobre el respeto y la oración por las autoridades fueron escritos en el momento, o justamente después, de la primera persecución cristiana de Nerón. Una vez más, como Pablo en *Romanos 13*, sería necesario decir a los cristianos: “Ustedes están indignados por esas persecuciones; están prestos a rebelarse; en lugar de eso, oren por esas autoridades. Su única arma verdadera es dirigirse a su Dios, pues es el único que hace la justicia suprema”.

No sabría concluir estas reflexiones sobre ese texto que, por desgracia, ha mal orientado a las Iglesias y a la cristiandad desde el siglo III, sin recordar un estudio que se hizo hace una treintena de años³⁴: la palabra empleada en ese desarrollo está en griego: *exousiai*, que quiere decir: Autoridades, y que puede designar al conjunto de los poderes públicos. Pero en el Nuevo Testamento esa palabra tiene otro sentido: *exousiai* designa “poderes” de carácter abstracto, espiritual, religioso. Pablo nos dice que tenemos que luchar contra los *exousiai* que reinan en el cielo, Por ejemplo, consideramos que los Ángeles son *Exousiai*. Cullmann y G. Dehn han sacado de ello la siguiente idea: “Ya que se emplea la misma palabra, debe haber en ello alguna relación”. En otras palabras, el texto del Nuevo Testamento podría hacer pensar que las autoridades terrestres, políticas, militares, tienen en realidad su fundamento en una relación con poderes espirituales, que no llamaré “celestes”, ya que pueden ser malos y demoniacos. La existencia de esos *exousiai* espirituales explicaría la universalidad de los poderes políticos y también el hecho de que los hombres obedezcan como si eso fuera natural. Dichas autoridades espirituales inspirarían a los gobernantes. Ahora bien, dichas autoridades pueden ser buenas o malas, “angélicas” o “demoniacas”, de manera que las autoridades terrestres reflejarían a aquellas en cuyas manos cayeron. Se

comprende entonces por qué Pablo, en sus versículos de la *Epístola a los Romanos*, pudo escribir: “las autoridades *establecidas* proceden de Dios”. Por el contrario, todos los teólogos protestantes escribían, a partir de 1933, que el Estado hitleriano era un Estado “demonizado”, caído en manos de un poder demoníaco. Sí recuerdo esto, no es sólo para decir que la actitud de la primera generación de cristianos no era absolutamente unánime: al lado de la gran corriente, según la cual había que destruir al Estado, había otra que tenía una posición matizada (pero *nunca* una obediencia incondicional). Lo más importante para mí es esto: Pablo (*Col 2, 13-15*) habla de la victoria de Jesús sobre el mal y la muerte, pero dice: “Cristo despojó de su poder a *todas las dominaciones y las autoridades* y las libró públicamente como espectáculo, triunfando sobre ellas por la cruz”. Esto es fundamental; vimos antes que la crucifixión del inocente devela la maldad de las autoridades. Aquí, Pablo va más lejos. En el pensamiento cristiano, la crucifixión de Cristo es su verdadera victoria sobre todos los poderes, celestes o infernales (no me pronuncio sobre su existencia, sino solamente sobre la certeza de la época), porque sólo él ha sido perfectamente obediente a la voluntad de Dios, aceptando incluso la condenación, la muerte, *en su propio escándalo* (Jesús no comprende nada de lo que le sucede: Dios mío, ¿por qué me has abandonado?). Duda de su propia comprensión, duda de su misión, pero no duda de la voluntad de Dios y obedece absolutamente. Sé todo el escándalo que un no cristiano puede experimentar frente a un Dios que pide esa muerte... Pero la pregunta es: ¿hasta dónde puede ir el amor? ¿Quién ama absolutamente a Dios hasta perderse a sí mismo? Es la prueba, detenida a tiempo, para Abraham; es también la prueba y la cólera de Job. Sólo Jesús obedeció hasta el final (cuando era plenamente libre de no obedecer). A causa de eso, habiendo amado a Dios más allá de los límites humanos, despojó a los poderes de su poder. Ya no hay más demonios que lo tengan; ya no hay más *exousiai* independientes: todos están, desde ese momento, subordinados a Cristo. A partir de ahí, pueden sublevarse todavía, pero han sido vencidos por anticipado. Políticamente eso quiere decir que la

exousiai que subsiste al lado o más allá del poder político está también vencida y, en consecuencia, que *el poder político no es nunca una última instancia*, es siempre relativo y cuestionable. He ahí el sentido de esa frase de Pablo que muestra cuánto debe relativizarse su fórmula: “Todo poder viene de Dios” (que se ha absolutizado). Sí, pero todo poder es vencido en Cristo.

ANEXOS

La interpretación de Romanos 13, 1-2 por K. Barth y A. Maillot

Voy a presentar, de manera muy sumaria, dos interpretaciones de dos autores importantes para mostrar que los teólogos y la Iglesia no han sido unánimes al interpretar este texto como una verdad absoluta en relación con el tema del Estado. Pero, también hay que reconocer que se trata de un texto muy embarazoso.

KARL BARTH

En su gran comentario de la *Epístola a los Romanos*, que fue su manifiesto teológico en 1920, Barth comienza por plantear que hay un orden indispensable para la sociedad, y que las instituciones políticas forman parte de ese orden. No hay que trastornarlo a tontas y a locas. Por lo tanto, ese texto dice: “No a la revolución”, pero al decirlo, dice, por lo mismo, “No a la legitimidad” en sí de las instituciones. Cualquier orden establecido coloca, a quien busca el orden de Dios, ante una injusticia triunfante. Lo que se cuestiona no es la mala calidad de ese orden, sino su *establecimiento*. El hecho de que el orden esté establecido inflinge a la voluntad de justicia su herida. En esas condiciones, cualquier autoridad se vuelve una tiranía. Sin embargo, el hombre revolucionario se deja vencer por el Mal, pues, al pretender representar también la Justicia en sí, usurpa

una legitimidad que inmediatamente se volverá tiranía (escrito en 1920). El Mal no es una respuesta al Mal. El sentimiento de la justicia ofendida por el orden establecido no se restaura con su destrucción. El revolucionario tenía en la mente “la posibilidad imposible”, la verdad, la justicia..., el perdón de los pecados, el amor fraterno, la resurrección de los muertos... Pero, hizo *otra* revolución: la posibilidad posible del odio, de la revolución, de la destrucción. *Pensó en la verdadera* revolución, pero *hizo* la otra. Nuestro texto no pronuncia ninguna palabra en provecho de lo que está establecido, sino un rechazo a cualquiera de sus enemigos humanos, pues únicamente quiere reconocer a Dios como el vencedor de la injusticia de lo que está establecido. En cuanto a la recomendación de “someterse a las autoridades”, es una cuestión puramente negativa: una retirada, una no-participación, un no-compromiso. “Incluso si la revolución es la condenación (justa) de lo que está establecido, no se debe en ningún caso al acto del rebelde: el conflicto en el que se precipita es el conflicto entre el orden de Dios y el orden establecido.” El rebelde reestablece siempre un orden que presenta las mismas características que el anterior; por ello, “se transforma y deja de ser rebelde”. “Que cada uno se someta, quiere decir que nadie olvide cuán falso es el cálculo político humano *como tal*”. La revelación de Dios da testimonio de una verdadera justicia; no sabríamos socavar de manera más enérgica lo que está establecido que admitiéndolo *sin ninguna ilusión*, tal y como, dice Barth, se recomienda ahí, pues cualquier “Estado, Iglesia, Sociedad, justicia positiva, familia, ciencia, viven de la credulidad de los hombres que hay que alimentar sin cesar gracias al entusiasmo de los capellanes (*sic*) y de solemnes mistificaciones: priven a todas esas instituciones de su *pathos* y las reducirán al hambre” (volvemos a encontrar aquí la orientación que descubrimos en la actitud de Jesús). “La no-revolución es la mejor preparación a la verdadera revolución (para Barth es la de la voluntad de Dios y del reino de Dios). Nuestro mismo texto, para el cual todo lo que precede es una introducción, es sólo en apariencia, dice Barth, un fundamento del orden. Lo que quiere decir que “cualquier autoridad, como cualquier

dato humano, lo mide Dios que, *al mismo tiempo*, es su comienzo y su fin, su justificación y su condenación, su sí y su no". Dios es el único criterio que permite captar que lo está mal en el seno de lo que está establecido es realmente mal. De la misma manera, no tenemos el derecho de asirnos de Dios para legitimar positivamente ese orden, como si Dios estuviera a nuestro servicio. Pues, únicamente ante Dios caen las cosas "establecidas". El texto ubica el orden (establecido/medido) en la mirada de Dios, lo que quita todo el *pathos*, la justificación, la ilusión, el entusiasmo, etcétera a las autoridades. Y Barth cita (muy libremente) el v. 12, 10. Dios dice "establecer la justicia, es *asunto mío*", someternos no es reconocer otra cosa que esa rigurosa autoridad de Dios; por no haberla respetado, las Iglesias durante siglos han traicionado la causa del hombre encomendando la justicia al Estado. La verdadera revolución sólo puede *venir de Dios, pues el revolucionario humano pretende aportar* una nueva creación y crear un nuevo hombre bueno y fraterno, lo que a la vez desconoce la única justicia (y justificación) de Dios y del orden que sólo Dios puede y quiere establecer *confín* el orden establecido humano.

ALPHONSE MAILLOT

Maillot no es un teólogo que se sitúe en el nivel de Karl Barth, pero sí uno de los mejores comentaristas de la Biblia. Presenta una perspectiva completamente distinta a la precedente. Maillot comienza con una pregunta muy astuta; ¿cómo es posible que Pablo, que a lo largo de todos sus escritos es "antilegalista", que muestra que la Torah es anticuada, que la única "ley" es el amor y que la obra de Jesús es liberar al hombre, pueda volverse legalista y jurídico cuando se trata de instituciones sociales y políticas? Lo que Pablo muestra es, por una parte, que la estructura política no escapa a la

voluntad de Dios, y que esa estructura no impide obedecer a Dios: si el Estado nos arrastrara al mal, habría que rechazarlo. Pablo rechaza cualquier maniqueísmo, cualquier dualismo: es imposible que haya un mundo en donde algunos estarían fuera de la mano de Dios. También los jefes de Estado, los magistrados, etcétera, cualquiera que sean sus pretensiones. Además, Pablo dice en ese texto: “Las autoridades que existen actualmente...” En consecuencia, dice Maillot, Pablo constata lo que está en su tiempo: no “legisla” para toda la Historia. Por lo tanto, el deber del cristiano es dar testimonio de lo que cree que es verdad: porque pensamos que las autoridades están en la mano de Dios tenemos la posibilidad (muy rara vez utilizada) de hablarles para decirles lo que creemos justo. Y si Pablo dice que debemos obedecer, no sólo por motivos de coacción, sino también por motivos de conciencia, quiere decir que nuestra obediencia nunca puede ser ni ciega ni resignada. Pues la conciencia puede llevarnos a desobedecer (para obedecer a Dios más que a los hombres, dice Pedro): pero entonces será por motivos que los hombres de las instituciones no pueden comprender.³⁵ Pero lo más importante de lo que escribe Maillot es finalmente esto: Pablo escribe que muchas veces ha sido encarcelado, “no confunde a los hombres políticos con niños de coro”. Poco tiempo después será asesinado por las autoridades romanas, “La difícil vida y la muerte de Pablo *deslegalizan* ese capítulo 12”. Por otra parte, Maillot coloca de nuevo ese capítulo en el contexto general de la carta, pero lo hace de manera distinta a mí, en el sentido de que lo hace en un contexto más amplio: la carta completa de Pablo tiende a mostrar el movimiento de la “justicia salvadora de Dios en la historia de los hombres”. Pablo quiere mostrarlo en todos los aspectos de la realidad humana. Sólo existen la Iglesia y el pueblo de Israel (de quienes Pablo ha hablado hasta aquí) que hacen la historia. Existe también la política y la sociedad humana, y Pablo buscaría ahí mostrar que esa *Polis* forma también parte del plan de Dios y que puede participar en su justicia salvadora. Parece, subraya Maillot, que el encuentro entre cristianos y no-cristianos hubiese sido inevitable, a veces bajo la forma de un magistrado pagano que se

volvía cristiano... ¿se puede ser juez y cristiano, preceptor y cristiano? En efecto, Pablo habla de “los del pretorio” (Flp 4, 22) y “de los del César” (Fr 4, 22): ¿qué oficio ejercían? Sin duda alguna el de funcionarios romanos cristianos que experimentaban ciertas dificultades espirituales. Y Maillot subraya concretamente lo que mostramos más arriba: la oposición general de los primeros cristianos al poder. Pablo quiere, en consecuencia, “compensar”. “Las estructuras civiles, los magistrados e incluso Nerón están integrados en el dinamismo de la justicia de Dios de manera diferente a Israel y a la Iglesia. No provienen del Diablo, sino de Dios, *en última instancia*, y los cristianos no tienen que rechazarlos.” “Sin embargo -subraya Maillot-: Pablo no da una respuesta para un régimen que caería en lo demoníaco, sólo dice que el magistrado debe permanecer siempre un-hombre-para-el bien” y que si claramente “se vuelve un hombre para el mal”, habría que revisar nuestra relación con él. En todo caso, “la verdadera obediencia no consiste en volver a copiar otra obediencia”.

Los objetores de conciencia ³⁶

HASTA AQUÍ hemos examinado esencialmente textos bíblicos que expresaban, lo he dicho, la opinión, la orientación de la primera generación cristiana. No son testimonios u opiniones *individuales*, pues no hay que olvidar que esos textos sólo se volvieron “Escritura santa” cuando la mayoría de la Iglesia (de ningún modo reunida en Concilio, sino expresada en la corriente de opinión... de la “base”) los consideró como tales. Vamos a abordar aquí... la aplicación que de esas orientaciones hicieron cristianos que durante los tres primeros siglos serían “ciudadanos rebeldes”. No hay que olvidar, antes de estudiar un poco más de cerca la objeción de conciencia, punto de conflicto extremo, muchas apreciaciones que no son despreciables:

primero, desde el siglo XI, Celso (en su *Discurso verdadero*), entre todas las críticas que le hace al cristianismo, adelanta la fórmula de que “los cristianos son enemigos del género humano”, y eso, en primer lugar, por el hecho de que se oponían al orden romano, a la paz romana, lo que significaba que odiaban a todo ese “género humano” organizado por Roma. El segundo señalamiento es que, más tarde, cuando el cristianismo había dejado de ser una pequeña secta para convertirse en una religión un tanto invasora, se acusará a los cristianos de debilitar al Imperio por el desdén que tenían hacia los cargos de magistrados o de jefes militares. Esa será la queja del emperador Juliano, llamado el Apóstata. Si después de un siglo, la organización administrativa romana se deshace, si la armada romana perdió muchas guerras en las fronteras, es culpa de los cristianos. Y aquí Juliano da una razón que nos parece casi válida: “Los cristianos han llevado a la población a no respetar ni servir a los dioses tradicionales de la ciudad; éstos han abandonado a Roma, por eso decae. Vuelvan a los antiguos dioses y Roma recuperará su grandeza”.

Dejemos esto. Lo que es completamente exacto y reconocido por todos los historiadores modernos del Bajo Imperio, es que los cristianos *ya no se interesan* ni en las cuestiones políticas ni en las empresas militares. Esto se presenta en dos niveles: por un lado, constatamos que durante siglos todos los intelectuales romanos se apasionaban por el derecho y la organización de la Ciudad, del Imperio. Luego, desde el siglo III, que los intelectuales de ese Imperio ya no se interesaban tanto en esos asuntos y que se apasionaban por la teología. Por otro lado, que esos cristianos *ya no querían* ejercer las funciones de magistrados ni de oficiales. Mientras el cristianismo se ganaba a las clases inferiores de la sociedad (se difundió primero entre los pobres de la ciudad, los libertos y los esclavos), no tuvo importancia, pero a medida que se ganó a las “clases” ricas y “dominantes” esa defección se volvió seria. Hay muchos textos que muestran que, en efecto, no es posible encontrar “curiales” en las ciudades, gobernadores de provincias, magistrados militares...

porque los cristianos rechazaban esos puestos. La suerte de la sociedad no les interesaba. Fueron muchos los que, por ejemplo, cuando el emperador los constreñía a volverse curiales (el equivalente a alcalde de una ciudad), preferían huir al campo (todos ellos tenían residencias secundarias) y vivir ahí como propietarios rurales. En cuanto a la armada, los emperadores estaban obligados a reclutar oficiales entre los extranjeros, los “bárbaros”. Algunos historiadores modernos estiman que esta defección general de los cristianos fue una de las causas más importantes de la decadencia de Roma a partir del siglo IV.

Pero volvamos a la práctica de antes del siglo II que está dominada por el pensamiento de Tertuliano, quien, después de haber consagrado libros para probar que el Estado y el Imperio son necesariamente anticristianos y, por lo tanto, enemigos de Dios, parece haber sido uno de los primeros en preconizar una total objeción de conciencia. El propio Tertuliano tiene esta admirable frase: “Los Césares habrían sido cristianos si hubiese sido posible que hubiera Césares cristianos o si los Césares no hubiesen sido necesarios para el mundo” (el mundo en el sentido en que el Nuevo Testamento lo toma siempre: el concentrado de todo lo que es hostil a Dios). Dicho esto, el punto en el que prácticamente se va a manifestar esta oposición (fuera de la obstrucción a asistir al culto al emperador), fue el servicio militar. Hay un gran debate entre los historiadores sobre ese tema: se tienen pruebas por algunas inscripciones (escasas) que hubo soldados cristianos, pero parece que esto sólo concernió a un número muy reducido (con, quizás, enrolamientos forzados). Es más o menos cierto que, hasta el 150, los que eran soldados y se volvían cristianos hacían lo posible por abandonar la armada, y que quienes eran cristianos nunca entraban en ella. El número de soldados cristianos aumentará en la segunda mitad del siglo XI “a pesar de la actitud desfavorable de las autoridades eclesiásticas y del conjunto de la comunidad cristiana” (Ryan, *Le refus du service militaire par les chrétiens*). Por otra parte, cuando el número de soldados cristianos aumentó, éstos provocaron

escándalos. Así, un soldado, durante una ceremonia oficial, se rehusó a colocar sobre su cabeza la corona de laurel. De igual manera, un día en que Dioclesiano celebró un sacrificio para conocer el porvenir (arúspice), el sacrificio fracasó: se acusó entonces a los soldados cristianos que estaban ahí de haberlo provocado al hacer el signo de la cruz. Se puede decir que hacia el año 250 el servicio militar fue un hecho que provenía del constreñimiento y no de una elección. Desde finales del siglo II se comenzó a subrayar el ejemplo de los “mártires militares”, es decir, de los cristianos que, en tiempos de guerra, rechazaban el reclutamiento forzado y se les mataba. Se cuenta, incluso, que soldados empleados como verdugos para ejecutar a sus camaradas se convertían súbitamente y arrojaban su espada. Los ejemplos, citados por Lactance o Tertuliano, son numerosos. Podemos decir que había un *antimilitarismo* cristiano masivo. Este es un texto oficial: la “Tradición apostólica de Hipólito” que es un “reglamento eclesiástico de inicios del siglo III” y que dice: “Quien tenga el poder de la espada o sea magistrado de una ciudad deje su empleo o se le expulse de la Iglesia. Si un catecúmeno o un fiel quieren volverse soldados que se les expulse de la Iglesia, pues desprecian a Dios”. En esas condiciones se multiplicaron los cristianos ejecutados hasta la época de las condenas a muerte masivas y de la creación de lo que se ha llamado los “santos militares”. Luego... se produjo un cambio que no deja de ser importante: el Sínodo de Elvira en 313 decidió que cualquier fiel que aceptara un cargo público, incluso pacífico, en la administración, no podría *entrar* en la Iglesia mientras fuera funcionario. Lo que se condenaba era *cualquier* participación en el poder que implicara la coerción. Luego se produjo la conversión del emperador Constantino (hacia 312-313), conversión de la que conocemos la leyenda, pero que probablemente fue el fruto de un cálculo político: en esa época, los cristianos, por su número, se habían vuelto una fuerza política nada despreciable y Constantino tenía necesidad de todo el mundo para asegurar su poder. Ahora bien, los pueblos, tanto como los intelectuales y la aristocracia se habían apartado de las antiguas religiones. Había un “vacío” religioso y Constantino supo

aprovecharlo. Se burló oficialmente del cristianismo... e hizo caer en la trampa a la Iglesia que, sin problemas, se dejó atrapar. En ese momento, la Iglesia estaba dirigida por una jerarquía proveniente en gran parte de la aristocracia. Los teólogos trataban de resistir. Todavía Basilio, a finales del siglo IV, dirá que matar a alguien en la guerra es un asesinato, y que al soldado que combatió se le aparte de la comunión durante tres años. Ahora bien, la guerra era permanente, y eso significaba excomulgar pura y simplemente al soldado. Pero aquello se volvió la opinión de una minoría resistente. A la mayoría de las autoridades de la Iglesia las había ganado el hecho de que el cristianismo se volvía una religión oficial y que las Iglesias recibían grandes privilegios, tanto que, convocado por el emperador mismo, el sínodo de Arles se reunió en 314 y la doctrina sobre el servicio al Estado y el servicio militar cambió por completo. El tercer "canon" de ese concilio excomulga a los soldados que se rehusaran al servicio militar o que se rebelaran contra sus jefes. El séptimo canon legitima a los funcionarios cristianos del Estado, y sólo pide que no hagan actos de paganismo (por ejemplo, dirigir un culto al emperador). Se les pide a los magistrados cristianos, y a quienes quieran hacer política, observar la disciplina de la Iglesia (dicha disciplina exigía también abstenerse de cualquier violencia homicida). Algunos intérpretes estiman que el Concilio de Arles mantuvo la prohibición de matar. Pero no se ve muy claro el papel del soldado en esas condiciones. En realidad, el Estado había comenzado a dominar a la Iglesia y a obtener de ella lo contrario fundamental del pensamiento de origen. Con ese concilio de 314 se acabó el movimiento cristiano antiestatista, antimilitarista y, diríamos nosotros hoy en día, anarquista.

TESTIMONIOS

Ser sacerdote católico y anarquista

por Adrien Duchosal

DESDE HACE veinte años ejerzo la función de sacerdote e, incluso, de cura en una parroquia de dos mil habitantes. Trabajo también tres días a la semana en una empresa de construcción metálica.

Aquí soy conocido por un buen número de personas como anarquista. Se me ha hecho la pregunta. “¿Cómo le haces para conciliar esas dos prácticas?”

No solamente no experimento ninguna oposición entre mi fe cristiana y mis convicciones anarquistas, sino que mi conocimiento de Jesús de Nazareth me empuja hacia la anarquía y a veces me da el valor para practicarla.

“Ni Dios ni amo” y “Creo en Dios, Padre Todopoderoso”, estas dos convicciones están en mi corazón.

Nadie existe como amo de otra persona, en el sentido de que es superior; nadie puede imponer a nadie su voluntad e ignoro a Dios como supremo amo.

No a la jerarquía entre los hombres

Jean-Paul Sartre expresó el valor único de cada ser humano: “Un hombre vale todos los hombres, no importa lo que valga”.

Mucho antes que él, Jesús no hacía ninguna distinción entre los hombres; la gente de poder estaba molesta con esa actitud, querían su muerte y lo abordaban diciéndole: “Hablas sin preocuparte de nada, pues no miras el rango de las personas” *Cf. Mt 23*.

La vida de cada uno está antes que las leyes que quieren organizar a la sociedad; los libros de los Evangelios: *Mateo, Marcos, Lucas y Juan*, están llenos de relatos de las confrontaciones de Jesús con las autoridades, porque continuamente viola la ley para cuidar la vida de cada uno.

Con ese espíritu, hemos recolectado cierto número de firmas por la libertad de circulación de los humanos, con la siguiente reivindicación: “Elena Bonner, esposa de Sakharov, puede regresar a Occidente si *lo juzga* necesario para su salud; los hambrientos de los países del Sur pueden dirigirse a los países del Norte si *lo juzgan* necesario para su vida”.

No a la jerarquía entre los hombres de Dios

Dios, al menos el que un hombre como Jesús llama “Padre” y nos pide llamarlo de la misma manera, nunca se presenta como amo, imponiendo su voluntad a los hombres; nunca los ha considerado inferiores a él; para Jesús, entre el padre y el hijo no hay ninguna

relación jerárquica; dice: “El Padre y yo somos uno; él en mí y yo en él”.

Los hombres religiosos, que sólo pueden pensar en términos de rivalidad, de superioridad, de igualdad, de inferioridad, acusan a Jesús de hacerse el igual de Dios.

Eran incapaces de imaginar que un hombre, Jesús, pudiera ser Dios con su padre y que la vocación de cada hombre fuera la misma.

El autor del libro del *Génesis* (se refiere a la Biblia) ve la falta del hombre en una actitud que consiste en ambicionar volverse como dioses para conocer el bien y el mal en lugar de estar con Dios gozando de la vida y sintiendo el placer de crearla. Esta actitud del hombre preocupado de sí mismo y de su rango engendra todas las desgracias: los hombres se encuentran solos, desnudos, avergonzados, se acusan mutuamente, trabajan con esfuerzo para sí mismos; trabajan en la creación y en la procreación sembrando la muerte, enfrentándose para dominar o aceptando ser dominados en el miedo.

Sin cesar, los profetas proponen vivir en alianza con Dios; pero los pueblos, bajo los imperios de las autoridades prefieren afirmarse confrontando a otros.

He ahí, en la Biblia, por ejemplo, el primer libro de *Samuel*, capítulo VIII:

“Los ancianos dijeron a Samuel: danos un rey que nos gobierne... Dios dijo a Samuel: Haz caso al pueblo en todo lo que te pida. No te rechazan a ti, sino a mí; no me quieren por rey... Samuel comunicó las palabras del Señor al pueblo que le pedía un rey: éstos son los derechos del rey que los regirá: a sus hijos los llevará para enrolarlos en destacamentos de carros y caballos, para que vayan delante de su carroza; los empleará como jefes y oficiales de su ejército, como

aradores de sus campos y segadores de su cosecha, como fabricantes de armamentos y de pertrechos para sus carros. A sus hijas se las llevará como perfumistas, cocineras y reposteras. Sus campos, viñas y los mejores olivares se los quitará para dárselos a sus ministros. De sus granos y sus viñas les exigirá diezmo, para dárselo a sus funcionarios y ministros. A sus criados y criadas, a sus mejores burros y bueyes se los llevará para usarlos en su hacienda. ¡Y ustedes mismos serán sus esclavos! Entonces gritarán contra el rey que eligieron, pero Dios no responderá”.

Creo en Dios, ¿por qué?

Creo en un solo Dios y ese Dios es un hombre, Jesús. Muchos dicen que está muerto, yo respondo que vive; no tengo de ello la prueba determinante e irrefutable: simplemente creo en Jesús que vive en mí; tengo el gusto de vivir y, en los momentos en que olvido su presencia, ya no vivo, ya no tengo moral. Y naturalmente elegí vivir.

En el capítulo VIII de *La filosofía de la miseria*, comprendo muy bien a Pierre-Joseph Proudhon; no considera más que a un solo Dios, Ser supremo, dominador del hombre. Por lo tanto, sólo podía negarlo, pues ese Dios lo único que podía hacer es impedirle vivir: “Si Dios existe, es esencialmente hostil a nuestra naturaleza humana... ¿Será que al final Dios podrá ser otra cosa? Ignoro si alguna vez lo sabré... Si un día debo reconciliarme con Dios, esta reconciliación, imposible mientras viva y en la cual tengo todo que ganar, sólo puede cumplirse con mi destrucción”.

Vanidad de las filosofías y de las teologías

Finalmente afirmar o negar la existencia de Dios no tiene interés,

lo que cuenta es tener el gusto y la alegría que da la vida.

Las discusiones de los filósofos y de los teólogos que buscan probar que tienen razón y se imponen como maestros pensadores, son vanas.

Con Pablo de Tarso, en la *Carta a los Corintios*, capítulo III, constato que los razonamientos de los sabios “son sólo viento... Están atrapados en la trampa de su propia capacidad”. Por ejemplo, un hombre como Sócrates es llevado a darse a sí mismo la muerte para respetar la democracia que concibió.

Con Juan, un amigo de Jesús, en el capítulo 4 de su primera carta, pienso que no hay nada que decir sobre Dios, pues, “A Dios nunca lo ha visto nadie; pero amémonos los unos a los otros, ya que el amor es de Dios y quien ama nació de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor... Si alguien dice que ama a Dios y detesta a su hermano, es un mentiroso... Si alguien que goza de las riquezas del mundo ve necesitado a su hermano y le cierra sus entrañas, cómo permanecerá Dios en él”.

Nosotros creemos en Jesús y lo reconocemos como nuestro Dios, lo llamamos Dios, y no es porque veamos en ese hombre las cualidades que serían las de Dios: el todo poder, la trascendencia, la eternidad, etcétera, sino por su actitud de amor hacia cualquier hombre, que nos lleva a vivir en ese espíritu y nos da el gusto de vivir.

Por una revolución, ¿cuál?

No puedo condenar a los oprimidos que toman las armas y se lanzan en la violencia, pero creo que su revuelta es ineficaz para una revolución real: o los aplastarán las fuerzas de la gente del poder o,

cuando el poder sea derribado, adquirirán el gusto del poder de las armas y se volverán los nuevos opresores y todo estará por hacerse de nuevo.

Para una verdadera revolución hay que encontrar la moral para comprometerse en hacer desaparecer lo que está en el origen de todas las violencias: el espíritu de jerarquía y el miedo; el miedo que experimentan los que dominan de ya no poder vivir si dejan de dominar, los empuja a la violencia para mantener su dominio. El miedo que experimentan los dominados de ya no poder vivir si derriban a sus amos, los empuja a aceptar la violencia que sufren. Ellos mismos encuentran una compensación al buscar dominar a otros, siempre al precio de la violencia en el ciclo infernal de revuelta-represión.

En el espíritu de Jesús, combatimos la violencia atacando en nosotros el miedo. Jesús dice a los oprimidos: “Si te pegan en la mejilla derecha, pon la izquierda”; de esa manera busca liberarlos del miedo frente a la violencia de sus opresores. El mismo, una vez que se ha liberado del miedo, al recibir una bofetada, no pone la otra mejilla, pide explicaciones: “Si he hablado mal, dime en qué; si no, ¿por qué me pegas?” No tiene miedo de la muerte que se le va infligir.

Jesús dice también: “Si alguien toma tu manto, dale también tu camisa; si alguien te fuerza a caminar mil pasos, haz con él dos mil”. Quiere que los oprimidos se liberen del miedo de ser incapaces de vivir sin amo. Serán entonces capaces, como él mismo lo hizo, de tratar a los amos de hipócritas, de raza de víboras, (cerdos), hasta que esa gente ya no pueda tener espíritu de dominador (leer capítulo 23 de *Mateo*). Un amo está siempre orgulloso cuando domina; obliguémoslo a tomar conciencia de su bajeza y estará constreñido a abandonar su posición, pues nadie puede vivir despreciándose.

Gandhi, Lanza del Vasto, Lech Walesa y Jesús

Es una impostura representar a Gandhi como un no-violento a la manera de Jesús: si Gandhi se sirvió de la no-violencia fue para poner en su lugar al poder opresor del Estado indio. Empleó la no-violencia frente al más fuerte, “el poder inglés”; pero frente al más débil, se sirvió de las armas de la guerra. Junto con los dirigentes de la India, sus discípulos, envió a la policía contra los indios de la tendencia de los que lo asesinaron.

Un día de Navidad, lanzó un llamado a la guerra contra el pueblo sikh, que reivindicaba su independencia en la región del Punjab. Los hermosos pensamientos de Gandhi, ocultan la violencia que sale del corazón de cualquier jefe.

De igual manera, la no-violencia de Jesús está muy lejos de la de un Lanza del Vasto y, hoy en día, de la de Lech Walesa. Tienen miedo de la violencia y se mantienen apartados de ese mundo. Rechazan atacar al poder opresor haciendo estallar a plena luz su violencia.

En 1976, cuando penetramos en el paraje de Malville, Lanza del Vasto tuvo miedo de ver a los CRS³⁷ atacarnos de manera violenta; entonces, este maestro de sabiduría nos pidió ser gentiles y replegarnos. El miedo de la violencia de los CRS lo hizo aceptar la violencia del poder y de lo nuclear.

Podemos admirar el formidable movimiento "Solidaridad", que Lech Walesa lanzó en Polonia. Por desgracia, hoy en día frena este impulso de liberación: porque el poder amenaza con reaccionar

violentamente, con hacer correr sangre, ordena renunciar a ciertas manifestaciones. De esa forma se perpetua la violencia cotidiana del Estado.

Por el contrario, Jesús busca una paz que obligatoriamente pasa por la lucha y por la provocación a las autoridades. Sabe que al tomar el partido de los oprimidos, desencadena automáticamente la violencia contra sí; no retrocede, pues en la relación que mantiene con su padre, encuentra la fuerza para elegir. En otras palabras, no podría vivir: “Quien quiere salvar su vida, la perderá” (ver el capítulo 16 de *Mateo*).

Lanza del Vasto le faltó al respeto a los CRS, al rechazar denunciar su comportamiento de ss, es decir, su abandono de cualquier responsabilidad para obedecer con disciplina órdenes superiores. Por el contrario, Jesús, trata a sus enemigos de lo que son con el objeto de permitirles encontrar su personalidad humana. Lanza del Vasto le faltó al respeto a los manifestantes: ese sabio nos juzgaba incapaces de asumir nuestra responsabilidad, incapaces de apreciar los riesgos que estábamos en posibilidad de asumir por nosotros mismos. Por el contrario, Jesús advirtió a sus amigos de las dificultades; les indica de donde tomar la fuerza y deja a cada uno su libertad.

Alvaro Ulcué Chocué y Jesús

En nuestros días veo a hombres que se insertan en la historia de un pueblo animado por un espíritu católico, es decir, universal, reconociendo en cada hombre un hermano. De entre ellos, algunos afirman reconocer a Dios en Jesús de Nazareth. Lo ven como alguien que no se pretende Superior a los otros hombres; lo ven, por amor a unos y a otros, tomar el partido de los oprimidos frente a los opresores, trabajando en destruir cualquier jerarquía, cualquier

poder del hombre sobre el hombre.

Este es un texto publicado en marzo de 1985: “Alvaro Ulcué Chocué, único sacerdote indio en Colombia, fue asesinado en noviembre de 1984. Ya en 1982, su hermana había sido asesinada por la policía. Antes de su muerte, al hablar una vez más de la violencia institucionalizada, decía: ‘¿Qué hacemos los cristianos? Asistimos como espectadores y aprobamos con nuestro silencio, pues tenemos miedo de anunciar el Evangelio de manera radical’” (ver *Témoignage chrétien* del n de febrero de 1985).

Cristianos de la parroquia de Bozel y del Planay, junto con nuestro cura, después de haber analizado la situación en el mundo actual, condenamos *la violencia de los Estados*.

Constatamos que esa violencia la ejercen los bancos, los ejércitos y las policías.

Hemos sido llevados a reconocer y a denunciar la práctica de las tasas de interés como la causa esencial de la violencia. Podemos incluso hablar de una forma de asesinato de los que mueren de hambre.

Denunciamos particularmente los presupuestos militares, la fabricación y la venta de armas.

Igualmente, hemos constatado las violencias policiacas que sobre todo sufren los pobres y los opositores al poder: prisiones, torturas...

Interpelamos a nuestros obispos y a las otras comunidades cristianas para que expresen su rechazo a esta violencia de los Estados.

En espera de su respuesta, les reiteramos nuestra unión en Jesús.

Para la multiplicación de sus acciones, sería ventajoso que cristianos y anarquistas se conocieran mejor.

Si este artículo lo publican los libertarios es, tal vez, porque tienen un espíritu más abierto que el de los católicos cuyo nombre, sin embargo, significa. *“Abierto a todos”*.

CONCLUSIÓN

Al concluir estas páginas, me pregunto con cierta ansiedad si un lector anarquista habrá tenido la paciencia de leer estos largos análisis sobre textos bíblicos, si no se habrá aburrido o se habrá sentido irritado, y si verá alguna utilidad en eso, dado que no puede considerar la Biblia como un libro distinto a otros que posiblemente llevan una palabra de Dios. Pero, después de todo, eso estaba también en mi tema. Y era necesario hacer ese trabajo para puntualizar las ideas ya establecidas sobre el cristianismo, puntualización necesaria tanto para los cristianos como para los anarquistas.

Y ahora...

¿Cómo concluir un libro como éste? Me parece que es sólo importante para prevenir a los cristianos (y, al ser cristiano, no podría inmiscuirme en los grupos anarquistas). Lo que, creo, hemos aprendido, es, en primer lugar, que hay que rechazar absolutamente el espiritualismo cristiano, es decir, la evasión en el cielo, en la vida futura (en la que creo por la Resurrección, pero que en nada permite una evasión), en un misticismo que desdeña las cosas de la tierra, pues Dios nos puso en ella, no por nada, sino con una carga que no tenemos el derecho de rechazar. Sin embargo, en el encuentro de los cristianos "comprometidos" debemos evitar caer en el tablero de la ideología dominante del momento. Dije ya que la Iglesia había sido monárquica bajo los Reyes, imperialista bajo Napoleón, republicana bajo la República; ahora, (al menos la protestante) se ha vuelto socialista. Del socialismo de todos. Eso conduce al encuentro de la

orientación de Pablo: no se *conformen* con las ideas del mundo actual. Primer ámbito en el que el anarquismo puede aportar un feliz contrapeso a la flexibilidad conformista de los cristianos. Pero, en el otro frente, en el mundo ideológico y político, es también el antepecho: no se trata de ser un cristiano de derecha, de la actual derecha, de lo que se ha vuelto la derecha. Después de todo, quizá, la derecha de la Tercera República tenga valor.³⁸ Pero es un asunto que no nos compete. La derecha se ha convertido inevitablemente o en el grosero triunfo del híper capitalismo o en fascismo³⁹: no existe otra derecha. Por lo tanto, hay que excluirla, como también hay que excluir al marxismo en sus avatares del siglo XX. Un cristiano ya no puede ser estalinista después de los procesos de Moscú, de la horrible masacre que los comunistas y el pacto germano-soviético hicieron de los anarquistas de Barcelona, de la prudencia del Partido Comunista frente al mariscalismo en 1940, y de la conducta de los comunistas en 1944 (sin embargo, ese momento es el que escogieron nuestros valientes pastores para descubrir las bellezas del comunismo estalinista). El anarquismo había visto más claro y nos puso en guardia. Quizá esta lección podría entenderse hoy en día. Por último, la tercera aportación del anarquismo al pensamiento cristiano es la siguiente: hay que aprender a mirar las realidades de nuestras sociedades desde un punto de vista distinto al del Estado. Lo que parece una de las catástrofes de nuestro tiempo es que todos parecen estar de acuerdo en considerar al “Estado nación” como la norma. Da miedo considerar que el Estado nación fue más fuerte que las revoluciones marxistas, ya que todas conservaron la estructura nacionalista y la dirección de un Estado. Es espantoso pensar que una voluntad de secesión como la de Makhno fue ahogada en sangre, y que el Estado marxista y el capitalista se asemejan en que la ideología dominante es la de la soberanía. Eso es lo que hace perfectamente risible la “construcción de Europa”, pues ninguna Europa será posible mientras los Estados no renuncien a su soberanía. El nacionalismo de Estado ha invadido el mundo y todos los pueblos africanos, por ejemplo, al día siguiente de su descolonización no han tenido nada más urgente que hacer que

adoptar esa forma. He ahí, pues, lo que el anarquismo me parece aportar a los cristianos, y es muy importante ¿Hay que ir más lejos? Dije al principio que para mí no era cuestión de tratar de cristianizar a los anarquistas, ni de proclamar la orientación anarquista como primordial para los cristianos. No hay que identificar a los dos, y no quiero retomar la teoría de “al final del camino juntos”, que durante algún tiempo fue la fórmula para justificar el encolado de los cristianos con los estalinistas. Sólo quisiera que se haya podido constatar que había una orientación general que es común y perfectamente clara. Lo que implica que llevamos a cabo el mismo combate y en una misma perspectiva; sin ninguna confusión, sin ninguna ilusión. Si eso es así, encontraremos juntos a los mismos adversarios y los mismos peligros, lo que no es nada si tenemos presente lo que nos separa: de un lado, la fe en Dios y en Jesucristo, con todas sus consecuencias. Del otro, la diferencia, que ya hemos subrayado, sobre nuestra evaluación de la “Naturaleza humana”. Hay que tener bien claro lo que nos asemeja y lo que nos separa. No he pretendido otra cosa en este pequeño ensayo.



JACQUES ELLUL

UN PENSADOR ANARCO-CRISTIANO

Carlos Díaz

Prof. de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid

Jacques Ellul fue doctor en derecho romano y humanista sabio nacido en enero de 1912 en Bordeaux y fallecido en 1994 a los 82 años, intenso y extenso escritor traducido a una decena de lenguas,

catedrático de la universidad de Burdeos y exponente de compromiso por la humanidad, lo que le fue compensado con el título de Justo entre las naciones de la fundación Yad Vashem de Jerusalén en julio de 2002 por haber ayudado por cuenta y riesgo propios a familias judías durante la ocupación hitleriana de Francia: un testimonio profético al que había precedido su resistencia contra el nazismo. Sus ancestros paternos eran italianos y serbios, y los maternos portugueses y franceses, todos ellos familias ricas venidas a menos y de origen judío. De joven fue educado en el dominio de idiomas clásicos y modernos, así como en la tradición de los valores aristocráticos —honor, cortesía, moral, dignidad, resistencia a las presiones, rebeldía contra toda forma de autoritarismo—, y siempre recordó con gratitud el ambiente de la casa familiar, de ahí que valorase extraordinariamente la amistad, en particular la de Bernard Charbonneau, ecologista *avant la lettre*, y la del teólogo Jean Bosch, así como también la de su propia esposa, fallecida en 1991. Miembro del Consejo Ecuménico de las comisiones técnicas de la Iglesia Reformada de Francia, fue también militante activo en la política municipal de Burdeos junto con Charbonneau oponiéndose a la brutal explotación turística de la Aquitania. Perdida su lucha contra la tecnocracia, la burocracia y el capitalismo, se retiró de la política. Represaliado por el régimen de Vichy primero, no encontró suficiente apoyo social después para llevar adelante su hermosa causa.

UN PERSONALISMO TEMPRANO

La cosa comenzó en su etapa universitaria —junto con su inseparable Charbonneau— con la adhesión a los grupos Esprit —en 1936 tan sólo se formaron 32 grupos; en el de París estaba Merleau-Ponty— de Gasconia y a L'Ordre Nouveau, otro colectivo personalista de comienzos de los años treinta contra el orden establecido. Los personalistas gascones de los grupos Esprit encarnaron la fracción más individualista, libertaria, federalista y ecologista de L'Ordre Nouveau, lo que hizo de ellos unos marginales en el seno de una corriente ella misma minoritaria y en creciente

desacuerdo con Mounier, a quien Ellul, con su fortísimo carácter desde la infancia hasta la muerte, califica de autoritario, demasiado poco crítico respecto a los fenómenos de mutación de la sociedad (el peso creciente del Estado y de la técnica) y al mismo tiempo demasiado espiritualista e indiferente a toda necesidad de revolución, pese a su diálogo con el marxismo. A cuatro manos y en aquel contexto los dos compañeros, Charbonneau y Ellul, decidieron editar policopiados algunos ejemplares de su propio Manifiesto y difundirlo entre los pequeños grupos personalistas de Burdeos y del Suroeste de Francia bajo el título *Directives pour un manifeste personaliste* (1935) que, como no podía ser de otro modo dada la juventud de sus autores, tenía el carácter de mero testimonio genealógico y trataba de demostrar en 83 puntos la impotencia de la política frente a la supremacía de la técnica y del Estado, tanto en los regímenes capitalistas, como en los fascistas o en los comunistas, frente a los cuales postulaba una revolución federalista de corte proudhoniano en el terreno político («la salvación exige la disminución del poder efectivo de los Estados») y en el económico («hasta hoy la economía dirigida no se preocupaba de lo que constituye la condición misma de la economía, la técnica»), pero eso no bastaba ya: «el problema no sólo se plantea en el plano político-económico, sino en el de la civilización misma, a saber, en el de la ética, las costumbres y las formas de pensar, en la vida cotidiana de cada uno de nosotros». Para eso debe el hombre liberarse del «pecado social», que le lleva a renunciar a su vocación de libertad y a configurarse según la presión social. Y todo esto viviéndolo de verdad, pues durante los años treinta organizaron varios campos en los Pirineos (donde nació Esprit), sobre todo con pequeños grupos electivos de estudiantes protestantes, para experimentar física y concretamente, en contacto con la naturaleza, su modelo de sociedad pluralista.

En esa línea, nunca abandonada, en *Le personalisme, révolution imminente* (1935), Ellul se esfuerza por precisar la noción de institución, así como por definir los contornos de una revolución auténtica contraria a los movimientos de masa, asunto sobre el que

volverá siempre, por ejemplo en *La subversión du christianisme* (1984): «Si el cristianismo es honrado en el mundo es porque ya no es cristianismo», o en *L'illusion politique* (1950), o en su artículo publicado tras la victoria de las izquierdas *Rien d'important: ¿Frente Nacional, Frente popular?*. No hay en ello ningún dilema, pues ni uno ni otro pueden cambiar gran cosa. Ni en la derecha ni en la izquierda encontraremos lo esencial». Fórmulas netamente mounierianas. En 1936 vuelve sobre la cuestión desde otra perspectiva, pero con el mismo enfoque en su *Fatalité du monde moderne*: «Nuestra sociedad tal vez no sea mejor ni peor que las precedentes, pero ahora posee medios de acción hasta hoy nunca conocidos, pues obedece a fuerzas separadas de todo control y a medios de acción que le imponen formas sociales, políticas, económicas, intelectuales muy precisas pero sin condición humana». Todo Mounier está presente en esta frase.

COMUNISMO, ANARQUISMO, CRISTIANISMO

Su temprana inclinación hacia el marxismo no impidió a nuestro autor leer ni simpatizar con Pedro José Proudhon, autor grandemente influyente entre socialistas y anarquistas franceses durante los siglos XIX y XX, habiéndole desagradado no sólo el maltrato personal de Marx a Proudhon durante la Iª Internacional de Trabajadores, sino sobre todo «lo que me llevó a detestar a los comunistas fue su conducta durante la guerra civil española y su horrible asesinato de los anarquistas de Barcelona. Los contactos en ese tiempo con los anarquistas españoles me atraieron hacia el anarquismo. Pero había un obstáculo insuperable: yo era cristiano. Fue un obstáculo que tuve que afrontar durante toda mi vida. Por ejemplo, en 1964 me atrajo un movimiento muy cercano al anarquismo, el situacionismo. Tuve excelentes contactos con Guy Debord y un día le pregunté si podría unirme a su movimiento para trabajar con él. Él me respondió con franqueza que tenía que consultárselo a sus camaradas, siendo el resultado que, en la medida en que yo era cristiano, no podía pertenecer a su movimiento. Por mi parte, yo no podía renunciar a mi fe. Era posible, se me decía,

concebir un moderado socialismo cristiano, pero más lejos no se podía ir. Desde ambos lados la incompatibilidad parecía absoluta. Y, sin embargo, cuanto más estudiaba y más seriamente comprendía la Biblia, tanto más clara me resultaba la imposibilidad de otorgar obediencia al Estado y la subsiguiente posibilidad de una cierta orientación anárquica en la Biblia. Tal era mi punto de vista, aunque la teología con la que me formé, la de Karl Barth (como es sabido, anarquista antes de ser socialista, favorable al comunismo después, del que por último se arrepintió), aceptaba la validez de la autoridad política. Durante los últimos años he compartido otros estudios en la misma dirección, especialmente en USA, por ejemplo Murray Bookchin y Vernard Eller. Tampoco debo olvidar al pionero Henri Barbusse, el cual, no siendo estrictamente anarquista, vio en Jesús no solamente a un socialista, sino a un anarquista, y a este propósito quiero añadir que veo por mi parte al anarquismo como la más seria y completa forma de socialismo, y no sólo he llegado a ello emocionalmente, sino también intelectualmente. En mi opinión, aunque la Biblia proclama la salvación universal de todos por la gracia de Dios, también pide nuestra responsabilidad. Después de la conversión nos comportamos con un estilo de vida y una actitud de servicio que Dios requiere de nosotros. Nuestra adhesión a la fe cristiana no busca tener privilegios en relación con otros pueblos, sino despertar en nosotros un plus de responsabilidad, una nueva actividad. Y en esto no hay ningún espíritu proselitista cuando se reconoce al mismo tiempo que la cristiandad, y especialmente los 'dignatarios' de las Iglesias jerárquicas autoritarias, tan lastrados por sus miedos, miran con recelo los planteamientos horizontales, que ven incompatibles con el dogma y con la distribución del poder intraeclesial», ninguneando además al laicado y dificultando bastante cualquier pretendido anarco-franciscanismo.

De todos modos, no fue únicamente la relación con Cristo lo que llevó a Ellul al anarquismo, también las cuestiones terrenas de la democracia directa, por ejemplo la tan central en el movimiento libertario como la relativa al voto en las urnas: «¿Debe votar, debe participar en las elecciones de la democracia burguesa el anarquista?

Por mi parte, como muchos otros anarquistas, pienso que no. Votar es participar en la organización de la democracia falsa que ha sido establecida a la fuerza por la clase media». No votar, sin embargo, no va a ser en el caso de nuestro autor cruzarse de brazos, sino comprometerse en una abstención extraparlamentaria muy activa y difícil.

Notas

- 1 *Cf* Mi libro en tres volúmenes: *Ethique de la Liberté* He demostrado que la libertad es la verdad central de la Biblia y que el Dios bíblico es ante todo el libertador. “Por la libertad fueron liberados”, dice Pablo, y “La ley perfecta es la ley de la libertad”, dice Santiago.
- 2 He mostrado en otra parte que el Dios bíblico no tiene ningún carácter común con Allah. Hay, en efecto, que recordar siempre que se puede introducir cualquier cosa bajo el nombre de “Dios”.
- 3 De igual forma he mostrado que no hay ninguna semejanza, con excepción de algunos nombres de personajes y algunas leyendas, entre la Biblia y el Corán.
- 4 He explicado ampliamente esta desviación a partir de la Biblia hacia lo que llamamos el “cristianismo”, con las razones políticas, económicas, etcétera, en *La Subversión du christiansme*.
- 5 Vernard Eller, *Christian Anarchy* (Eerdmans, 1987).
- 6 *Vernard Eller, Kierkegaard and radical discipleship, 1968.*
- 7 Por ejemplo, es muy interesante el movimiento de fundación de las cofradías en los siglos VII-VIII.
- 8 *Cf. Jacques Ellul, Contre les violents.*
- 9 Lo que muestra la perversidad del poder en este caso es el siguiente hecho: si se cedió un territorio importante, una vasta provincia al papa, fue para impedir que el papa estuviera sometido a las presiones políticas de los reyes, de los emperadores, de los barones, etcétera. Para asegurar su independencia. Eso condujo justamente a lo inverso.
- 10 Además, lo que no carece de interés, logramos obligar a la administración a actuar de manera ilegal; fue simple: la administración realizaba trabajos fuera de cualquier regla jurídica, y se veía obligada a legitimarlos mediante decretos y decisiones que se tomaban a *propósito* para ello. Pero, Biasini, director de la MIACA, le dio la vuelta al problema con la teoría (que hizo que se admitiera en todas partes) del “balazo disparado”, es decir, que cuando algún trabajo se comienza, fuera de cualquier regla legal, de la encuesta de utilidad pública, etcétera, ya no se puede hacer nada en contra: el sólo hecho de que un bulldozer comience ya no hay nada que hacer. Así:

reglamentación absoluta para el ciudadano y legalidad autorizada para la administración... Esta historia dramática se reprodujo con la construcción del puente de la isla de Ré condenada por el tribunal administrativo y que continuó como si no sucediera nada.

- 11 A pesar del papel catastrófico de éste: muy revelador en este punto es el libro de J.-J. Ledos, J.-P. Jézequel, P. Régnier, *Le gâchis audiovisuel*, Ed. Ouvrières, 1987.
- 12 Ver el libro de Y. Charrier, J. Ellul, *Jeunesse délinquante*.
- 13 No hay que olvidar nunca que la CGT, en nombre de la defensa del empleo sostuvo a fondo la estupidez del Concord y continúa justificando las fábricas de armamento y sus exportaciones de armas.
- 14 Con excepción de cierto número de científicos que ven los peligros de la ciencia y de algunas personalidades aisladas, como, por ejemplo, Cornelius Castoriadis.
- 15 *J. Ellul, La Subversión du christianisme, Seuil*
- 16 Cf. Ibid.
- 17 He mostrado en otra parte que era imposible que el Estado, la sociedad o una institución pudieran ser cristianos, ya que ese “ser cristiano” reposa sobre un acto de fe que, muy evidentemente, ninguna abstracción como el Estado podría formar.
- 18 Fui profesor de historia en instituciones y me especialicé en el estudio de las crisis de los siglos XIV-XV, crisis políticas, religiosas, económicas, sociales, etcétera.
- 19 Se ignora que la primera actitud de la Iglesia en relación con la brujería fue completamente escéptica. Hay textos de los siglos IV y X que muestran que los curas debían enseñar que la magia y la brujería no existían. Se comenzó a castigar a las brujas en el siglo XIII y, sobre todo, en el XIV, en donde el número creció en razón de las catástrofes (como la peste negra).
- 20 Sin duda, el lector objetará inmediatamente el inicio del *Génesis*. ¿No se escribió precisamente para “explicar” los orígenes? Pues, no. El sentido del texto es completamente otro. Los “rabinos” no tenían ningún interés por esos “orígenes”.

-
- 21 Para una explicación completa del tema, véase mi libro. *Ce que je erais*.
- 22 Ver mi libro, *Ética de la libertad*, 3 volúmenes.
- 23 Tiendo a decir Biblia hebraica y no Antiguo Testamento, pues eso forma parte del reproche que se les puede hacer a los cristianos: haberse anexo esos libros para hacerlos de su propiedad, despojando al pueblo judío de su pertenencia.
- 24 La palabra “Juez” no significa lo mismo que para nosotros; en Israel los “Jueces” eran, por un lado, los *conductores* del pueblo y, por otro, los que decían al pueblo *dónde estaba la justicia* y en qué consistía.
- 25 Esto muestra el atractivo del Estado centralizado. Vimos lo mismo desde 1950: los pueblos de África quisieron un Estado como el francés.
- 26 Aquí es necesario entender lo que exactamente se produjo con aquellos que llamamos profetas: el profeta no es aquel que predice el futuro, sino quien *advierte* al hombre lo que va a suceder si continúa por el camino que eligió.
- 27 Es absolutamente extraordinario pensar que J.-J. Rousseau ataca esa palabra (*Contrato social* IV, 8) porque al oponer el reino del César y el de Dios, Jesús estaría en el origen, según Rousseau, de “las divisiones intestinas” que dividen a las naciones. “Todas las instituciones, al poner al hombre en contradicción consigo mismo deben rechazarse”. De ahí la conclusión: el Estado debe ser el gran amo de una religión civil, es decir, de una religión de Estado...
- 28 Cuando se leen palabras de esa naturaleza no dejamos de asombrarnos de que la Iglesia haya podido organizar jerarquías, “príncipes” y poderosos en ella.
- 29 Cf *El Apocalipsis, arquitectura en movimiento*, Desclée, 1975. Para más explicaciones, véase más adelante.
- 30 Forzosamente los autores del Nuevo Testamento conocían esa frase, pues el texto del Eclesiastés se leía solemnemente cada año en la gran fiesta de las Tiendas.
- 31 Disipemos también un error (recuento sobre “las nubes del cielo”. Para los judíos nunca la palabra “cielo” y menos aún “Cielo de los Cielos” designó nuestro cielo azul en donde está la luna y el sol. El cielo es “la Morada de Dios”. Se escogió este término para designar lo que es inaccesible. Por ello

frecuentemente decimos “Cielo de los Cielos”, lo que en hebreo es un superlativo absoluto: “El Cielo absoluto”. En cuanto a las nubes, están únicamente ahí para señalar la imposibilidad de saber, de percibir con la mirada ese misterio: es el “Velo”. Los pintores que han representado a Jesús caminando sobre las nubes se han equivocado burdamente.

- 32 La palabra Apocalipsis que se toma siempre para designar dramas, catástrofes, etcétera, quiere decir simplemente: *Revelación*. No es verdad que en ese libro sólo hay catástrofes. Por el contrario. Ver, sobre todo esto mi libro: *El Apocalipsis, arquitectura en movimiento*.
- 33 No es inútil recordar que los *únicos* que desde 1936 organizaron una resistencia contra Hitler fueron los protestantes alemanes de la Bekenntiss Kriche.
- 34 Oscar Cullmann, *La Salud dam l 'Histoire*, Dclachaux, 1966.
- 35 De manera típica, Maillot (1920-2003), muestra que un estatuto militar de objeción de conciencia es absurdo: hay contradicción en los términos: uno dice obedecer a su conciencia, el otro busca el buen funcionamiento de la máquina militar. En consecuencia, no pueden entenderse.
- 36 En este apartado, me limito a resumir el notable trabajo de J. -M. Hornus, *Evangle et Labarum*, Lalo, 1960.
- 37 El equivalente de los granaderos en México. (N. del T.)
- 38 Ver, por ejemplo, un excelente libro, escrito por un hombre de derecha en 1934, André Tardieu; *Le souvenir captif*, en el que denuncia la ilusoria soberanía del pueblo.
- 39 Había notado ya el parentesco entre liberalismo y fascismo en un artículo publicado en la revista *Esprit* en 1937: “El fascismo hijo del liberalismo”.